NUNCA SUBESTIMES A UN MUERTO

LA MALDICIÓN

MADO MARTÍNEZ

DEBOLS!LLO

MADO MARTÍNEZ

La maldición

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer

 @Ebooks

 @megustaleer

 @megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Hay dos cosas sin las que no podría vivir. Mi Cadillac Eldorado Brougham del 57 y Lucille Beckett, la chica que todas las noches sube a mi sueño de carrocería negro y brillante cuando aparco frente al 14 de Lincoln Street, como ahora. La señora Beckett me saluda con la mano desde el umbral de la puerta mientras su hija se acerca al coche. Una tropa de grillos mormones canta desde algún rincón del jardín de la casa familiar de los Beckett, y la luz de la luna se refleja en los hierros del columpio solitario en el que Lucille balanceaba sus sueños infantiles cuando era una niña.

—Saluda a tu madre, Johnny, y recuérdale que el próximo domingo los esperamos a ella y a tu padre en la fiesta de aniversario de los Stephen.

La señora Beckett sonríe. ¿Es una sonrisa sincera o forzada? Me da igual, la verdad, porque Lucille ya está entrando en mi coche y su sonrisa acaba de eclipsar todas las intenciones de sonrisa del mundo.

Está preciosa y parece que el sol salga a pasear en sus cabellos en mitad de la noche como si ella fuera la encarnación de un verano radiante y poderoso. Su piel bronceada todavía huele a rayo solar. Su rostro, su cuerpo entero, se vuelven tostados y sensuales, y sus cabellos rubios destacan todavía más al contraste de sus ojos verdes. Lleva una camiseta de tirantes que descubre unos hombros perfectos y un pecho sugerente. Dios bendiga a California y al eterno tiempo estival que hace que las chicas no sepan lo que son las mangas largas y los cuellos altos.

—¿Esa camiseta es nueva?

—Sí —responde emocionada. A Lucille le gusta que yo descubra este tipo de cosas, como un corte de pelo, una blusa nueva…—. ¿Te gusta?

—Me encanta. Te sienta muy bien el verde. Hace juego con tus ojos.

—¿De verdad? —pregunta.

Da igual que sea verdad o mentira porque ella se lo cree y lo cierto es que Lucille tiene una enorme facilidad para asumir toda clase de piropos, vengan de quien vengan. Lo que le causa indigestión son las críticas. Es

como una niña que estalla en carcajadas de entusiasmo si alguien le dice «guapa» y rompe a llorar amargamente si alguien le dice «fea». Pero yo sé cómo tratarla, sé lo que debo decir y sé lo que debo callar, y si hay algo que no me parece bien me guardo mi opinión. Y por supuesto que hay cosas con las que no comulgo, como mojar los cereales en el café o bailar con todos los muchachos del Brick mientras yo me pudro de celos alrededor de la mesa de billar intentando colar unas bolas y ganar unos dólares. Bueno, lo que me importa es ganar la apuesta, los dólares me dan igual.

Los grillos todavía siguen canturreando un enjambre de susurros hipnotizantes que viajan hasta el cielo y se graban allí arriba formando una constelación en mitad del pentagrama celestial. Miro esos tirantes verdes, esa melena rubia con mechas que cae con gesto salvaje sobre sus hombros y su espalda. Quiero besarla, es cierto, pero no delante de la mirada persecutoria de la señora Beckett, que sigue la trayectoria de mi Cadillac hasta que giro por la esquina de Longman Avenue. Sé que no soy de su agrado a pesar de que ella y su marido son dos buenos amigos de mis padres, aunque en Apple Valley resulta difícil no ser amigo de todo el mundo porque este pueblo es tan pequeño que hay más manzanas que personas.

Manzanas, las joyas del árbol prohibido del Edén. Ursula M. Poates tuvo la culpa de todas las manzanas de Apple Valley. En el año 1900 plantó tres manzanos en su jardín, dispuesta a demostrar a los propietarios de las tierras que aquella fruta sería capaz de crecer en el desierto. Un par de años más tarde el lugar ya era conocido en toda el área por sus manzanas. Los dueños de las huertas vendían zumo de manzana con carteles anunciando: «Zumo de manzana de Apple Valley». Antes de eso, el pueblo se llamaba Victorville por la parada de tren al otro lado del Mojave. Corría el año 1895. Me hubiera gustado conocer el pueblo por aquellos entonces y jugarme unos cuantos dólares al póquer en los salones de juego. ¿Cómo habría sido mi vida si hubiera nacido unas cuantas décadas atrás? Habría echado el lazo a las reses en un rancho, o tal vez me habría doblado la espalda buscando oro donde ya no lo había, o incluso podría haber sido el primero en tener la fabulosa idea de plantar los malditos tres manzanos.

Pero la idea la tuvo Ursula M. Poates y también fue ella quien se empeñó en que el pueblo se llamase Apple Valley para llamar la atención sobre las manzanas, aunque para ello recurrió a la engañifa de asociar el nombre al de John. F. Appleton, un héroe de la guerra civil, pero está claro que el coronel jamás podría llegar a competir con la calidad de las manzanas. Y así fue, hasta el sol de hoy. Nadie ha oído hablar nunca del coronel Appleton, pero todo el mundo conoce la historia de las manzanas de Ursula M. Poates. Al final las mujeres siempre se salen con la suya y en 1949 el nombre de Apple Valley fue oficialmente reconocido cuando se instaló la oficina de correos. Eran otros tiempos. Ursula no podía imaginar que todavía pasarían muchas cosas en el mundo, una guerra mundial, tres plagas…

—Me hubiera gustado conocer a Ursula M. Poates —me dijo Lucille una vez.

A mí no. Pero me asombra la forma en que las mujeres se amparan en el linaje de su sexo y se sienten orgullosas de las hazañas de otras mujeres. Toda mujer pasada es para Lucille una antepasada, como si el hecho de pertenecer al mismo sexo fuera más sólido que cualquier lazo de sangre. Yo jamás podría sentirme orgulloso del coronel Appleton, por ejemplo, ni del terrateniente Max Ihmsen, por muchos acres de manzanos que lograse plantar en el pasado ni muchas ediciones del *Los Angeles Newspaper* que lograse tirar.

Por fin dejo atrás Lincoln Street y con ella a la señora Beckett. El ruido del motor apaga el murmullo de los grillos y siento pena por estar intoxicando el concierto nocturno de la naturaleza con el estruendo explosivo que ruge en las tripas de mi Cadillac. Intento besar a mi novia pero ella no me deja y yo ya debería haber aprendido que jamás me permite hacerlo.

—Aquí no. Pueden vernos —dice escabulléndose hacia abajo y mirando alrededor como una fugitiva en apuros.

Es cierto, las paredes tienen ojos, las ventanas tienen ojos, todo tiene ojos en este pueblo. A mí me da igual que me vean, pero Lucille siempre acaba haciéndome sentir empatía con el peso de la reputación de una

chica y se toma el asunto tan en serio que a veces creo que incluso he llegado a sentir el peso de la reputación de una chica sobre mí. ¿Quiere eso decir que sé cómo se siente una chica? ¡Cielos, Dios me libre! Bastante tengo ya con el peso de la reputación de un chico como para soportar también la de una chica, así que de una forma u otra siempre acabo robándole un beso furtivo antes de llegar al Brick.

—Dame un pitillo —me pide.

—Nena, ya sabes que no me gusta que fumes en el coche —le digo.

—Pareces mi madre, Johnny.

—Yo solo digo que no me gusta que fumes en el coche, Lucille. A tu madre no le gusta que fumes, sin más.

No hay quien entienda a las mujeres. ¿Por qué se empeñan en volver locos a los hombres? Lucille teme por su reputación si nos ven besándonos en el coche, pero cuando se trata de fumar la manda a tomar viento fresco.

—Vamos, dame uno de esos Marlboro, *cowboy*.

—¿No puedes esperar a llegar al Brick?

—Sabes que no.

Lucille mete la mano en el bolsillo de mi pantalón asegurándose la victoria. Sabe que me encanta que sus dedos hurguen en mis pantalones y que no haré nada para detener un gesto que me provoca tanto placer. A veces creo que voy a romper los calzoncillos y lo peor de todo es que ella lo sabe. No hay mujer más peligrosa que la que conoce sus encantos porque hará buen uso de ellos para conseguir lo que quiere. Conviene recordar esto.

Enciende una cerilla como un auténtico vaquero. Daría un riñón por verla subida en el toro mecánico. Apuesto a que sería capaz de amansar a la máquina. ¿Me estará domesticando a mí también? ¡No pienso consentirlo! Resulta espectacular verla encenderse un cigarrillo y esta es una de las escenas en que más me gusta contemplarla, viéndola encenderse un cigarrillo. También entran dentro de mi lista de escenas favoritas verla pintarse los labios en el espejo del copiloto de mi coche, sorprenderla amorrándose a una botella en lugar de beber del vaso o espiarle el trasero cuando se inclina a lanzar con el taco en el billar. Esto último no ocurre con mucha frecuencia porque, a pesar de que a Lucille

le encanta jugar al billar, considera poco elegantes a las chicas que lo hacen.

Enciendo la radio y busco algo decente en el dial. Un ruido blanco, muy parecido al de la lluvia, llueve en los altavoces con esquirlas de música y voces en las que no me detengo mientras mis dedos se deslizan por el sintonizador. El sonido se mezcla con el del aire que entra a través de las ventanillas, conformando una mezcla latosa y molesta que solo se apaga cuando por fin oigo una ráfaga de canción que me gusta y decido dejar esa emisora. Está sonando «Crazy Feeling», de Etta James.

Una vez que el ritual de encendido del cigarrillo acaba, todo el encanto se desvanece y es sustituido por una única preocupación: que Lucille no queme la tapicería de mi Cadillac. Es cierto, preferiría quemarme yo antes los pantalones vaqueros. Esa es la tapicería de mi cuerpo, unos *blue jeans* de Levi Strauss. Hasta no hace mucho no te dejaban entrar en el cine si llevabas unos de estos. Este país es así. Unos cuantos jóvenes nos ponemos en los años cincuenta unos vaqueros para protestar sutilmente contra el conformismo y todo el mundo lo considera una provocación, pero tan solo unos años más tarde se convierten en algo de lo más corriente. A mi madre no le gusta nada que yo vista así y sé que el padre de Lucille me mira mal, pero ¿desde cuándo ese hombre me ha mirado bien? Seguro que en los sesenta todo el mundo los lleva y en los setenta incluso puede que hayan pasado de moda y, lejos de ser una prenda provocadora, no sean más que un atuendo de viejo. ¿Quién sabe? ¿Qué hace que las cosas cambien? Que den dinero, eso es lo que hace que las cosas cambien, creo. ¿Cuándo empezará a dar dinero el sexo? ¿Cuándo empezarán a vender los besos? Cuando eso suceda Lucille me dejará besarla en cualquier momento y jamás volveré a oír esa frase de:

—Aquí no. Pueden vernos.

Lo he vuelto a hacer, intentar besarla. Ella me ha rechazado tirándome el humo del cigarrillo a la cara y yo he vuelto a atacar logrando besarla en la mejilla. Mis fosas nasales se activan como las de un perro hambriento. Huele como a jabón, fruta, no sabría decir. ¿Es el agua de colonia de Lucille? No sé, me acaba de llegar de repente.

—Apuesto a que la señora Churward nos ha visto —me reprocha mi novia.

—Pero ¿de veras crees que la señora Churward no tiene otra cosa mejor que hacer a estas horas que asomarse a la ventana a ver si pasamos nosotros dos por delante de su casa y nos pegamos el lote en sus narices?

Pues no, no tiene otra cosa mejor que hacer. Yo lo sé, ella lo sabe, todo el mundo lo sabe. ¿Por qué quiero hacerle creer a ella que no es así? Pero a mí no me importa lo que piense la señora Churward. ¿Quién es ella para entrometerse en los asuntos de un par de jóvenes enamorados? Tardo dos segundos en responder esta pregunta. Es prima segunda de la señora Beckett. Al final todo el mundo tiene que ver en los asuntos de todos en Apple Valley porque, de una manera u otra, la mitad del pueblo está emparentada con la otra mitad. Esto me recuerda a algo que no tiene nada que ver, pero me hace gracia. Se trata de una frase que me dijo una vez mi hermana Elisabeth:

—La mitad de las mujeres de este pueblo son lesbianas y están liadas con la otra mitad.

Mi hermana Elisabeth es cinco años mayor que yo pero hace mucho tiempo que no la veo. Se marchó a vivir a San Francisco y, aunque quisiera volver, nuestro padre no la dejaría entrar en casa. Nadie habla del asunto en la familia y mi madre siempre evade la cuestión hábilmente:

—Está estudiando arte.

Y cuando terminó de estudiar arte el comentario fue:

—Es artista.

Como si ser artista fuera excusa suficiente para justificar el hecho de que Liz llevara fuera de casa tantos años. ¿Es que los artistas no vuelven a casa por Acción de Gracias? ¿Tampoco en Navidad? Recuerdo un día en que Benny Watson me calentó en la bolera diciéndome que tiraba los bolos como un marica. Hasta ahí podría haber aguantado la broma, aunque, la verdad, no creo que a ningún hombre le guste que cuestionen su virilidad ni aun en broma. Pero el comentario que siguió logró sacarme de mis casillas:

—Seguro que tu hermana lanza mejor que tú, ¿eh, Johnny? Seguro que tu hermana lanza como un camionero. Creo que la han visto conduciendo un camión en San Francisco.

Sé que Benny estaba borracho y que cuando uno está borracho dice

muchas tonterías, pero lo cierto es que todas las tonterías que uno dice estando borracho son cosas que uno piensa cuando está sobrio, aunque no las diga. En aquel momento di gracias al Señor por la borrachera de Benny, le di gracias por haberle soltado la boca, gracias por haber delatado sus pensamientos y sobre todo le di gracias por darme una excusa para partirle la cara. ¿Así que eso pensaba? Me hacen gracia todos los chistes de maricas, me hacen gracia todos los chistes de marimachos, pero no me hace ninguna gracia que se metan con mi hermana Liz, así que le calenté el morro a Benny Watson hasta hacerle sangrar por la nariz y escupir un par de dientes. Yo estaba fuera de mis casillas cuando llegó el sheriff James. Aquella noche mi madre me preguntó por qué había pegado a Benny Watson y yo le contesté:

—Por llamarla «artista».

Sé que mi madre me entendió pero en mi casa no se hablaba del asunto, así que no quedaba otra. Lo que mi madre no sabía, lo que Benny Watson no podría llegar a imaginar jamás y por aquellos entonces yo no hubiera sospechado ni remotamente, era que Sandra Watson, la hermana de Benny, había vivido un cálido romance con Liz durante el verano anterior a su marcha. Pobre Benny, ¿cómo habría reaccionado si se hubiera enterado? Siempre habla el que más tiene que callar. Eso dice mi abuela Dorothy, y es cierto, Dios sabe que es cierto.

¿Qué estará haciendo ahora mi hermana Liz en San Francisco? ¿Estará viendo una película en el cine?

¿Habrá ido a una exposición? No puedo hacerme más preguntas sobre ella porque acabo de aparcar frente al Brick y estoy demasiado ocupado corriendo para abrirle la puerta del coche a Lucille, aunque ella odia que lo haga.

—¡No seas paleto! —Es su forma de rechazar mi caballerosidad.

¿Qué hay de malo en que un hombre se porte como un caballero? No lo entiendo.

La voz de Peggy Lee nos recibe incluso antes de abrir la puerta del Brick cantando «The Man I Love». El mismo cuadro de todas las noches. Harry sirviendo tragos tras la barra, Selma tomando nota y atendiendo mesas,

David sudando la gota en la cocina y los chicos jugando al billar. Los tipos de la barra, la gente de las mesas, son figurantes que rotan según el día de la semana, aunque Owen Pierce y Edward Shutton no fallan a su cita con el vaso de whisky. Owen tienen un rancho y Edward es el jefe de correos. Debe de resultar raro eso de ser jefe de correos cuando el único personal de la oficina postal eres tú mismo. Owen, Edward y Harry son tres viejas glorias de Apple Valley y se pasan la mayor parte del tiempo recordando historias de otros tiempos. A veces salen a cazar juntos, aunque todavía no alcanzo a explicarme la forma en que esos carcamales que a duras penas pueden leer el periódico sin la ayuda de una lupa son capaces de poner ojos de águila a la hora de apuntar a través de la mirilla. La cuestión es que siempre vuelven con más presas que las que Willy, Joshua, Mike y yo hemos logrado reunir juntos jamás. ¿No es increíble?

De repente me siento como en casa en el Brick y al minuto siguiente me gustaría estar viendo la televisión. En realidad me encantaría estar viendo ahora mismo el programa de *Alfred Hitchcock presenta.* Me encantó *Pesadilla en 4-D.* Adoro las historias de intriga y terror. Algún día, yo escribiré una de esas y seré como Agatha Christie y harán películas de mis libros. Me estoy leyendo su último libro, *El tren de las 4.30.* Lo recibí hace unas semanas, cuando un paquete procedente de San Francisco llegó a casa. Me lo había enviado mi hermana. Ni una dedicatoria, ni una carta, solo el libro. Parecía que me lo hubiera enviado con prisas y no hubiera tenido tiempo ni de escribirme unas líneas. Supongo que mi hermana tiene facilidad para conseguir los libros británicos en San Francisco. Estos tipos de la hora del té y la reina que los cagó saben escribir novelas de misterio, aunque yo creo más bien que la virtud de Agatha Christie descansa en su sexo. Las hembras son muy retorcidas. Si existe alguien capaz de perpetrar un crimen perfecto, seguro que es una mujer.

La máquina de discos del Brick cambia de cartucho. Echo de menos la voz de Peggy Lee. Siempre me pasa igual. Tengo una válvula en el corazón que tiende al anhelo y la nostalgia por lo ausente, y si miro alrededor parece siempre que hay algo que no está o se acaba de ir.

Echo un vistazo. Ahí está Laura Atkins otra vez. Últimamente se está

dejando caer mucho por el Brick. La chica se hace la encontradiza y se acerca a hablar con Lucille con cualquier pretexto: los apuntes de clase, el voluntariado de los domingos… Se nota a mil leguas que Laura Atkins está loca por Willy Butler. Todos nos hemos dado cuenta excepto él. Jamás me habría imaginado que un tipo con la cara tan bien puesta y un carácter tan bravo como para domar al caballo más salvaje fuera tan tímido con las mujeres. Solo por ser tan parado, si yo fuera mujer, le desterraría de todos sus galones y encantos. ¿Cuándo espabilará?

—Hola, Willy. Joshua, Mike —digo levantando ligeramente con el dedo mi sombrero a modo de saludo.

Empieza lo divertido. El billar, las apuestas, las chicas bailando, los cigarrillos, las risas, la música… No hay nada de lo que preocuparse porque en verano nuestro único problema es pensar cuándo quedamos para disparar a unas botellas, cómo nos refrescamos cuando el calor nos atonta, qué día nos vamos a la ciudad para ir al autocine, cuántas estrellas somos capaces de contar bajo el cielo del Mojave o qué actrices se alojan este año en el Apple Valley Inn. Graban muchas películas en nuestro pueblo. No sé qué le encuentran de especial a este prado de cactus, pero lo cierto es que el Yoca Loma Ranch arrastraba ya en los años veinte a ricos y famosos en los diecinueve edificios que pueblan los mil trescientos acres de tierra en los que Carole Lombard y Clark Gable, entre otros, eran invitados frecuentes. Con la apertura del hotel el día de Acción de Gracias del año 1948, al Apple Valley Inn llegarían Dean Martin, Newt Bass, Janet Lee, Bud Westlund, Jerry Lewis… Vamos, medio Hollywood.

Lucille se vuelve loca cuando andan por aquí las estrellas de cine. Que si Fulanito es tan apuesto, que si Menganito es tan apuesto, que si el padre que parió a todos los actores es tan apuesto. Pero ¿cómo se pueden decir tantas tonterías? Eso de que los hombres son apuestos es, definitivamente, una invención de las mujeres. Un hombre puede ser cualquier cosa menos apuesto. Eso sí que es de ser maricas. ¿Acaso no lo son todos esos tipos del cine? Pero… ¿Qué estoy diciendo? Madre mía, parezco mi padre, tirando pestes de maricas y echando a mi hermana de casa. Bueno, no, echándola no, invitándola a marcharse a estudiar fuera y ya de paso a no volver a aparecer por casa nunca más a no ser que sea

del brazo de un marido. Elisabeth, Liz… ¿Qué estarás haciendo ahora? Cuando yo tenga mi propia casa habrá en ella una habitación con tu nombre, te llevaré a pasear en mi coche y te invitaré a cenar una hamburguesa en el Brick.

Liz, todavía recuerdo cuando yo tenía catorce años y nos íbamos a la ciudad. Tú te hacías pasar por mi novia porque sabías que me encantaba presumir de chica guapa delante de los chicos del autocine y hacerme el interesante con las chicas de la feria. Eras la chica más preciosa de todo el condado y estoy seguro de que durante todos estos años en San Francisco te has convertido en la más bella de todo el estado de California. Tú sí que podrías salir en una de esas películas, como esa chica que hacía de Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó.*

—Johnny, ¿estás en las bolas o qué?

Es la tercera vez que Willy me llama la atención esta noche. Me toca tirar.

—A ver si estás a lo que estás y espabilas.

—A ver si espabilas tú, que en la barra hay una chica que está esperando unos cuantos siglos a que la invites a una soda. —Señalo a Laura Atkins con un gesto rápido de cabeza mientras me inclino y tomo posición con el taco.

Willy mira hacia la barra en busca de Laura, que está junto a Lucille. Atkins debe de haberle sorprendido mirándola porque acaba de girarse de nuevo a la velocidad del rayo más rojo que un pimiento.

—¿Tú crees que le gusto?

¿Lo pregunta en serio? No vacila tanto en otros ámbitos. Estoy empezando a pensar que Laura le importa de veras y que el que está loco por ella es él. ¡Diablos, lo ha sabido ocultar muy bien! La mayor parte de las veces que hemos visto a la chica de los Atkins se ha dedicado a ignorarla y, de repente, ahora se pone más colorado que un pavo y me sale con estas: «¿Tú crees que le gusto?».

—¿Tú eres tonto?

Ya está, ya lo he dicho.

—¡Tira de una vez, Johnny! —farfulla Willy.

Ahora mismo me gustaría estar tirado en mi habitación leyendo cómics y escuchando unos discos. Me ocurre cuando empiezo a estar harto de aguantar las borracheras de Mike. No sé de dónde saca la ginebra pero tiene bastante habilidad para mezclarla con la Coca-Cola, aunque la discreción acaba resbalándose por los bordes del vaso en cuanto empieza a ponerse imbécil y todos los del Brick le miran con cara de cobra. Yo antes me pegaba mis buenos tragos con Mike, como hace Willy muchas veces, pero desde que salgo con Lucille se me acabó la buena vida porque ella dice que no soporta cómo me pongo cuando bebo y yo no la entendí hasta que me tocó estar en el otro lado. Ahora soy yo quien no soporta tener que aguantar a Mike. Se pone de un pastoso que ni la mula más pesada.

—¿Crees que si la invito a una hamburguesa me dirá que sí? —me pregunta Willy con un ojo fijo en la barra.

—Venga, vamos para allá…

—¡No! ¡Espera! —Me sujeta del brazo.

Su rostro es una mueca de pánico. Apenas puedo creer que un hombre más alto que una torre y con los pies tan grandes como barcas esté temblando de esa manera ante la idea de invitar a Laura Atkins a comerse una hamburguesa.

—Lo haremos a la manera fácil, Willy. Ella está ahí con Lucille, ¿verdad? Iremos los dos hacia allí y yo le diré si le apetece tomar algo con nosotros.

—Vale.

Odio estas situaciones. Al final Laura Atkins va a pensar que el que tiene interés soy yo. Venga, vamos allá. Justo ahora suena una de mis canciones favoritas. Etta James y «Good Rocking Daddy» me acompañan hasta la barra junto a mi amigo Willy. Tengo el presentimiento de que va a ser una noche especial, de esas que no olvidas en toda tu vida. Estoy convencido de que las chicas dirán que sí, que esta noche Laura Atkins y Willy Butler podrían empezar a construir lo que en un futuro será la familia Butler, que Lucille me mirará con cara de enamorada durante todo el camino de vuelta a casa mientras la capota de mi coche va retirándose para dar paso a las estrellas…

—Johnny. —Willy me pega un empujón en el brazo.

Tengo que admitir que suelo estar más tiempo en las nubes que en el mundo real, imaginando a Lucille bajo el cielo estrellado, atravesando el Mojave, reviviendo un cómic de Bob Colt en el que yo soy Bob Colt.

—¡Johnny! —Willy me saca de nuevo de mis tribulaciones.

Es lo que decía, que estoy en las nubes, pero es que Harry está sirviendo unos cócteles de un color azul que han capturado mi atención durante unos segundos. Valdría la pena probar algo así solo por saber cómo sabe el azul.

—Chicas, ¿os apetecen unas hamburguesas? Nosotros invitamos.

Willy asiste a mi invitación con cara de socio en esta idea y Laura mira a Lucille con gesto de interrogación, y eso solo significa una cosa: que la hija de los Atkins dejará que sea mi novia quien decida.

—Me parece una gran idea, pero ¿qué hacemos con Mike? —me pregunta Lucille.

—Le vendrá bien comer algo, a ver si le baja un poco —contesto—. ¡Harry, ponnos una mesa!

He comido hamburguesas en muchos sitios pero jamás me he comido una con patatas que le llegue a la suela de los zapatos a las que hace David en la cocina grasienta del Brick. Espero que Harry y Selma tengan a David en ese cuchitril donde suda la gota gorda friendo patatas por muchos años y que un día pueda decirle a mi hijo:

—Hijo, voy a llevarte a comer la mejor hamburguesa que has probado en tu vida.

Entonces Lucille será la señora de Johnny Jefferson y tendré la casa llena de pequeños Johnny jugando a tirar el lazo y también tendré dos niñas guapísimas. Una que saldrá a Lucille y otra que saldrá a mi familia, será clavada a mi hermana Elisabeth y todo el mundo la llamará Liz. Recuerdo cuando ella me traía a comer una hamburguesa aquí los viernes por la noche. Solía salir con unas amigas suyas, Lynda Jones, Sue Hampton y Rose Morrison, y mamá le pedía que me llevara con ella. Había muchachos alrededor dispuestos a invitarlas a tomar algo, pero mi hermana siempre se pagaba lo suyo. Cuando se ponía el vestido blanco el número de muchachos que se peleaban por invitarla aumentaba considerablemente. Las amigas de mi hermana eran muy divertidas o más bien se divertían bastante conmigo. Tengo un recuerdo bastante

memorable en mi memoria infantil. Ellas jugaban a encerrarme dentro de un baúl y lo dejaban caer escaleras abajo desde el desván de la casa de la abuela de Sue Hampton. Será por eso que odio que me encierren en la oscuridad y necesito dormir con la ventana abierta y cerca de la puerta por si tengo que salir corriendo. Menudas limonadas hacía la abuela de Sue…

—Johnny.

Mi princesa rubia reclama mi atención.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

Creo que no hay una pregunta que me incomode más que esa: «¿Estás bien?». Es que aunque estés bien te hace plantearte la posibilidad de estar mal. La excusa es siempre la misma: «Es que te veo muy serio, Johnny» o «Es que te veo muy callado, Johnny». ¿No puede un hombre estar en sus pensamientos sin estar mal?

—Sí, claro. —Sonrío.

—Es que estás muy callado.

Sabía que diría eso.

—¡Qué va!

—Un centavo por tus pensamientos —se interesa.

La miro intentando guardar en la retina esa imagen tan preciosa, esos tirantes, ese pelo rubio, esos ojos verdes.

—Estaba pensando lo preciosa que eres.

—¡Anda ya, no seas mentiroso! —Me tira una patata.

Apenas se ruboriza para añadir dos segundos después:

—¿De verdad?

—Sí —miento.

Es media verdad. No puedo decirle que estaba pensando en las limonadas de la abuela de Sue Hampton. Willy y Laura nos miran como espectadores que asisten al diálogo de una película, pero creo que es porque están terriblemente avergonzados como para dirigirse la palabra sin tartamudear y encima Mike acaba de derramar una soda sobre la mesa.

—Estupendo, Mike. —Aplaudo.

Me parece que es hora de ir volviendo a casa. Mike está contando anécdotas que un caballero no puede contar delante de unas damas y lo peor de todo es que está erigiéndose en portavoz de todas las correrías y gamberradas que hemos hecho en los diez últimos años, desde el día en que le robamos un pastel de manzana a la señora Barrows hasta el día en que meamos en unas galletas que hizo la madre de Willy para dárselas a comer a un chico que nos caía mal sin habernos hecho nada para caernos mal excepto molestarnos por la forma en que caía mejor a todas las chicas del barrio. Si seguimos dejándole hablar a sus anchas pronto contará nuestras miserias más inconfesables: que Willy creció masturbándose pensando en Selma, a la que todos considerábamos un cañón cuando éramos niños, y que a mí… A mí me da miedo la oscuridad.

—Y en ese momento Willy se levantó y… —Mike balbucea un poco.

¿Dónde está Joshua? Miro alrededor. Esto es increíble, como aquel día en que íbamos los tres juntos caminando por una vereda en la que solo había arena y cactus alrededor y un sol abrasador nublando nuestras cabezas, y de repente Joshua desapareció. Cuando nos quisimos dar cuenta supongo que hacía bastante tiempo que había dejado de caminar junto a nosotros. Uno no gasta mucha saliva hablando cuando camina bajo un sol de justicia, prefieres guardarte la poca que te queda para ahorrar energías y no perder todos los jugos del alma en el camino de la deshidratación. Lo más extraño de todo es que, casi cuando estábamos llegando a nuestro destino, nos lo cruzamos. Él salía de un camino que había a la izquierda, justo por delante de nosotros. ¿Cómo había llegado hasta ahí? ¿Por dónde? ¿Qué había estado haciendo todo el tiempo? Claro que cuando uno ha fumado esas cosas que fuman los indios paiutes tampoco está muy seguro de lo que ve, así que tal vez los que nos perdimos en el camino fuimos Willy y yo y no nos dimos cuenta.

Selma está sirviendo unas rondas de cerveza. Lleva un vestido corto de color púrpura. Es mi color favorito. Cuántas mujeres de Apple Valley quisieran tener esas piernas. No me extraña que haya sido el icono sexual de Willy durante tantos años. De algún modo todos soñábamos con ella. De haber tenido un póster lo habríamos colgado en nuestra habitación y

de haber tenido una foto la hubiéramos pegado celosamente en nuestra taquilla. Esa mujer tiene una belleza voluptuosa. Harry es un tipo con suerte, ahí donde lo ves, con su camisa de cuadros, su whisky casero y ese licor de patata que sabe a rayos pero que te lleva a lugares con los que nunca jamás has soñado. Aunque, la verdad, yo prefiero otro tipo de belleza en una mujer, una cosa así más a lo Audrey Hepburn. Me gustó la película *Love in the Afternoon.* Ese Billy Wilder es bueno y tal vez yo podría escribir guiones para ese tipo en los que siempre hubiera un papel para Audrey.

Es hora de largarse del Brick. Salimos fuera de una vez por todas, rendidos ante la posibilidad de encontrar a Joshua. Que le zurzan, ya encontrará el camino de vuelta a casa él solito. Ya en la calle, una bofetada de calor espeso me sacude con esmero pero el cielo está tan despejado que la visión de las estrellas hace que se refresque mi corazón. Me dispongo a inflamar mi pecho con los aires del desierto y, antes de poder disfrutar a pulmón lleno de este instante de respiración cósmica, Joshua aparece ante mí como un espectro.

—Chicos —dice.

¿De dónde demonios ha salido?

—¿Qué haces aquí fuera? —pregunta Lucille.

—Supongo que salí del Brick —contesta Joshua encogiéndose de hombros.

—Bueno, tampoco vamos a formarle aquí un tribunal de inquisición al pobre Joshua, ¿verdad? —dice Mike con voz pastosa—. Seguro que tenía un asunto importante aquí fuera.

Sea cual sea el asunto, no creo que se trate de ninguno de los que Mike está sugiriendo. Me quedo mirando a Joshua. Mira que el pobre es feo, con esas orejas de soplillo, ese aire de macarra pueblerino, esa voz chirriante y molesta… Si al menos fuera encantador o tuviera una personalidad hipnotizante… Pero tiene dinero, casa propia y es de los que piden matrimonio. El sueño de cualquier chica, así que supongo que Dios le ha compensado su fealdad dándole otras fortunas.

—Al coche —apremio.

Mike, Willy, Laura, Lucille, Joshua y yo. Seis pasajeros es un número que no me gusta nada para mi Cadillac pero otras veces hemos llegado a ser ocho, así que todo es posible.

—Déjame conducir, Johnny —dice Mike.

—Ni lo sueñes, Mike.

—Vamos, me has dejado otras veces y he ido mucho más borracho que hoy.

—Sí, pero esas veces yo iba todavía más borracho que tú. —Me río.

—Será divertido —irrumpe Lucille.

Esta rubia nunca hace nada pero siempre es la que tiene la idea más peligrosa, y lo peor es que todo el mundo le aplaude por ello, empezando por Willy y terminando por Laura Atkins. Supongo que puedo decir que no, pero eso me convertiría automáticamente en un aguafiestas. Al fin y al cabo ¿qué puede pasar de aquí a casa por una carretera tan desierta? El Brick está a las afueras, en pleno desierto. No podremos chocarnos con ningún coche porque, sencillamente, no pasará nadie de aquí el centro urbano, salvo un par de lagartijas.

—Está bien —accedo.

Todos aplauden. Es hora de apretarse como sardinas aunque, he de confesarlo, a mí me atrae bastante la idea de pegarme tanto al cuerpo de Lucille como para desaparecer dentro de él.

Por fin hemos logrado embutirnos en el coche. Mike al volante, Lucille y yo a su lado, de copilotos. Willy, Laura y Joshua detrás. Alguien enciende la radio y Petula Clark aparece por ahí en medio cantando «You Are My Lucky Star». Estoy tan cerca de mi estrella rubia que puedo oler sus cabellos de manzanilla. Bien puedes cantarlo, Petula, que estoy encandilado por las estrellas. Sí, esa es la palabra, *starstruck*. Primer intento. Calado. Abucheos. Segundo intento. Trompicón. Risas. Tercer intento. Eses en la carretera y yo con Petula Clark en la radio pensando que soy un pobre mortal que tiene las puertas del cielo abiertas aquí, en la Tierra, junto a mi novia. A Mike se le ocurre una de esas ideas que enloquecen a Lucille, salirse de la carretera y empezar a conducir por el terreno árido levantando polvo y sorteando los cactus como en un

circuito de obstáculos. Esto se pone emocionante. El jaleo que armamos vitoreando a nuestro piloto ebrio eclipsa la voz de Petula Clark.

Me ha parecido ver algo moverse ahí delante, pero no estoy seguro de haber visto lo que creo que he visto porque ya estaba encima de nosotros cuando me he dado cuenta. Lo que es seguro es que hemos atropellado algo porque el bache ha sido dramático. ¿Tronco o alimaña? Joder, espero que no me haya reventado los bajos. Uno en lo primero que piensa es siempre en su Cadillac, aunque luego pregunto a los demás si están bien.

—¡Para, Mike! —grito.

Salgo del coche y voy rápidamente hacia la parte de delante para comprobar los guardabarros de la delantera. Están manchados de sangre y se han abollado hasta el punto de hacerme sentir con el corazón abollado a mí también. Bueno, descartamos tronco. ¡Joder! Los otros están bajando del coche y echan un vistazo alrededor. Laura y Willy se van hacia la parte trasera.

—¡Mierda! —exclama el grandullón.

Laura ahoga un grito histérico y esconde la cabeza en el pecho de Willy para no mirar lo que acaba de ver. Hay gente muy exagerada con sus sensiblerías. Y no es que yo me las quiera dar de nada, porque una vez atropellé a un gatito y se me cayó el alma a los pies. Pasé una semana entera deprimido.

—¿Qué pasa, Willy?

—Es una niña.

Creo que he entendido mal. Los demás acuden hacia él, como aves carroñeras a la rapiña, deseosas de saciar su macabra curiosidad ante aquello que está viendo el grandullón.

—Es una niña.

Esta vez creo que le he oído decir algo imposible.

—Es una niña.

Me niego a dar crédito a sus palabras pero los ojos de espanto de los demás consiguen ponerme al borde de la duda. Me acerco lentamente y en realidad no sé si quiero que los pies me sigan tanto, porque Mike no ha podido contener las arcadas ante la visión y se ha puesto a vomitar. ¿Quiero verlo? ¡No necesito verlo! Pero ¡tengo que verlo! Una especie de

curiosidad morbosa me pega un empujón brusco haciéndome caer de bruces sobre el suelo. Muerdo el polvo como si me acabara de tirar un caballo indómito. Creo que no siento la mejilla aplastada contra la tierra pero ahora ya nada importa, porque frente a mí hay algo que me acaba de helar la sangre. Ya no siento el cuerpo, no existe nada, no oigo los vómitos de Mike, ni los llantos de Lucille, ni los gritos de Laura ni las frases repetitivas de Willy. Solo escucho los latidos desbocados de mi corazón y un zumbido que incluso estando tirado como estoy en el suelo me hacer pensar que puedo caerme de nuevo desmayado, para que luego digan cuando te caes que del suelo no pasas. Pues sí pasas, pasas directamente al infierno, que es donde creo que estoy ahora mismo. Junto a mí, frente a mis ojos, brillan los ojos dislocados de una niña de cabellos negros como el tizón. Su cabeza reposa sobre un charco de sangre que se hace cada vez más grande y que está a punto de alcanzarme. Mi cabeza está tan cerca de la suya que puedo ver su cráneo hundido en la tierra con parte de los sesos desparramados. Puedo oír la viscosidad de la sangre haciendo ruido sobre la arenilla de la tierra al desplegar en semejante charquería, puedo olerla y puedo sentir todavía el calor corporal de los cuerpos que acaban de sucumbir a los estertores que dan prólogos a la muerte. Creo que mis amigos han sido testigos de esos temblores antes de que yo llegara a la visión de aquella escena.

Ahora mismo siento que jamás volveré a levantarme del suelo, que soy como esa niña que yace junto a mí, un cadáver sin esperanzas de volver a ver la luz del sol, un amasijo de carne y huesos quebrados condenados a pudrirse. Mi vista se nubla. Me muero. Me estoy muriendo, pero no me dejan morirme en paz porque unos brazos me arrancan del abismo levantándome del suelo y haciéndome recuperar mi verticalidad humana. Es Willy quien me ha levantado pero creo que estaba mejor en el suelo, porque ahora veo la escena desde arriba, veo todo el pequeño cuerpo destrozado de la niña, sus ropas ensangrentadas, sus miembros retorcidos, su gesto horrorizado. Es una india paiute, su vestimenta es inequívoca. Calculo que tendrá unos seis años, es decir, tendría. ¿De dónde ha salido? Miro alrededor. ¿Dónde están sus padres? Los de su tribu no deben de andar lejos.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Willy.

¿Qué significa esa pregunta? ¿Acaso tenemos opciones?

—¿Crees que nos ha visto alguien? —insiste el grandullón.

Vuelvo a mirar alrededor, pero es imposible ver nada en la negrura de la noche más allá de lo que alumbran los faros de mi Cadillac.

—No lo sé, Willy —contesto.

Mike se repone de sus vómitos y estalla en un ataque de ansiedad. Le tiemblan los labios al hablar:

—Vayamos al sheriff James y expliquémosle lo que ha sucedido. Yo no quería atropellarla. ¡Ha sido un accidente!

—¿Y cómo vamos a explicarle que íbamos conduciendo tan ricamente por la carretera y que por accidente nos salimos de ella trescientos cincuenta metros a la derecha haciendo un circuito entre los cactus hasta que uno de esos cactus resultó ser una niña? Además, ¿quién de nosotros dirá que iba conduciendo? ¿O acaso piensas admitir ante el sheriff que estás borracho perdido y que aun así te pusiste al volante a pesar de que todos los que estamos aquí podríamos haber conducido en tu puesto? Somos cómplices de lo que ha pasado. ¡Ningún tribunal nos perdonaría!

—A lo mejor ya estaba muerta cuando pasamos por encima de ella. ¡Yo no la vi! —se excusa Mike.

Acaba de decir una barbaridad, porque aunque yo no lo he visto sé que los demás, todos, han visto a la niña retorcerse en los últimos temblores que preceden a la muerte. Prefiero callarme y ver cómo se desarrolla la conversación, aunque, ciertamente, no creo que tengamos mucho tiempo para cháchara. Lucille tiene los ojos hinchados de llorar pero encuentra fuerzas para agacharse hacia la niña con un gesto de tristeza infinito. Le atusa los cabellos negros y ensangrentados y observa el cadáver con detalle.

—¡No la toques! —le grita Laura Atkins.

Trato de reflexionar sobre lo que debemos hacer y sé que lo correcto es llamar al sheriff James, pero otra vocecita en mi interior me dice que eso solo traerá problemas a nuestras vidas y que esa niña ya no tiene salvación, independientemente de que reconozcamos nuestra culpa. Nada podrá devolverle la vida.

—Todos al coche. ¡Nos largamos!

¿He sido yo quien ha dado esa orden? Apenas puedo creer en mi recién

descubierta asertividad. Al instante, y lejos de lo que esperaba, todos me obedecen y suben al coche sin rechistar. Esta vez conduzco yo. Con una india paiute muerta ya tenemos bastante. ¡Joder! ¡Maldito Mike! Echo marcha atrás y giro a la izquierda para salir de nuevo a la oscura carretera. Me parece ver una niña en cada silueta negra de cactus. Nadie hace preguntas, así que tal vez mis pasajeros piensan que tengo un plan y que todo está controlado. El ruido del motor se cuela por mis oídos taladrándome el cerebro. Quisiera ir más deprisa pero cada mosquito que se cruza frente a los faros me hace vomitar el corazón.

A mitad de camino nos encontramos a alguien orillado a la derecha. Parece que tiene el coche averiado porque tiene el capó levantado. Es una chica. Sandra Watson, la que estuvo liada con mi hermana. Este es un pueblo muy pequeño, nos conocemos todos. Tenemos que parar aunque tengamos más prisa que el mismísimo diablo.

—¿Va todo bien, Sandra? —le pregunto a través de la ventanilla bajada.

—En realidad no. Este trasto me ha dejado tirada. Menos mal que habéis aparecido. Llevo más de una hora aquí sola esperando a que pase alguien.

No sé si el hecho de que haga más de una hora que no pasa nadie por esa carretera es una buena o una mala noticia para nosotros. ¿Cuánto hace que hemos atropellado a la niña? ¡Ni idea! He perdido la noción del tiempo por completo. De súbito me invade un calor que me abrasa por dentro y por fuera. Salgo del coche mientras los demás permanecen dentro enlatados como sardinas.

—Vais unos cuantos ahí dentro —señala Sandra.

Miro el cuadro de mi Cadillac, ocupado por las caras serias de Mike, Laura, Willy, Joshua y Lucille. Casi estoy a punto de decirles que lo llevan escrito en la frente pero me muerdo los labios.

—No te preocupes, donde caben seis caben siete —le digo echando un vistazo al motor—. Te llevaremos con nosotros. Vamos, sube.

Sandra Watson vacila un poco a la hora de embutirse. ¿Sobre quién debe sentarse? Al final Joshua reacciona y le ofrece sus piernas. La hermana de Benny Watson, a quien una vez partí el hocico, se sienta como puede encima de Joshua con gesto alegre.

—¿Qué tal la noche? —pregunta mientras emprendo de nuevo la marcha.

Todos callan como estatuas sin vida.

—Bueno, bien, estamos un poco cansados ya, la verdad. Supongo que nos estamos haciendo mayores —le digo mirándola apenas brevemente por el espejo retrovisor, tan preocupado como estoy en no atropellar nada más, animal o vegetal.

—Pero ¿qué dices? Jamás he oído semejante tontería. Si vosotros os estáis haciendo mayores, ¿tu hermana Liz y yo qué somos? ¿Abuelas ya?

Chica lista, bonita fórmula para mencionar a mi hermana y sacarla a colación. No tardará en preguntarme por ella.

—Por cierto, ¿cómo está Elisabeth?

Vale, acaba de hacerlo. Un punto para mí. Definitivamente podría ganarme la vida como adivino.

—Supongo que está bien, ya sabes…

En realidad sé tanto como Sandra. No tengo ni idea de qué es de la vida de mi hermana desde hace meses y, la verdad, no me gusta esa sensación, pero ahora mismo tengo cosas más importantes en las que pensar. Cuando todo esto pase le escribiré una carta. ¡Dios mío, si salgo de esta puede que incluso vaya a verla a San Francisco! ¡Hay tantas cosas que podré hacer en la vida si no acabo en la cárcel!

Respira hondo, Johnny. Creo que jamás el trayecto del Brick al centro urbano se me ha hecho tan largo, y eso que cuando me dio el cólico nefrítico volviendo del rancho de Owen Pierce hace dos veranos y tuve que conducir doblado de dolor yo solo creí que ya lo había visto todo en el ámbito de las agonías. Pues no. Esta agonía es todavía peor. No sé si hemos sido lo suficientemente inteligentes como para ser unos auténticos hijos de puta porque para ser hijo de puta hay que valer y tener la sangre fría, lo suficientemente fría como para enterrar el cuerpo del delito. Me preocupa haberlo dejado ahí, pero no me estoy lamentando por no haber sido lo suficientemente bastardo, sino por humanidad. ¿Cómo hemos podido dejar ese cuerpecillo pequeño y frágil, roto y dislocado, a merced de las alimañas del desierto?

—Bueno, Joshua, primera parada —le invito a salir del coche.

Joshua baja del Cadillac casi antes de abrir la puerta, como si bajara de la carroza del mismísimo Satanás. Creo que mi coche tiene una mancha que jamás voy a poder limpiar, por mucho que rasque la sangre reseca del parachoques. Espero que Sandra no se haya dado cuenta, a merced de la oscuridad, de la mancha roja del guardabarros.

Todavía me quedan unos cuantos pasajeros por descargar. Terminemos con esto. Solo quiero que la noche acabe. Adiós, Laura. Adiós, Mike. Hasta otro día, Willy. Siempre dejo a Lucille la última, me gusta pasar un ratito con ella en la puerta de su casa antes de despedirnos, pero esta noche me pide que la deje a ella antes que a Sandra. Parece que mi novia también está deseando bajar del coche, al igual que Joshua. Está bien, giremos por Longman Avenue. Freno lentamente, intentando retenerla junto a mí un poco más, y antes de que el coche llegue a detenerse totalmente abre la puerta y se baja. Solo dice adiós con la mirada huidiza y se aleja por el jardín de su parcela hasta la puerta de su casa. Definitivamente se alegra de alejarse de mi coche, que es casi lo mismo que decir de mí. ¿Significa esto que nunca más va a querer subir conmigo en el Cadillac? Pero ¿qué culpa tengo yo de que el borracho de Mike haya atropellado a la paiute?

En fin. Acabemos con esta ruta. Ya solo queda Sandra.

—¿Sabes si tiene pensado venir por el pueblo?

—¿Cómo? —contesto aturdido.

—Tu hermana.

¡Cómo no! ¡Liz!

—No tengo ni idea. Mi hermana se ha llegado a convertir para mí en algo así como Dios, sabes que está ahí, en alguna parte, y aunque nunca lo ves, no por eso dejas de encomendarte a su protección.

—Ella te quiere mucho. Hablaba todo el tiempo de ti. Nunca he conocido a nadie tan enamorada de su hermano. —Sonríe.

Es la primera cosa llena de luz que ilumina algo en mi corazón poblado de oscuridad desde que atropellamos a la niña, oír de labios de Sandra que mi hermana me quiere. Sus palabras han tocado algo dentro de mí,

me entran ganas de llorar.

—De pequeño siempre me dejaba decirle a todo el mundo que era mi novia. —Intento reír pero estallo en llanto.

¿De dónde sale esta emoción? ¿Por qué estoy llorando? Me siento como un criajo sensiblero que busca las faldas de su madre. ¡Es odioso! Dios mío, menos mal que no está Lucille ya en el coche para ver esto, me moriría de vergüenza si me viera llorar como el primer día que nací. Siento una necesidad terrible de acurrucarme entre los brazos de Sandra, como si su abrazo pudiera perdonarme el dolor por la muerte de la india. Sucumbo, me pierdo en su seno. Sandra me recibe al principio con sorpresa, supongo, pero luego me abraza con fuerza y me atusa los cabellos.

—La echas mucho de menos, ¿verdad? Yo también.

Ahora que estoy así, entre sus brazos, no me arrepiento de haberlo hecho. Me siento mejor. Es como si tocar a Sandra fuera tocar un trozo de mi hermana, y al fin y al cabo esos dedos que me atusan ahora los cabellos habrán tocado los de mi hermana miles de veces y seguramente conservan todavía entre sus huellas dactilares el recuerdo de su tacto.

—No es eso, Sandra. Ha pasado algo terrible.

No puedo creer que esté diciendo lo que estoy diciendo pero lo estoy diciendo, necesito confesarme con Sandra como si me estuviera confesando con Liz, y que me diga que no pasa nada, que no ha sido culpa mía, que todo se arreglará.

—Sea lo que sea, Johnny, pasará. Todo se arreglará. Tranquilo.

Acaba de ocurrir un milagro.

La hermana de Benny Watson baja del coche. La veo cruzar la calle, subir la acera y abrir la verja del jardín que antecede al hogar. Los Watson tienen en la fachada motivos y adornos que aluden al más puro estilo de vida del Oeste: herraduras, ruedas de carro, espuelas… Cualquiera diría que vivía allí un vaquero en lugar del señor Benjamin Watson, el propietario de Watson’s Grocery, una tienda en la que uno puede encontrar desde la gaceta local hasta una caja de lápices, pasando por bandejas de bollos, tabletas de chocolate, café…

Me pongo a conducir de camino a casa. Todavía me tiembla todo el cuerpo, especialmente las piernas. El pie izquierdo sobre el embrague parece una botella de feria temblando ante el posible acierto de un disparo mientras el pie derecho acelera a trompicones, manchado por la angustia de estar atropellando mosquitos. Me imagino sus pequeñas alitas estampadas en los faros y respiro con dificultad. ¿Es así como respiran los criminales? Miro la hora en el reloj de la oficina de correos al pasar por delante. Es muy tarde. Mejor, así nadie reparará en la mancha del parachoques. Trato de calmarme, ordeno mentalmente a mis músculos que cesen de castigarme con este temblor. Todo en vano. Me llueven los espasmos por todo el cuerpo. Intento apretar los puños, respirar hondo, estirar la mandíbula… Inútil. Lo tengo claro, estos nervios me van a acompañar durante el resto de mi vida, me iré a la tumba con ellos y me revolveré dentro del triste ataúd haciendo tiritar mi lápida.

Todavía con la imagen de una lápida inquieta, llego a casa y guardo el coche en el garaje. Mi padre siempre me está dando la vara para que lo guarde por las noches pero siempre lo dejo en la calle, más por pereza que otra cosa. En cualquier caso, ¿no quiere mi padre que guarde el coche? Pues esta noche lo guardo. Eso es, adentro. Miro por los espejos retrovisores, está entrando perfectamente. Lo aparco con espacio suficiente entre la pared y el parachoques para poder agacharme y limpiar la sangre.

Aquí dentro huele a pintura y a madera recién cortada. ¿Qué habrá estado trasteando mi padre? La luz del garaje parpadea como una farola siniestra. Busco un trapo sobre el banco de herramientas. Ahí está. Es el que suelo utilizar para darle brillo a la carrocería. Tengo que humedecerlo antes sumergiéndolo en un cubo con agua. Venga, Johnny, vamos a ello. La sangre está reseca, no creí que costara limpiarla tanto como me está costando. ¿Por qué se seca tan pronto el líquido de la vida? De repente parece tan rojo, tan pasional, tan fluido, tan vivo, y al minuto siguiente es negro, podrido, seco, muerto.

Cuando acabo pienso que sería buena idea fumarme un cigarrillo y saco el paquete de Marlboro.

Enciendo una cerilla con gesto torpe. El cigarro me tiembla en los labios. Creo que esto no ha sido una buena idea.

Abro la puerta de casa y trato de subir las escaleras que conducen hacia mi cuarto, en la planta de arriba, pero alguien enciende una luz arruinando lo que yo creía una entrada discreta. La figura de mi madre en camisón me espera en el rellano.

—¿Quieres tomar un vaso de leche? Todavía queda pastel de manzana, te he guardado un trozo. ¿De dónde vienes tan tarde, hijo? ¿No habrás dejado a Lucille a estas horas en su casa? ¡Qué van a pensar sus padres!

Yo no sé cuántas veces le he dicho a mi madre que no me espere levantada, o lo que es peor, que no se levante cuando me oye llegar solo para preguntarme si quiero comer algo, y uno acabe tragándose el vaso de leche y el trozo de pastel de manzana como si fuera el peaje que tienes que pagar antes de que te dejen irte a dormir. Pero esta noche no podría comer nada aunque fuera el manjar más exquisito del mundo. De hecho, creo muy probable que acabe vomitando la hamburguesa del Brick. ¡Dios! ¡Creo que es posible hasta que vomite un pulmón!

—No tengo hambre. Estoy cansado.

—Pero hijo, ¿te vas a acostar sin tomar nada?

Mi madre me mira con cara de pena y decepción. ¿Cómo lo hacen estas mujeres? Cuando una madre te mira así estás perdido.

—Está bien, me lo tomaré —me rindo.

En menos que canta un gallo mi madre me ha puesto en una bandeja un vaso de leche y un plato con un generoso trozo de pastel de manzana que me subo a mi habitación. Es la fórmula mágica para que la señora Jefferson te deje tranquilo: comer o tener constancia de que estás comiendo cada dos horas. La mujer que me dio la vida desaparece con su camisón blanco escaleras arriba para volver a su lecho matrimonial.

Yo subo las escaleras también. Cuando por fin entro en mi cuarto, cierro la puerta y dejo la bandeja encima del escritorio, doy un suspiro tan grande que creo que voy a despertar a todo el vecindario. Aquí me siento a salvo. Entro al pequeño cuarto de baño de mi habitación y abro el grifo. El ruido del agua cayendo sobre el lavabo también me habla con familiaridad. Me mojo la nuca, me lavo las manos, me cepillo los dientes… Necesito sentirme limpio. Creo que necesito una ducha. Sí, es

lo que necesito.

Me quito la ropa como quien se despoja de todas las ataduras que le atrapan y al dejarla caer sobre el suelo pienso en lo feliz que sería si pudiera quemarla. Pero ¿cómo se lo explicaría a mi madre? «Mira, mamá, me dio por encender una pequeña hoguera anoche con mi ropa.» Mejor la pongo en el canasto de la ropa sucia y pongo otra ropa encima para no tener que verla. Eso es. Hecho. Ahora sí, me voy a la ducha.

Dejo que el agua le dé un masaje a mis temores y calme mis músculos. Pero ¿cómo voy a poder olvidar esto? Hace unas horas, cuando pensé en el Brick que esta iba a ser una noche especial, de esas que recuerdas toda la vida, no me refería a esto. Durante unos instantes el agua tonifica mis sentidos y me hace sentir aliviado. Cuando salgo de la ducha solo pienso en meterme en mi cama. Es el único lugar seguro del mundo. Repto por las sábanas como una serpiente vieja y cansada que solo busca ocultarse en su escondrijo. Cierro los ojos.

¿Por qué no se apagan los pensamientos al apagar la luz? ¡Al contrario! Las imágenes cobran vida en mi cabeza y brillan en mitad de la oscuridad. Cuanto más intento no pensar en ello más vívida aparece ante mí la niña india, más roja me parece la sangre, más desencajado me parece su rostro, más atroz me parece todo. La angustia y el nerviosismo se me hacen tan insoportables que no tardo ni un minuto en pensar en las pastillas de mamá y deslizarme como un fugitivo hasta el armario de las medicinas.

—¿Johnny?

Pero ¿es que esta mujer nunca duerme?

—No pasa nada, mamá, solo estoy cogiendo algo para el dolor de cabeza —me apresuro a decir.

Me pongo la pastilla debajo de la lengua. He oído en algún sitio que se hace así cuando estás muy nervioso. No sé si es la sugestión o qué, pero no tardo en sentirme relajado y en un estado hipnótico tan agradable que creo que mañana todo volverá a ser como antes.

¿Qué hora es? Me despierto con la imagen de la cara desfigurada por el impacto de la niña india y una taquicardia veloz se instaura en mi alma.

Normalmente me despierto reviviendo la imagen de Lucille, con sus tirantes, la insinuación de su pecho y una promesa firme levantándose bajo las sábanas. Miro el reloj. ¿Qué hago tan temprano? Me despierto aturdido y nervioso, con una culebra en el estómago. Me pongo a vaguear por la habitación intentando poner en orden el caos, moviendo las cosas con mano temblorosa de un lado para otro sin saber muy bien qué estoy haciendo.

Mi madre no tarda en aparecer por la puerta.

—¿Te has caído de la cama o qué?

Entra al cuarto sin ser invitada y busca con la mirada algo que no encuentra por el suelo. Finalmente acaba en el canasto de la ropa sucia.

—Pero ¿estás enfermo, hijo? Te levantas temprano, la ropa sucia está en el canasto de la ropa sucia en lugar de en el suelo… Baja a desayunar, te haré tortitas.

Poner la ropa sucia en el canasto y levantarse temprano es portarse bien, y cuando te portas bien tu madre te premia haciéndote tortitas para el desayuno. Pero yo no me he portado bien. Yo he abandonado el cuerpo indefenso de una niña atropellada en mitad del desierto, a merced de las alimañas, y no sé qué ha sido peor, si atropellarla o abandonarla allí después.

Cuando bajo a la cocina mi padre está leyendo *Los Angeles Examiner Newspaper*. La luz que entra por las ventanas y la puerta que da al jardín ciega mis esperanzas de ocultar mi rostro avergonzado ante el mundo. Hay varios frascos de compota de manzana en la encimera. Abro la nevera para coger un paquete de zumo de manzana que comparte el frío espacio con mermelada casera de manzana, tarta de manzana… Cuando estoy enfermo del estómago mi madre me da manzana asada. Si vamos a la feria, compramos manzanas de caramelo. Si mi madre hace mayonesa de ajo, la hace con el ingrediente secreto, la manzana, para que el sabor sea más suave. Creo que mi madre tiene un libro entero de recetas y todas tienen entre sus ingredientes las manzanas de Apple Valley.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza, hijo? —comenta mi padre sin levantar la vista del periódico que tiene entre las manos.

—¿No puede un hombre levantarse temprano?

—Un hombre *debe* levantarse temprano y por supuesto debe guardar el

coche en el garaje.

Así que era eso. Mi madre se extraña de encontrar la ropa sucia en el canasto de la ropa sucia y mi padre se extraña al darse cuenta de que anoche guardé el coche en el garaje cuando normalmente tiene que estar asediándome para que lo haga. «Es que no cuidáis de las cosas. Es que no apreciáis nada. Claro, como a vosotros no os cuesta ganarlo.» Habla siempre en plural, refiriéndose a Elisabeth y a mí aunque ella ya no viva en casa.

Suena el teléfono. Vaya, qué atino, pensé que mi padre estaba a punto de soltar uno de esos discursos sobre todas las cosas que él había conseguido hacer ya a mi edad. Antes de que pueda dar un paso para cogerlo, mi madre ha salido desde algún rincón de la casa y se ha apresurado a descolgar.

—¡Johnny!

—¿Qué pasa?

—La madre de Joshua dice que su hijo no ha dormido en casa. Ya le he dicho que aquí no está. ¿Tienes idea de dónde puede estar? ¿No estuviste con él anoche?

Este es uno de esos momentos en los que uno no sabe qué contestar. Le dejamos en la puerta de su casa. ¿No llegó a entrar? Tal vez Joshua se quedó impresionado por lo que había pasado y decidió irse a dar una vuelta y refrescarse la sesera. Pero ¿qué le digo a su madre? No puedo mentirle porque tal vez haya llamado también a casa de Willy o de Mike y ya le hayan dicho que le dejamos en su puerta.

—Le dejamos en su casa —contesto.

Mi madre pone gesto de preocupación, la cara pegada al auricular del teléfono. Sabe que mi respuesta no tranquilizará a la madre de Joshua.

—Escucha, querida —trata de no parecer preocupada—, mi hijo dice que le dejaron en la puerta de casa, pero estos muchachos ya sabes cómo son… No es la primera vez que pasan la noche fuera.

Puedo imaginar lo que la madre de Joshua le está diciendo a la mía por teléfono. Le está diciendo que lo sabe, que tiene razón, que es cierto, que Joshua ha dormido fuera de casa muchas veces, pero que siempre le ha avisado antes o la ha llamado por teléfono para decírselo desde alguna cabina. Lo que no le está diciendo, lo que no le está confesando, es que

ella tiene un mal presentimiento, una de esas sensaciones que solo las madres tienen con los hijos, y que sabe que algo anda mal.

Mi madre cuelga, vuelve a la cocina, me hace unas tortitas que encharca en el fango del chocolate caliente y se defrauda al comprobar que apenas tengo apetito, pero es que no puedo quitarme de la cabeza la cara destrozada de esa niña y no, no puedo comer y a duras penas puedo tragarme el zumo de manzana, que siento como si se agriara dentro de mi estómago fermentándose en sidra.

Joshua siempre está desapareciendo, pero, por Dios, podría haber desaparecido en un momento más oportuno, como si no tuviéramos bastantes preocupaciones como para encima preocuparnos por él. Subo a mi habitación y me visto como un rayo, cojo las llaves del coche y me dispongo a salir.

—¿Adónde vas?

Es la voz de la inquisición maternal.

—A comprar una revista —contesto.

Sí, podría haber pensado algo mejor, pero tampoco es que mis conexiones neuronales estén al cien por cien ahora mismo con la imaginación. Lo cierto es que estoy muy tenso, y cuando estoy así lo único que me relaja, aunque sea momentáneamente, es el sexo, pero no sé si se me volverá a poner tieso eso de ahí abajo alguna vez porque creo que ese ojo salido de su cuenca que uno jamás podría llegar a imaginar ni en las peores pesadillas de Halloween estará ahí para quitarme los ánimos por todo en la vida.

Pongo las llaves, hago girar el contacto y ruge el motor. Salgo del garaje y acelero al doblar la esquina derrapando de rabia. No sé muy bien adónde ir pero acabo en casa de Lucille. Sus padres se extrañan al verme por allí tan temprano y me invitan a desayunar por segunda vez en lo que va de mañana. El señor Beckett me pregunta si he decidido ya a qué universidad voy a ir y se lamenta de que Lucille ande empeñada en ser detective y esas cosas de novelas en lugar de estudiar una profesión de provecho.

—Creo que mi hija ha leído demasiadas novelas de Nancy Drew —me

dice mirándome por encima de las gafas de pasta gruesa.

Lucille calla al otro lado de la mesa mientras extiende la mantequilla de cacahuetes sobre una tostada.

—¿Y tú, hijo? ¿Qué vas a ser en la vida? —me interroga.

Supongo que está esperando que le conteste que abogado, médico o algo así, pero anoche perdí todo mi futuro en mitad del desierto y probablemente ya no pueda ser nada salvo un criminal.

—A Johnny le gusta escribir —dice de repente Lucille sin desatender su tostada.

—¿Escribir? ¿Cómo le va a gustar escribir? Escribir es de maricones. Escribir es para Oscar Wilde, Walt Whitman y todos esos que están en la estantería de tu madre —dice el padre de Lucille.

La señora Beckett mira a su marido con cara de reprobación pero este no se baja de sus trece.

—Bueno, la verdad es que había pensado estudiar medicina, señor —miento.

Nadie quiere tener a un escritor por yerno, especialmente si solo tiene una única hija. Si yo fuera padre, simplemente, no querría tener yerno y punto, buscaría una forma de espantarle a los novios y la guardaría bajo siete llaves para que ningún degenerado pudiera poner las manazas sobre ella y, admitámoslo, todos los hombres somos unos degenerados. Pero yo quiero a Lucille, la quiero de veras. Bueno, vale, también quiero su cuerpo, pero ¿quién no lo querría viéndola así, como yo la veo, como la estoy viendo ahora, mordiendo su tostada con esa boca que me vuelve loco? Sus labios son del color del deseo en la paleta de mi corazón. ¡Joder! Creo que el padre de Lucille tiene razón, estoy hablando igual que un maldito maricón. ¡Con metáforas!

—¡Médico! —exclama la señora Beckett llevándose las manos a la cabeza de emoción, como si acabara de tocarle la lotería.

Lucille me mira con cara de no saber qué está pasando. Sé lo que está pensando. «¿Desde cuándo quieres ser tú medico?» El señor Beckett parece respirar aliviado tras el susto que se había llevado antes al pensar que acabaría sus días compartiendo mesa con un padre de sus nietos llamado Oscar Wilde.

Salimos de allí a la calle con la excusa de ir a comprar unas revistas.

—¿Vamos a Seven Cactus?

Owen Pierce tiene un rancho tan grande que no puedes poner la vista sobre todos sus acres, abiertos al forrajeo. Sus reses pastan a sus anchas y bajan hasta Seven Cactus a abrevarse.

—¿Ahora?

Siempre hemos ido a Seven Cactus de noche y Lucille ya sabe a lo que vamos cuando nos dirigimos hacia allí. Hace un sol de justicia. Su cabello parece más rubio bajo el cielo, como un campo de trigo meciéndose al viento y reverberando con caricias de oro. Buscamos una sombra bajo un árbol y que Dios bendiga a Owen Pierce por haber plantado aquel árbol ahí, con nuestras iniciales grabadas en la corteza. Los mugidos se mezclan con el susurro del agua de Seven Cactus donde abrevan las bestias. Las cigarras se vuelven locas y vibran con tanta fuerza que parece que vayan a explotar. Me hundo entre los cabellos de Lucille y pienso que estoy oliendo a campo y a esparto y que estoy cogiendo las crines de un caballo salvaje. La apoyo en el tronco, de espaldas a mí, y la tomo por la cintura. Beso su cuello, intento reprimir un mordisco que se me escapa. No le gusta que le muerda, deja marcas que luego debe ocultar. Le quito la camiseta y acaricio su espalda mientras desabrocho la cárcel que aprisiona sus pechos y beso sus dorsales, apretando con las manos su cintura. Ella trata de girar el rostro para besarme, ofreciéndome la boca, y yo respondo llenándola con un baile de deseo que mi lengua ejecuta poseída por un trance frenético. Lleva unos pantalones cortos que desabrocho y con solo empujarlos un poco por las caderas caen precipitados al suelo. Lencería negra sobre su piel tostada al sol de la costa oeste de California. Es excitante ver a una chica en braguitas y quitárselas, despojándola de todas sus defensas, dejando a la vista lo que con solo tocarlo con los dedos no podrá mentirme, en su indiscreta humedad. Me desabrocho los pantalones y me bajo la cremallera, bajándomelos lo justo. La tengo tan grande y tan dura que si yo fuera chica y viera a un tío con semejante cosa descomunal intentando metérmela saldría corriendo. Le aprieto los glúteos y me abro paso por el túnel hasta insertar la pieza en su engranaje. Lucille emite una respiración ruidosa. Toda la maquinaria está tan lubricada que resbala. Ella se inclina hacia delante apoyando sus manos en el tronco mientras

sus caderas empujan hacia atrás una y otra vez. Me agarro de sus pechos como si fueran riendas y la monto a base de bien. Mientras me la tiro no pienso en nada más, solo en eso, así como estoy, viéndome a mí mismo dándole al asunto, oyéndola gritar de placer.

Los rayos del sol se cuelan entre las ramas del árbol quemando la piel allá donde pegan. Hace mucho calor. La piel de Lucille arde tanto como sus mejillas. Me la estoy tirando y cómo me la estoy tirando, Dios. Mi presa dorada me susurra algo con voz entrecortada, se está derramando, puedo sentirlo dentro de ella. Dejo que todo mi ser se salga y la inundo con un río de lava caliente.

Sé que ahora ella me pedirá un cigarrillo.

—Dame un Marlboro.

Es tan previsible.

Se viste rápidamente delante de todas las moscas y se enciende un cigarrillo con una cerilla. Nuestras miradas se pierden, cada una hacia un lado. Evitamos mirarnos porque sentimos vergüenza, como si la india paiute hubiera estado ahí mirando como todas esas moscas, señalándonos con dedo acusador, exigiéndonos penitencia y castigo. Cualquier placer es un insulto a la memoria descraneada de esa niña.

—Deberíamos ir a ver a Mike —dice Lucille, exhalando después una bocanada de humo.

Ya lo había pensado. Si nosotros estamos rotos por dentro, ¿cómo debe de estar el pobre Mike, que fue quien pisaba el acelerador y manejaba el volante anoche? En realidad quería ir a verle a él cuando he salido de casa esta mañana, pero algo me ha empujado hacia la puerta de Lucille. A veces hacemos lo contrario de lo que queremos hacer. O tal vez hacemos lo que realmente queremos hacer aunque conscientemente no estemos dispuestos a admitirlo. Los hombres no estamos a la altura de nuestra voluntad, está claro. Uno se propone levantarse temprano a la mañana siguiente para salir a correr, ayudar en el taller y pasar toda la tarde estudiando, pero cuando llega el momento de hacerlo apagas el despertador, remoloneas en la cama hasta las tantas, te vas directo a la piscina y pasas la mañana tomando el sol y la tarde bebiendo cervezas en el Brick.

Cuando llegamos a casa de Mike la calle parece la misma de todos los días. Gente pasando, nubes en el cielo y un par de niños guerreando en la puerta de la tienda de comestibles en la que probablemente se encuentren comprando sus madres. La casa de Mike, como todas las del barrio, tiene un jardín. Ese es el preámbulo de nuestros hogares. La cancela de hierro siempre está abierta en casa de Mike. Llegamos hasta la puerta de madera roja, que siempre ha sido roja pero hoy me parece más roja porque ese color es ya para mí desde anoche el color de la sangre. No es el de las manzanas de caramelo de la feria, ni de esa camiseta de manga corta de Lucille que tanto me gusta, ni del jarabe asqueroso que mi madre me daba cuando tosía y, desde luego, no es el color de la puerta de la casa de Mike. Es el color de la sangre.

La madre de Mike nos abre con una sonrisa angelical. Quedó viuda siendo sus tres hijos pequeños y los sacó adelante con disciplina, pero sobre todo los sacó adelante trabajando mucho. Marjorie Howards tiene un carácter dulzón, no por casualidad la llaman Honey Marjorie, la mujer que siempre pone al mal tiempo buena cara, la mujer resignada y complaciente, la que siempre está cuando la comunidad la necesita, la que da lo que tiene, la que jamás se enfada, una santa. Me veo obligado a almorzar, por tercera vez en lo que llevamos de mañana, pero es difícil negarse ante la invitación de una mujer que te ofrece una tostada de mantequilla con mermelada de fresa como si te ofreciera una hostia consagrada. Hasta Lucille se ve obligada a comulgar.

La señora Howards llama a Mike con voz de cántico celestial pero su hijo no responde.

—Debe de estar dormido. ¿Llegasteis muy tarde anoche? No le oí llegar.

Qué suerte tiene, a mí mi madre me oiría llegar aunque me pusiera unas almohadillas de gato en los pies.

—No se preocupe, señora Howards, yo iré a despertar a ese oso perezoso.

Las dejo en la cocina y subo las escaleras que conducen a la habitación de Mike. Ya me sé el camino, llevo yendo a esa casa desde que iba a primaria. Al llegar a la puerta siento un nudo en el estómago. ¿Qué me

voy a encontrar? Abro por fin. El cuarto apesta. El orden y pulcritud que la señora Howards mantiene en su casa se rompe siempre en ese ángulo, la habitación de su hijo mediano. Tiene dos hijos más, pero ahora no están porque se han ido a pasar el verano con sus abuelos en Florida.

Está muy oscuro y apenas puedo ver si estoy pisando ropa, unas botas, un guante de béisbol… Creo que hay más cosas tiradas por el suelo que encima del escritorio, sobre los estantes y dentro del armario. Subo la persiana y el oso perezoso se tapa la cabeza con la sábana. En la mesilla que hay junto a su cama hay un reloj, una cadena de oro, un vaso con agua, una caja de aspirinas con un par de tabletas asomando, un alfil de ajedrez, una billetera, un aplique, algunos dólares, una revista… Y paro de contar porque me estoy mareando. Jamás pensé que podían caber tantas cosas sobre una pequeña mesilla de noche.

—Mike. Despierta —le digo sacudiendo el bulto que hay bajo las sábanas a la altura de lo que intuyo que es un hombro.

Emite un gruñido que no acierto a interpretar y finalmente se baja la sábana, descubriéndose la cara. Tiene un morado en el cuello casi a la altura del maxilar izquierdo, debajo de la oreja. Debió de darse un golpe en algún momento, algo bastante habitual en él cuando va borracho. En el fondo todos nos damos cuenta pero le hemos estado levantando la mano, riéndole las gracias etílicas, cargándolo en hombros cuando nos lo hemos encontrado tirado en el suelo revolviéndose encima de su propio vómito, metiéndole en la cama cuando no era capaz ni de bajarse la bragueta para mear. Recuerdo una tarde en que al salir de la biblioteca le encontré tirado en un banco del West Park. Tuve que llevarlo a casa, conducirlo hasta su cuarto sin que sus padres se enteraran, desnudarle, ponerle un pijama, arroparle como una madre y salir de allí habiendo dejado el huevo caliente en el nido. Al cerrar la puerta de su habitación, me encontré con su madre en el pasillo.

—¿Qué tal, Johnny? —me preguntó con la misma sonrisa con la que decía todas las cosas aquella mujer.

—Muy bien, señora Howards.

—¿Y qué, habéis estudiado mucho?

—Sí, sí —le dije escabulléndome escaleras abajo.

Yo no sé por qué Mike bebe tanto. Lo hace desde que tenía catorce

años y lo más preocupante es que lo hace no solo cuando salimos de juerga por ahí sino también cuando está solo, sin importar si es la hora del almuerzo o la del té. Su madre parece no darse cuenta de esto o hace como que no se entera, la sonrisa siempre al aire, y el señor Howards, que en paz descanse, si es que está en el cielo, está demasiado alto allí como para poder ver lo que pasa aquí abajo.

—Levántate, Mike —le digo.

Mi amigo se incorpora en la cama con gesto de fastidio y hunde la cabeza entre las manos.

—Ha ocurrido —dice—. Me he despertado, ha amanecido un día más justo cuando no puedo soportar ni un solo día más en mi vida. Estoy llegando al límite, Johnny.

—Vamos, Mike, necesitas salir a tomar el aire. No puedes encerrarte en ti mismo. Todos lo estamos pasando mal. Tengo la cara de esa niña grabada en las retinas. Pero si nos mantenemos juntos y unidos estoy seguro de que…

—¿Qué niña? —me interrumpe.

Debía haberlo imaginado. Algo muy característico de Mike, tener amnesia a la mañana siguiente. Él no puede tener una resaca infernal y ya está, no, él tiene, además, que perder la memoria de lo que vivió mientras estaba en estado de embriaguez. Normalmente suele acordarse de una cuarta parte de las cosas, especialmente si corresponden al principio de los hechos, pero llega un punto en la línea de los acontecimientos a partir del cual todo se borra en su mente y somos los demás los que tenemos que refrescársela mientras él nos mira con ojos sorprendidos y no puede creer lo que le estamos diciendo. Mike, pobre Mike, esta vez sí que no vas a poder dar crédito a lo que hiciste… Si me hubiera pasado lo mismo se me habría bajado la borrachera a los pies, pero hay algunos que tienen los pies en la cabeza. ¿De qué estaba entonces hablando antes Mike? ¿A qué se refería con lo de que no podía más? Siempre ha sido un tipo de carácter melancólico. ¿De dónde proviene esa tristeza que siempre le acompaña en contraste con la alegría que desprende su madre? ¿Qué problemas puede tener un tipo como él?

Ya en el Cadillac, de camino a casa de Willy, tiramos del hilo a través del cual Mike encuentra las madejas enmarañadas de su memoria

atemporal.

—Necesito un trago —comenta desde el asiento de atrás.

—Me temo que eso no va a poder ser, Mike. Tenemos bastantes cosas que pensar, y tenemos que pensarlas con la cabeza fría —le digo.

—Joder, Johnny, no me compliques más la vida —se queja recostándose contra la ventanilla.

—¡No nos la compliques tú, imbécil! ¿Tengo que recordarte quién fue el borracho que atropelló anoche a una niña?

Sé que lo que acabo de decir es cruel y me arrepiento al instante de haberlo dicho.

—¡Basta ya! —media Lucille—. No todos habíamos bebido y que yo sepa ninguno de nosotros la vio. Fue un accidente. Johnny, tú y yo íbamos delante con Mike. ¿Viste algo? ¡No! ¿Verdad?

En realidad me pareció ver algo, ni siquiera el atisbo de una niña sino una sombra más bien, y desde luego ya la habíamos atropellado cuando mis ojos le preguntaban a mi cerebro qué era aquello que habían visto. ¿Por qué la pago con Mike? ¡Pues porque me revienta ver cómo destroza así su vida! Además, con quien verdaderamente estoy enfadado es conmigo mismo. ¿Cómo pude ser tan irresponsable y dejarle el Cadillac anoche?

Cuando llegamos a casa de Willy nos lo encontramos por la calle paseando al perro. Tiene uno de esos chihuahuas que caben en un bolsillo. Resulta ridículo ver a un tipo tan enorme con un perro tan minúsculo. Se llama Raf. Debían haberle puesto Rat, de «rata», porque se parece más a una rata que a un perro.

—¿Sabéis algo de Joshua? —nos pregunta.

—Nada, ¿a ti también te ha llamado su madre esta mañana?

—Sí. ¿No es un poco raro? —Willy tiene el gesto sombrío.

—Ya sabes cómo es, de repente le da por desaparecer. Estás tomándote una cerveza con él y al instante siguiente su asiento está vacío —dice Mike.

—No me da buena espina —dice Willy mientras se acuclilla para acariciar al perro. Su enorme mano lo cubre hasta casi tapar toda su

silueta. Al animal se le dobla el lomo por el peso de la caricia y le cuesta mantener el equilibrio sobre las patas.

—Venga ya, Willy. No seas agorero, que siempre estás con tus historias.

El perro se acerca a Mike, le da unas cuantas vueltas alrededor y se pone a ladrarle. Todos los perros pequeños son ladradores y chillones. No tienen ni medio guantazo y se te plantan delante como si te fueran a descuartizar. Los odio. Creo que el tiempo que aguanto en casa de Willy normalmente es directamente proporcional a lo que tardo en cansarme del perrucho. Me largo.

—Nos vemos esta tarde en la piscina —dice Lucille a través de la ventanilla mientras nos alejamos en el Cadillac.

Mike se ha quedado con Willy asediado por los ladridos de Raf. No sé cómo puede soportarlo. Es lo último que necesita una mente atormentada por los ladridos de remordimiento de la conciencia: tener que verse encima coreada por los chillidos agudos de un perro rata.

Dejo a Lucille en su casa y regreso a la mía. Hace un calor asfixiante. No sé si estoy respirando aire o estoy respirando fuego. Aparco el coche y entro arrastrando los pies y agachando la cabeza, como un reo en su camino hacia el patíbulo. Mi madre está en la cocina rodeada de vapores y cazuelas. Sea lo que sea huele de maravilla, pero estoy tan empachado por todo lo que he comido esta mañana que solo puedo sentir náuseas. La imagen de la niña vuelve a mi mente, como un recuerdo intrusivo vívido y terrorífico que me provoca retortijones y hace que mis extremidades tiemblen.

—¿Y las revistas? —me pregunta mi madre dando la espalda a los fogones y mirando mis manos vacías.

—¿Qué revistas?

—¿No habías salido para comprar unas revistas? ¿Has visto si han traído ya el *Newsweek*?

Mi madre debe de ser la única mujer de Swampy Village que lee el *Newsweek* o, para ser más exactos, debe de ser la única mujer que lee. Me quedo parado sin saber qué decir. Aturdido, miro alrededor buscando

algo, como cuando abres la nevera sin saber qué quieres y esperas que el electrodoméstico te hable haciéndote alguna sugerencia.

—Hijo, ¿te pasa algo? Tienes mala cara. ¿Por qué no te acuestas un rato? Te avisaré cuando la comida esté lista.

—No me encuentro muy bien del estómago, no creo que baje a comer.

Subo las escaleras de mi cuarto mientras mi madre hace comentarios sobre los peligros de no llevar una vida saludable y una correcta nutrición. Acabo en el aseo tirando todas las entrañas del diablo por donde empiezan a trenzarse los cestos. Necesito descansar pero mi mente no para de darle vueltas a lo mismo. No puedo dejar de pensar en el rostro desfigurado de la paiute. No puedo dejar de pensar en lo miserables que fuimos al dejarla allí y huir de nuestra responsabilidad como solo una banda de cobardes lo haría. No puedo apartar de mí el remordimiento, ni puedo dejar de preocuparme por qué habrá sido del cadáver. ¿Lo habrán encontrado ya? ¡Ya tendrían que haberlo encontrado! ¿Nos vería alguien? ¿Y si descubren que fuimos nosotros? ¡Para Johnny, para! Es lo que trato de ordenarme a mí mismo. Si sigo pensando me volveré loco. Pero ¿cómo se puede dejar de pensar? ¡Es imposible!

Cojo otra de esas pastillas hipnóticas de mi madre. Solo necesito alejarme de mí mismo, estar fuera de mí, despedirme de mi mente, apagar el interruptor de los pensamientos, dormir. Un bostezo.

—¡Johnny!

Me despierto con la voz furiosa de la pequeña india llamándome desde el más allá.

—¡Johnny! —Esa no es una voz del más allá, esa es mi madre—. ¡Johnny!

Me levanto aturdido y me asomo por la escalera. Mi madre me mira con el auricular del teléfono pegado a la oreja.

—¿Qué pasa?

—Lucille dice que habíais quedado para ir a la piscina y que te está esperando desde hace un buen rato.

—Dile que ya voy.

—Pero ¿tú no estabas malo? —dice sin despegarse del auricular.

—Ya me encuentro mejor —miento.

—¿Y te vas a ir sin comer nada? He hecho un poco de manzana asada, es lo mejor para el estómago.

Quiero bajar las escaleras y quitarle el auricular a mi madre, decirle a Lucille que en un rato pasaré por ella y zanjar este asunto, pero mi cabeza es un yunque, me cuesta mantenerla sobre los hombros y me encuentro tan espeso que debo hacer esfuerzos para mantener el equilibrio. Una ducha rápida consigue quitarme bastante tontería de encima. Creo que esas pastillas no son para echarte a dormir un par de horas, sino más bien un par de siglos.

Bajo a la cocina y doy cuatro o cinco cucharadas a la manzana asada con un poco de puré de patata pero como sin ganas. Me dejo casi todo el plato pero tiro las sobras a la basura y las hundo entre los desechos para borrar las huellas de mi desgana. Salgo de casa a toda prisa, como si llegara tarde a una entrevista de trabajo, acelero hasta derrapar y recojo a Lucille. Me estaba esperando en la puerta de su casa.

Cuando llegamos a la piscina los chicos ya se han metido en el agua y han chapoteado un par de veces antes de tumbarse al sol. Laura Atkins también está, la habrá llamado Willy. Mike con su bañador verde, Willy con su bañador rojo y Lucille con su modelo blanco. Parecen la bandera de Italia. Hay algo que me llama poderosamente la atención y es el morado de Mike. Ha aumentado sensiblemente de tamaño; ¿o son imaginaciones mías?

Lucille se quita la ropa y se queda en traje de baño, un conjunto muy marinero, de rayas azules y blancas. Me tiro al agua con la esperanza de estirar mis tensiones en ella haciendo unos largos. Lucille extiende su toalla junto a la de Laura y se tumba boca arriba. El sol y su piel dorada se aman, se dicen cosas, rayo a rayo, que los demás no podemos oír.

Si hay algo mágico está en el agua. Es el único elemento en el que me siento ingrávido y ligero. Me sumerjo y buceo. Es lo más parecido a volar. Aquí dentro los sonidos de fuera suenan lejanos y lentos, pertenecientes a otro mundo. Si yo pudiera ser un pez y respirar con las branquias, pasarme todo el día en remojo haciendo burbujas en la superficie con cada latido de mi corazón, mis escamas brillarían tanto

que reverberarían haciendo juegos de luces y flirteos con el sol. No habría nada en lo que pensar, ni de qué escamas preocuparse, solo tendría que buscar alimento…

Un agobio nauseabundo me invade al pensar en el alimento y emerjo de nuevo a la superficie. Salgo de la piscina y me tumbo junto a Lucille sobre mi toalla azul marino. Es del mismo color que mi bañador, solo que mi traje de baño lleva algunos botones de color dorado con figuras grabadas de anclas. Miro al cielo con los ojos entrecerrados y rendidos al sol implacable. Un azul intenso, limpio y despejado, no logra borrar los pensamientos que manchan mi alma. Las cigarras hacen lo suyo por el césped. Están por todas partes pero nunca las ves. Yo por lo menos no he visto nunca una cigarra en mi vida, pero llevo toda la vida oyéndolas.

Mike se ha traído una nevera con algunos refrescos de gaseosa y unas cuantas cervezas camufladas en botellas de zumo. Incorregible. Se me escapa un suspiro en mitad del silencio de mis amigos, que al contrario que otras veces, en que parlotean como cotorras, permanecen callados y absortos en sí mismos. Supongo que nadie se atreve a hablar de lo de ayer. Yo no sabría por dónde empezar. Decido cerrar los ojos.

—Han encontrado a vuestro amigo —dice la voz que me está haciendo sombra.

Es el hermano de Sandra Watson, el mismo al que le puse el morro caliente una vez.

—¿Qué dices? —dice Laura Atkins.

—Han encontrado muerto a vuestro amigo Joshua —dice Watson.

Pero ¿qué dice este imbécil? Me dan ganas de volver a partirle la cara, como aquella vez.

—¿Qué? —grita Lucille.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunta Laura.

—No sé, dicen que estaba tirado en el desierto —responde Watson con cara de idiota.

No puedo creer que este engendro sea hermano de Sandra.

—El sheriff James viene de camino. Os está buscando —dice con cara de diversión.

A que le meto un guantazo…

Una bola de fuego abrasa mis entrañas subiéndose hasta mi garganta y

el reloj de mi corazón da marcha rápida. ¡Acabarán descubriéndonos! Adiós a Lucille, adiós a mi Cadillac, adiós a la universidad. Durante unos instantes me veo escribiendo *De profundis* en el calabozo como Oscar Wilde. Si al final va a tener razón el padre de Lucille con lo de los escritores y voy a terminar siendo un puto marica entre rejas e iré pasando de polla en polla hasta que todos los reclusos de la cárcel me hayan dado por el culo.

—Vamos a la oficina del sheriff —propongo.

No lo digo por abreviar sino por largarnos de la piscina y alejarnos de Benny Watson y el resto de oídos curiosos. Tenemos que hablar a solas antes de ver a James y acordar nuestra versión cuando nos pregunte cuál fue la última vez que vimos a Joshua, de dónde veníamos, a qué hora le dejamos en casa… ¿Y si le preguntan a Harry y Selma a qué hora nos fuimos del Brick? ¿Se acordarán? Si es así el sheriff se preguntará por qué dimos un rodeo y por qué tardamos tanto en llegar a casa.

Subimos al coche y pongo el motor en marcha.

—A ver. Anoche salimos del Brick y nos fuimos a casa. Dejamos a Joshua en la puerta. Punto. La historia es así de simple, así que no la compliquemos más —digo.

—Te olvidas de algo —dice Laura Atkins.

—¡Lo de la niña paiute no se lo vamos a decir! —contesto.

—Me refería a Sandra Watson.

—¡Es cierto! Vale. Salimos del Brick y de camino a casa nos encontramos a Sandra con una avería y la montamos con nosotros en el coche. Dejamos a Joshua en la puerta de su casa y nos fuimos. ¡No es tan complicado! Mantengamos la calma.

No sé si hace un calor asfixiante o si ando sudando de los nervios pero estoy echando la gota gorda. Piso el acelerador. Que sea lo que Dios quiera. El ruido del motor suena en sordina, camuflado por el escándalo de pensamientos ruidosos que desbordan mi mente. Si sigo así me voy a quedar sordo del corazón. Lucille mira a través de la ventanilla. El cristal refleja unos ojos encharcados. No deja de morderse las uñas. De todos nosotros, creo que es la que más afectada está por la noticia de la muerte

de Joshua. Miro por el espejo retrovisor y descubro que Mike y Willy también están mirando a través de la ventanilla, con la mirada perdida en sus propios pensamientos, cada uno en su lado. Laura Atkins va sentada en medio de los dos. Willy le sostiene la mano y la deja acurrucarse en su hombro, convirtiéndose así en el nido de un pajarillo indefenso. El grandullón logra conmoverme con su ternura. La verdad es que si yo fuera chica me casaría con alguien como él. Mike y Joshua van por la vida de duros y aparentemente siempre han sido más seguros de sí mismos, extrovertidos y abiertos, mientras que Willy ha sido siempre el retraído del grupo, el que nunca abría la boca en clase, el que no hablaba por no molestar, el prudente. Cuando tenía un problema nunca buscaba a Mike, tampoco a Joshua. Buscaba a Willy, y no es que me diera muchos consejos, pero siempre ha sabido escucharme. Nunca me decía qué debía hacer cuando tenía un problema, pero siempre pronunciaba alguna frase o decía alguna palabra que me hacía plantearme las cosas de otra manera. Pero lo más importante de todo, quizá, es que Willy es un oso al que sabes que puedes abrazar. Y qué diantres, a veces un hombre necesita el abrazo de otro. Me sentiría extraño si tuviera que abrazar a Mike o a Joshua, incluso me daría vergüenza, pero con Willy es distinto. De repente echo de menos dos cosas, una del pasado y otra del futuro, los abrazos que me daba mi abuelo, que en paz descanse, y los abrazos que nunca le daré a Joshua, que no creo que esté descansando en paz. Nunca le dije que le quería, ni le di un abrazo, ni le devolví aquella chaqueta roja que me prestó para ir en moto hace años.

Para cuando llegamos a la comisaría he derramado un par de lágrimas que escondo como si estuviera en el cine y me diera vergüenza admitir que me he emocionado con una escena, solo para descubrir de reojo que los demás tienen los ojos encharcados y están hundidos en sus butacas con el corazón en un puño.

El sheriff James nos separa para interrogarnos por aislado. No sé si los demás están siendo interrogados por los ayudantes del sheriff o si a ellos les preguntarán después, pero supongo que esta es una técnica policial bien estudiada. Lo que sí sé es que estoy sentado como un colegial frente

a su pupitre y que el examen sorpresa de hoy no irá sobre los nombres de todos los presidentes que ha tenido Estados Unidos.

James coge una silla que sitúa del revés y se sienta frente a mí apoyándose en el respaldo. Su gesto es muy grave. Sé que tiene una piedra en el bolsillo, un as bajo la manga, una pregunta sorpresa. Se levanta ligeramente el sombrero con un toque de dedo.

—¿Sabías que Joshua tenía una relación con Lucille?

Esa pregunta sí que no me esperaba que fuera a caer en el examen, profesor James. ¡No estaba en el temario! ¡No estaba en los apuntes! ¡No puede ser! Está tratando de confundirme. ¿Por qué razón? Quiere ver mi reacción. Está bien, mantengamos la calma. Miro las cuatro paredes tratando de aparentar indiferencia antes de volver a mirarle. Definitivamente al color verde agrisado le hace falta una mano de pintura. Qué color más mortecino, y sin embargo no me imagino muchos otros colores en las paredes de una sala de interrogatorios. Desde luego, a nadie se le ocurriría pintarlas de rosa o azul celeste.

—Creo que usted está equivocado. Lucille es mi novia, como ya sabe.

—Sí, hijo, sí… Ya lo sé. Pero ¿tú sabías que Joshua tenía una relación con ella?

El hombre insiste, es pesado, qué cabezonería la suya. Supongo que se dedican a sacar verdades con mentiras. Lo mejor en estos casos es hacerse el sueco, responder con otra pregunta.

—¿Se refiere a antes de salir conmigo?

—No, hijo, no… —James me mira como si yo fuera tonto y estampa contra la mesa una libreta con flores en las tapas y un candado. Parece un diario.

Nos quedamos en silencio un rato. No sé qué pensar. El sheriff James retoma la conversación.

—Está todo ahí escrito, de su propio puño y letra. Es el diario de Lucille. Estaba en la habitación de Joshua.

¿No se supone que un diario es privado y debe estar en propiedad de su dueño? ¿Qué hacía en casa de Joshua?

¡Y todavía tengo más preguntas! ¡Necesito leer las páginas de ese diario porque estoy convencido de que el idiota de James está confundido! ¡Lucille no tenía ninguna relación con Joshua!

Seguramente se lo robó alguna de las noches que pasó con ella en su cuarto.

Cuántas veces lo he hecho con Lucille en su cuarto mientras su madre hacía galletas abajo creyendo que estábamos estudiando. Vaya, a mí nunca se me ocurrió robarle el diario. Sabía que escribía uno y, la verdad, me moría por saber qué cosas ponía en esa libreta sobre mí, pero jamás se me había pasado por la cabeza robarlo. Aun así, sigo estando convencido de que el sheriff está equivocado. Pero mi esperanza de sacarle del error se desvanece cuando le veo pasar unas páginas y me lee en voz alta:

—«Esta semana los chicos van tres a dos: lo he hecho dos veces con Johnny y tres con Joshua.» ¿Quieres saber lo que pone en la última página? Leo: «Joshua está muy pesado. Quiero darle la patada pero el muy hijo de puta me está amenazando con contarle lo nuestro a Johnny y a todo el mundo».

Una rampa de furia me sube del estómago a la cabeza. ¡Y pensar que hace unos minutos estaba llorando por la muerte de ese cabrón! Y en cuanto a Lucille, ¡maldita zorra mentirosa!

—¿Y bien? —¿A qué se refiere? ¿Qué espera que le diga? ¿Que me siento un imbécil? Necesito un cigarrillo. Saco el paquete de Marlboro y le pido permiso al Sheriff para fumar—. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Joshua?

—Anoche, íbamos todos en el coche. Le dejamos en la puerta de su casa —contesto desganado.

Me enciendo el cigarrillo. ¿Cuándo va a acabar este interrogatorio? Este hombre no puede esperar soltarme un jarro de agua fría diciéndome que soy un cornudo integral y que yo esté aquí contestando a sus preguntas tan tranquilo cuando lo que tendría que estar haciendo es destrozar el mobiliario de la sala, que por otro lado se reduce a una mesa y dos sillas. Qué pocos muebles para el desahogo de mi rabia.

—¿Y después qué hiciste?

—Fui dejando a los demás en sus casas.

—¿A quiénes?

—¡Pues ya lo sabe!

—Sí, pero quiero que me lo digas tú —insiste.

Esto debe de ser otra de esas técnicas policiales, pero a mí me está tocando los huevos.

—Pues a Sandra, a Mike, a Willy, a Laura…

—¿A quién dejaste en último lugar?

—A Sandra Watson.

—¿A qué hora?

—No lo recuerdo.

—Más o menos, ¿aproximadamente?

—¡No lo recuerdo! —pierdo la paciencia.

—Está bien, hijo, no te pongas nervioso. ¿Qué hiciste después de llevar a Sandra a su casa?

—Me fui a la mía.

—¿Fuiste directo?

—Sí.

—¿Hay alguien que pueda corroborar esto?

Este tío es tonto. Si dejo a todos en su casa y me voy yo solo a la mía, ¿quién cojones va a corroborar que me he ido directo a casa excepto yo?

—Pues no sé… Pero fui directo a casa, se lo juro. Guardé el coche en el garaje. ¡Incluso encontré a mi madre despierta! Oiga, ¿cómo ha muerto Joshua?, ¿me está acusando de algo?

Lo que está claro es que alguien lo ha asesinado y no ha muerto por accidente, porque de otro modo, ¿a qué vendría el interrogatorio? James, quien hasta entonces ha estado haciéndome todas esas preguntas sin levantar la vista de un cuaderno en el que va haciendo anotaciones, levanta la mirada y clava sus ojos en los míos.

—Todavía no.

No sé cuánto tiempo nos han tenido en comisaría pero me he fumado todo el paquete entre esas cuatro paredes. Mike, Laura y Willy ya estaban fuera cuando yo he salido. A Sandra, por lo visto, la interrogaron a primera hora de la tarde, porque allí no estaba. Lucille es la última en salir. Sé lo que le han preguntado, apuesto cien dólares y los gano. Le han preguntado por su relación con Joshua, le han dicho que tienen su diario y se ha quedado blanca, porque ese es el color con el que ha

salido. Jamás llegué a pensar que uno pudiera perder el bronceado de un susto, pero parece que así es. Ella se estará preguntando ahora mismo si al interrogarme a mí me han dicho lo suyo con Joshua y se lo va a seguir preguntando porque de momento no pienso decir nada. Quiero ver hasta dónde llega.

Todos intercambiamos las respuestas que hemos dado intentando construir un puzle inconexo.

—¿A alguno de vosotros le han dicho cómo ha muerto Joshua?

—No, pero por las preguntas que nos han hecho, yo diría que ha sido asesinado —dice Lucille.

Habló la detective. Habrá sudado mucho. Tú te has callado con el grupo tu versión del interrogatorio igual que me la estoy callando yo porque te han preguntando directamente por tu relación con Joshua. ¿Por qué no me ha dejado el sheriff leerlo? Tal vez porque llevabas ahí la cuenta de otros chicos, no solo de Joshua y de mí.

—Vamos a buscar a Sandra, a lo mejor ella tiene más información —digo.

—Y nosotros tan preocupados por lo de la niña india, pensando que nos iban a descubrir… —dice Mike cogiendo de la parte de atrás del coche una de aquellas botellas de zumo en las que en realidad hay cerveza.

—Cierra el maletero y sube al coche, Mike. No deberías beber —le pido.

Pero no me hace caso, coge la botella igualmente, la destapa y se amorra como un crío a su biberón. Cuando cierra el maletero me fijo en el moratón de su cuello. ¿Está todavía más grande que antes o me estoy obsesionando?

De camino a casa de Sandra me fijo en Willy y Laura a través del espejo retrovisor. Laura y Willy acurrucados. Mike a lo suyo, que suele ser sostener un trago entre las manos. Y Lucille mordiéndose las uñas de forma compulsiva y mirando a través de la ventanilla como si lo que viera al otro lado tuviera importancia. Su rostro pálido me devuelve un reflejo fantasmal en el cristal. Todavía no le ha vuelto el color a la cara. Tal vez lo mató ella. Él se estaba poniendo pesado con ella, la estaba amenazando con contárselo a todo el mundo. ¿Soportaría una mujer

como Lucille, que no se atreve a besarse conmigo por la calle por temor a que los demás piensen que es una fresca, que Joshua pudiera contar por ahí Dios sabe qué?

Un par de pajarracos revolotean entre los arbustos del jardín. Sandra Watson está regando algunas plantas con la manguera y mojando el suelo para refrescar el ambiente. El agua le chisporrotea por las piernas desnudas confundiendo las gotitas hidrógenas con las gotitas de sudor que brillan en su frente. Lleva unos pantalones cortos de camuflaje militar tan ajustados que difícilmente ningún marine podría vestir sin estrangularse los huevos. La camiseta de tirantes verde olivo se pega al cuerpo dibujando una figura esbelta de hombros perfectos y pechos de esos ante los que a uno le dan ganas de cuadrarse como si fueran coroneles: «¡Señor, sí, señor!». Viéndola así, no me extraña que mi hermana Elisabeth perdiera los estribos por ella.

No parece muy sorprendida de vernos allí. Al fin y al cabo ha sido la primera en pasar por el interrogatorio en comisaría.

—Lo siento mucho, chicos —se dirige a nosotros.

Nos da el pésame porque sabe que hemos crecido con Joshua, pero ahora mismo yo no tengo el cuerpo como para recitar unas palabras en su funeral en plan: «Fue el mejor amigo, todavía tengo la chaqueta que me dejó y además se tiraba a mi novia. *Que Dios lo tenga en su gloria*». ¡Joder! Me odio a mí mismo porque soy incapaz de enfadarme con Joshua. ¿Quién cojones puede enfadarse con un muerto? Con quien realmente estoy resentido es con ella, con Lucille, con la que tiene el descaro de estar viva recordándome su afrenta.

Sandra nos invita a sentarnos alrededor de una mesa de piedra que hay en la parte trasera del jardín, junto a una pequeña piscina.

—¿Unas limonadas? —nos pregunta.

Si hay algo que parece que nunca se acaba en Apple Valley aparte de las manzanas, son los limones con los que exprimen litros y litros de limonada fresca.

—¿Por qué no? —contesto.

Mike preferiría beber otra cosa con algunos grados de alcohol, pero

qué se le va a hacer. Ya encontrará forma de meterle mano a una cerveza más tarde. Ahora mismo lo que nos preocupa a todos es saber de qué han estado hablando los agentes con Sandra y si ha dicho algo que pueda haber contradicho nuestras declaraciones o sembrado algún margen de sospecha, no sobre la muerte de Joshua, sino sobre lo que ocurrió antes.

Watson sale con una bandeja de limonadas que reparte entre nosotros y se hace un hueco para sentarse entre Mike y Willy. Laura Atkins está al lado de su oso peluche. La mesa es redonda, así que intuyo que la conversación va a ser interesante. Siempre me ha gustado mucho más conversar alrededor de una mesa redonda que alrededor de una cuadrada. Frente a Sandra estamos Lucille y yo.

—¿No es un poco extraño todo esto? —dice.

—Todavía no podemos entender qué ha podido pasar —articula Lucille con los ojos aguados mientras me coge de la mano y me la aprieta entre las suyas.

—En comisaría apenas nos han explicado nada. Solo sabemos que le han encontrado muerto en la pista de béisbol —dice Willy.

Siento como si una brasa de carbón se encendiera al rojo vivo dentro de mi estómago. Puedo notar cómo el ardor sube por el esófago hasta hacerme creer que voy a expulsar fuego por la boca como si fuera un jodido dragón. Lucille aprieta mi mano todavía más pero yo no puedo seguir sujetándola, necesito desasirme, huir, respirar aire fresco. Me levanto de la mesa de repente. Puedo ver a los demás mirándome como si tuviera algo raro en la cara.

—¿Estás bien? —me pregunta Sandra.

—Es que es muy sensible y está muy afectado por la muerte de Joshua.

Oigo las palabras de Lucille como a lo lejos. Esa extraña que habla no es mi novia, es una mala falsificación, una imagen distorsionada, un monstruo con traje de chica. El jardín de Sandra me da vueltas. Me sube una arcada que no puedo reprimir y riego el césped con un amasijo de vómitos malolientes y negruzcos que me hacen pensar que tengo el alma podrida. Lucille me sujeta la frente y Sandra se apresura a acercarme unas servilletas de papel que cojo con la mano sin poder incorporarme ni levantar la vista para darle las gracias.

Un mechón de cabellos rubios cae sobre el revuelto de devueltos como

si unas tijeras los hubieran cortado. Me reincorporo como puedo, tratando de robar un poco de aire para mis pulmones y respirar. Lucille se está toqueteando el cabello con manos huesudas y nerviosas, pero cuanto más se atusa, más mechones se le caen.

—¿Qué me está pasando? —La voz de Lucille suena quebrada.

—¡Tesoro, deja de tocarte! —Es Laura Atkins la que ha dicho eso.

Las mujeres se van al baño, Sandra incluida. Para una chica, que se te caiga el pelo debe de ser peor que vomitar petróleo. Los muchachos y yo nos quedamos solos en el jardín. Las limonadas permanecen sobre la mesa como testigos mudos de una tragedia anunciada.

—¿Estás mejor, tío? —me pregunta Mike.

—Sí, gracias. Tengo el estómago un poco revuelto estos días.

—Esos salvajes indios saben lo que hicimos y vienen por nosotros. Seguro que lo han matado ellos —dice Willy.

—¿Y qué os hace pensar que han sido los paiutes? —Es la voz de Sandra la que nos sorprende. ¿Cuándo ha regresado del baño? ¿Desde cuándo lleva escuchando?

Los chicos no se atreven a responder.

—Bueno… —dudo.

Lucille y Laura Atkins aparecen también en el jardín.

—Por favor, Johnny, llévame a casa —me pide Lucille.

¡Salvados por la campana! La rubia tiene algunos huecos en el cabello, como si un niño jugando a peluquero le hubiera hecho unos trasquilones.

—Nos vamos todos —sentencia Mike, levantándose de la mesa.

—Muchas gracias, Sandra —se despide Willy con toda la corrección y buenos modales sureños con los que fue amamantado en su casa.

Hay algo en mi cuarto, especialmente en mi cama, que me hace sentir a salvo. El papel de las paredes me hipnotiza tras la ingestión de un par de sedantes de esos que mamá tiene en el armario de las medicinas. El tictac del reloj del pasillo me ayuda a acompasar los latidos del corazón con la dulce tiranía de un metrónomo dócil. Estoy tan cansado…

—¡Johnnyyyyyy! —grita mi madre desde la planta baja. ¿Qué pasará ahora? ¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?—. ¡Johnnyyyyy!

¡Teléfonoooooo! —Seguro que es Lucille la que llama, la última persona a la que deseo ver en el mundo en estos momentos. Solo la idea de tener que hablar con ella me produce ansiedad—. ¡Bajaaaaaa!

Está bien. Bajo, bajo, bajo. Cada escalón es como si diera un paso más hacia el infierno. Mis pies se arrastran como los de un reo condenado a la pena máxima de la decepción. Abajo huele a pastel de manzana recién hecho. Mi madre me pasa el auricular y se va a la cocina a preparar unas galletas. Tiene la radio puesta y parece que el que canta es ese tipo que está de moda últimamente, Elvis Presley.

—Diga —me oigo decir. Mi voz suena molesta.

—Johnny, soy Sandra. —¿Sandra? Estoy sorprendido—. ¿Estás bien? Me he quedado un poco preocupada por ti. Anoche, cuando me llevaste a casa, me pareció que no estabas bien y ahora, además, con lo que le ha pasado a tu amigo Joshua… Si necesitas alguien con quien hablar…

Un estrépito de cristales contra el suelo rompe los incómodos segundos de silencio que se han abierto entre Sandra y yo a través de las líneas telefónicas. Mi madre farfulla un par de improperios en todo caso decentes y se pone a recoger el estropicio.

—Presiento que algo no va bien… No quiero asustarte, pero me quedaría más tranquila si pudiera hablar contigo.

Seguro que yo presiento que las cosas van a ir peor de lo que Sandra se imagina, pero qué diantres, cualquier cosa es mejor que estar en casa subiéndote por las paredes.

—Está bien —accedo—. Nos vemos en el Brick.

Cuelgo el auricular del teléfono. Mi madre ha encendido el horno y tararea una canción de Mildred Bailey. Es lo que suena ahora en el transistor. El olor a tarta de manzana se me hace cada vez más intenso e insoportable. Tengo que salir fuera.

En la calle no es que se pueda respirar mejor. El calor húmedo me impide refrescarme las ideas. Subo a mi Cadillac y bajo las ventanillas a tope. Hora de pisar el acelerador y dejar que el aire entre y me haga creer que se lleva todas las miserias del alma consigo. Las ruedas dejan una estela negra con el trazado de cenefas tras derrapar por la avenida, y un olor a neumático quemado me acompaña durante unos segundos.

En el Brick todo sigue igual que siempre, como si no hubiera pasado nada, como si anoche hubiéramos estado aquí toda la pandilla vagueando alrededor de la mesa de billar y después hubiésemos vuelto a casa sin que a nadie se le ocurriera la imbecilidad de dejar que Mike condujera mi Cadillac y tomásemos un desvío por el desierto. Harry anda por la barra sirviendo unos tragos, Selma reparte las comandas de hamburguesas entre las mesas y David se asa de calor entre los fogones de la cocina. El jefe de correos Edward Shutton está sentado a la barra con Owen Pierce hablando de rodeos y concursos de caballos y de aquel año en el que hizo tanto calor que…

—Siento mucho lo de Joshua. —Selma me saca de mis pensamientos—. Era un buen chico.

—Gracias, Selma. Dile a Harry que me sirva un whisky doble. Lo voy a necesitar.

—Mejor un whisky a secas. —Frunce el ceño.

—Deja al muchacho que masque su pena como quiera. Ya es un hombre, y un hombre sabe lo que quiere beber —dice Harry desde la barra.

Creo que ese hombre tiene la capacidad de leer los labios de la gente. De otro modo, ¿cómo es posible que sepa de qué estamos hablando desde la barra, con todo el barullo de la gente y Hank Williams sonando en la máquina de discos cantando «Lovesick Blues»?

Me siento a una mesa con bancos de los reservados y clavo los ojos en las servilletas de papel de cuadros blancos y rojos mientras los dedos de mi mano derecha acarician los relieves de la madera y descubro, por casualidad, una inscripción que me resulta familiar. La grabé yo mismo, con la punta de un bolígrafo, no hace mucho: «Juntos para siempre». A Lucille le brillaron los ojos cuando descubrí la inscripción aquella noche. Parece que haya pasado una eternidad y que aquellos que éramos ya no seamos los mismos.

Selma deja el vaso de whisky sobre la mesa. Así se sirve a un hombre, sí señor. Me complace su gesto. Se larga contoneando su trasero de reina de las fiestas de las manzanas de algún año perdido en el pasado, dejándome solo con mis pensamientos. Pego un trago largo que abrasa mi

garganta y funde mi esófago hasta llegar al puchero ardiente de mi estómago, que casi siento hervir. Me encantaría estar comiéndome una hamburguesa, pero la sola idea de pensar en la comida me produce asco.

—¿Está ocupado este asiento, vaquero?

Levanto la mirada. Es Sandra. Se sienta frente a mí.

—¿Dónde están tus modales?

—Perdona, ¿qué deseas tomar? —le pregunto.

—No me refiero a eso —me dice señalando con la mirada el objeto de su reproche.

Me quito el sombrero rápidamente. Selma viene a la mesa. No hace falta que me diga qué está pensando. Sé que está extrañada por el hecho de verme allí sin Lucille o sin amigos, acompañado por una persona con la que jamás me ha visto tomarme nada: Sandra Watson. En el pueblo fue sonada la pelea que mantuve con su hermano Benny. Todos sabían que mi hermana Elisabeth y Sandra eran amigas, pero la joven Watson y yo no somos amigos. No somos más que un par de desconocidos que todo lo que saben el uno del otro no va más allá de la información de los comentarios que sobre cada uno de los dos haya podido hacer Liz en alguna ocasión. Pero la vida es así. Te encuentras a alguien tirado con el coche en mitad de la carretera cuando la noche es reina, la subes al coche y al minuto siguiente le estás haciendo confesiones a una extraña. ¿Qué será lo siguiente?

—Tomaré una soda.

—Marchando una soda —anota Selma yéndose con el mismo contoneo de caderas de antes.

Le doy un trago largo al whisky. Esto empieza a pasar cada vez mejor.

—¿No te resulta un poco raro todo esto? —le pregunto.

—¿A qué te refieres?

—A tú y yo, aquí, en el Brick.

—¿No te resultaba más raro a mí y a ella, en cualquier sitio?

«Ella.» Ya tardaba en salir *ella.* No soy tonto. Se refiere a mi hermana.

—De mi hermana no me resulta nada raro. Todo me resulta siempre en ella excepcional. Y sé que ahora mismo estará llevando una vida estupenda en San Francisco, y lo único que me apena es estar tan lejos y no poder estar ahí para verlo.

Selma deja el vaso de soda sobre la mesa. Esta vez lo ha depositado frente a Sandra con delicadeza. Así se le sirve una soda a una dama.

—¿Con quién está siendo excepcional? —pregunta Watson refugiando la mirada en las burbujas de su refresco.

—¿Así que la cosa va de esto? ¿De Liz?

—¡No, claro! —se defiende con un rastro de rubor en los ojos—. Perdona, Johnny.

—No me malinterpretes, Sandra. En otras circunstancias estaría disfrutando hablando contigo de mi hermana, pero llevo un par de días malos y como comprenderás…

—Lo sé. —¿Qué sabe? ¿A qué se refiere? Lo dice por decir—. La he visto, ¿sabes?

¿A quién? ¿Qué quiere decir? Esta conversación empieza a incomodarme. Apuro el whisky de un solo trago. Jamás pensé que podría acabarme un doble en tres tragos.

—Mira, Sandra, soy muy malo con los acertijos y además tengo la inteligencia justa para pasar el día. Así que ponme las cosas fáciles.

—He visto a la niña india.

Noto cómo la sangre me baja a los pies. Un calambre de escalofríos recorre mi espina dorsal hasta dejarme más tieso que un maldito cactus. Miro en todas direcciones temiendo que alguien pueda estar observándonos. ¿Y Harry? No me gustaría que le estuviera leyendo los labios a Sandra en este mismo instante.

—No sé de qué me estás hablando —respondo como un autómata que no es dueño de sus intenciones.

—¿No? Pues te puedo asegurar que esta noche no ha sido muy agradable ver a esa niña india al pie de mi cama. ¿Qué está pasando?

—Vamos a otro sitio —resuelvo dejando unos dólares sobre la mesa.

Durante los breves segundos que nos separan del aparcamiento del Brick no puedo dejar de darle vueltas a una idea de locos. Puede que la pequeña india sobreviviera al accidente. Algo descansa en mi interior. Si eso fuera cierto ni todas las absoluciones del mundo me producirían más alivio. Cerramos las puertas del Cadillac al unísono y casi al mismo

tiempo acciono la llave del motor. Mi coche ruge bajo el látigo de mi pie sobre el acelerador.

—¿Y bien?

—Johnny, ¿de qué conoces a esa niña?

—¿Qué niña?

—Ahora no hagas como que no sabes de qué estoy hablando. ¿Por qué me has sacado del Brick, entonces? Anoche desperté en mitad de la madrugada. Tenía mucho calor, qué novedad aquí en el sur, ¿verdad? Me incorporé para sentir la brisa que entra por la ventana. Entonces la vi. Estaba allí. Era una paiute de unos siete años.

—¿Es eso cierto?

—Tan cierto como que estamos aquí tú y yo ahora hablando.

—¿Hablaste con ella? ¿Te dijo algo?

Supongo que lo que estaba esperando oír de sus labios era algo así como: «Sí, hablé con ella y me dijo que la atropellasteis y que sois unos desgraciados porque la abandonasteis como unos cobardes en el desierto». Pero lo que dijo fue:

—Solo pude verla unos instantes. Después se esfumó.

—¿Qué quieres decir?

—Que desapareció, Johnny. La visión se desvaneció.

¿Visión? ¡Acabáramos con los cuentos de brujas! ¿Cómo sé que no se acaba de inventar todo lo que acaba de decirme para sonsacarme información? ¡Está clarísimo! Por eso el sheriff habló antes con ella. ¡Seguro que James sospecha algo y han ideado juntos este plan para atraparnos!

—Sé que lo que te estoy diciendo puede sonar extraño… Pero escucha, puedes preguntarle a tu hermana… Ella sabe que puedo verlos…

—¿Verlos?

—No es agradable para mí… Paso mucho miedo cuando me sucede… —Habla deprisa y tiene los ojos húmedos.

Si cree que me estoy tragando el numerito va lista. A otro con las paparruchas mediúmnicas. Aquí hay gato encerrado. Mano izquierda.

—Sandra, entiendo que tienes problemas pero no sé qué tengo que ver… No sé de qué niña me estás hablando… —le digo.

Su rostro se marchita, parece decepcionado. Aguardo durante unos

instantes para escrutar hasta dónde llega. Trato de encenderme un cigarrillo. Saco un Marlboro de la cajetilla y mis labios atrapan el cilindro. Esto de fumar es un auténtico infierno. Busco las cerillas en algún lugar de mis pantalones.

—Pues… —Sandra duda. Parece confundida, como si no estuviera segura de seguir con el plan—. Pues… Perdona, Johnny, no sé por qué pensé… ¡No sé lo que pensé! Lo siento, Johnny, tengo que irme —ataja dejándome con el cigarro en la boca.

¿Dónde están las malditas cerillas?

Veo alejarse a Sandra con paso atropellado y atolondrado. No pienso detenerla.

Debo de haberme dejado las cerillas en la guantera. Me acerco al coche y lo revuelvo todo. El interior de mi Cadillac huele a Sandra. Casi es un alivio que su olor haya empañado el de Lucille. Me enciendo el cigarrillo y aspiro una bocanada que hace que el tabaco se consuma y crepite lanzando diminutas pavesas al aire. Un golpe de calor mezclado con náuseas me invade de repente sin que pueda evitar la visita desesperada de decenas de arcadas. Me apoyo en el capó creyendo que voy a morirme de vómitos mientras mi mirada vidriosa y congestionada se queda perdida en el amasijo de devueltos en los que flota el cadáver de un cigarrillo demasiado joven para morir. Tenía tanto por arder…

Al cabo de un rato consigo reponerme lentamente. Necesito aire fresco, eso es todo, pero es como pedir palmeras en el Polo Norte. No se puede huir del sol en Califonia mientras es de día, solo aguardar a que llegue la noche y entonces abrirse a la oscuridad como una de esas flores que solo despliegan sus pétalos bajo el frescor de las lunas. Entro en mi coche y bajo las ventanillas. La clave está en conducir, mientras vas y vienes corre el aire y por lo menos te consuelas con lo más parecido a una brisa. Es hora de aclarar las ideas. Si el sheriff ha descubierto el cuerpo de la india es muy probable que haya utilizado a Sandra para sonsacarme con esa historia ridícula de visiones en mitad de la madrugada. Pero si efectivamente han hallado el cadáver la india ya no estará allí, ¿verdad? Habrán levantado el cadáver y de momento lo estarán manteniendo en

secreto para llevar a cabo su plan con éxito. ¡Joder! ¡Qué cabrones! Solo hay una forma de estar seguro: volver allí. Pero ¿no es lo que hacen los asesinos sin dos dedos de frente? ¿Volver al lugar del crimen? Creo que lo vi en una de esas películas que rodaron aquí, en Apple Valley. ¿No me estaré señalando como culpable al volver allí?

¡Maldición! ¡Ni que fueran a esperarme detrás de los cactus para echarse encima de mí! ¿Y desde cuándo una paiute le importa a nadie como para tomarse tantas molestias policiales? Voy pisando el acelerador cada vez con más brío, como si la rapidez de mis pensamientos tuviera que ir acompasada por la velocidad de mi Cadillac. El aire que entra por las ventanillas consigue espabilarme un poco. Todo huele a sol. El cuero de los asientos, los cactus, el aire que entra por la ventanilla. Hemos llegado. Aquí estoy. Paro el coche a cierta distancia. Estamos solos, el sol, mi sombra y yo. Mis botas sueñan con espuelas de otros tiempos mientras muerden el polvo, paso a paso, hacia el lecho de muerte de la paiute.

La luz del sol cae tan vertical que en la lejanía todo aparece cociéndose tras un velo de imágenes temblorosas y brillantes. El desierto es una auténtica sartén. Logro distinguir un brillo mientras me voy aproximando. ¿El cuerpo? Creo que venir hasta aquí no ha sido lo más inteligente, pero no soy de los que se echan atrás en el último momento así que sigo caminado. Unos cuantos pasos más allá la mancha brillante resulta ser la sombra del cactus. El cuerpo de la india no está. ¡Lo sabía! ¡Sabía que lo habían encontrado! Mi Cadillac derrapa levantando una nube de polvo y arena al salir disparado como una diligencia tirada por caballos desbocados. Otro problema más para no dormir: dejar la huella de mis neumáticos allí. Afortunadamente el desierto está alfombrado con una tierra que se escribe a cada soplo del viento, que cambia, que muta, que se mueve como si tuviera vida propia. Hasta la sangre de la india ha sido borrada. Nada. Eso parece, que no hubiera pasado nada. ¿Y si tal vez fue así y lo soñamos todo? ¿Y si el cielo nos hubiera dado una segunda oportunidad?

La noche llega como una mujer largamente anhelada. En casa huele a sidra y a costillar de cerdo a la barbacoa. Subo a mi habitación como una

presa deseosa de encontrar el refugio de su guarida. Allí por lo menos puedo cerrar la puerta al olor de la cocina. Todo lo que huele a comida me produce una angustia brutal. Mi madre me ha preguntado tres veces si no pienso cenar y yo ya no sé en qué idioma explicarle que me encuentro mal del estómago. A la cuarta me tiro por la ventana. Tumbado sobre mi cama, no dejo de darle vueltas al asunto de Sandra Watson. ¡Cómo ha podido intentar engañarme! Lo que más me molesta no es el mero hecho de que quiera engañarme, sino que lo haga con tan poco respeto, llenándome la cabeza de pajaritos que no anidarían ni en un niño de cinco años.

Tal vez nos acaben cogiendo. Si es así, que sea pronto, por lo menos se acabaría esta angustia que siento en la boca del estómago. Tengo tantos pulmones como el que más para respirar mi condena en la cámara de gas. ¡Además, fue un accidente! No matan a nadie por eso, ¿no? No lo sé, no lo sé, ¡no lo sé!

Algo se cuela en mi cuarto por la ventana. Son pequeñas piedras. Me asomo. Es Willy. El grandullón parece muy pequeño allá abajo. Me escurro para deslizarme por las ramas del árbol que trepan hasta mi alféizar. Últimamente cualquier cosa que hago parece una mezquindad propia de un fugitivo.

—¿Qué pasa? —digo conteniendo el aliento por el salto a tierra que acabo de dar.

Me doy cuenta inmediatamente de algo inexplicable: Willy ha mermado dos palmos. Siento un ligero mareo, tengo alucinaciones, debe de ser eso.

—¿Que qué pasa? Pasa que me estoy encogiendo.

—A eso lo llamo yo venir a menos —contesto casi sin poder terminar la frase.

Un ataque de risa histérica o qué sé yo me invade todos los poros del cuerpo. Siento que se me ríen hasta los tuétanos mientras Willy me mira con gesto de malas pulgas. Creo que va a pegarme pero no puedo evitarlo, río y río a carcajada limpia como si me hubieran contado el chiste más gracioso de mi vida.

—¡Yo no me río! —me engancha de la pechera apretando los dientes.

Aun así, no puedo dejar de reírme. Me empotra contra el árbol y hasta

eso me parece desternillante. Willy desiste, impertérrito, y aguarda con paciencia a que se me pase la tontería. Me dura todavía un rato hasta que logro ir calmándome. Suspiro profundamente. Joder, ¡qué bien me ha sentado! Me siento inmensamente relajado y hasta somnoliento.

—¿Qué te ha pasado? —Intento que mi rostro risueño se demude en preocupación.

—No lo sé, pero están pasando cosas raras. A Laura le sucede algo también.

—Es impresionante. —Me acerco hasta él sin prestar atención a lo último que ha dicho y mido mi altura con la suya—. Jamás había visto algo igual. ¿Crees que hay algún síndrome para esto? Deberías ir al doctor Sanders.

—Hay algo más —me dice con tono grave.

—¿Ah sí? —Le miro de arriba abajo, tratando de descubrir qué es.

Solo falta que me diga que se le ha encanijado la polla al tamaño de un guisante para que termine de morirme de risa, y lo cierto es que con solo pensarlo me encuentro al borde de volver a estallar.

—Laura…

—¿Laura tiene el período? Felicidades, eres demasiado joven para tener hijos.

Pero ¿qué me han dado de comer hoy? ¿Lengua de imbécil?

—¡Escucha, gracioso!

—Tengo entendido que eso es lo normal en una mujer, ¿no? ¡Sangrar! —contesto deshaciéndome de sus zarpas bruscamente.

—¡Está perdiendo la visión! —me grita con rabia, como si la culpa fuera mía.

—Willy, lo siento —me disculpo. Abrazo a mi amigo con auténtica compasión—. No sé qué me pasa. Soy un imbécil. ¿Cómo está?

—No sé nada, en su casa no me han sabido o no me han querido dar más explicaciones.

—¿Y tú cómo estás?

—Tengo el corazón encogido. —Solloza sobre mi hombro.

¿Lo hace aposta? ¿Provocarme para que me ría? Me imagino el corazón de Willy encogido, como todo lo demás. Esta vez no puedo reírme aunque quiera. Siento a mi amigo menguando como la luna, a

punto de eclipsarse tras la última raya en la más absoluta de las oscuridades.

—¿Puedo quedarme contigo?

—Sí, claro que sí.

Trepamos por el árbol hasta alcanzar mi ventana y pasamos la noche escuchando el ronroneo de la radio que mi padre suele poner por las noches para enterarse de lo que está pasando en el mundo. ¡Qué grandes son los Estados Unidos de América! Y qué pequeño se está haciendo Willy… Me da miedo dejar de mirarle, acostado como está a mi lado, por si la próxima vez que me vuelva hacia él ha desaparecido del todo. Hablamos, nos contamos nuestras miserias, le pongo al día en apenas cinco minutos sobre el incidente de esta tarde con Sandra Watson, le cuento mis sospechas, le digo que el cuerpo de la niña ya no está, me dice que están pasando cosas muy raras, la radio emite unos anuncios de la Coca-Cola, una mujer llama al estudio para comentar en antena algo sobre algo, algo sobre, sobre…

Mi madre me despierta aporreando la puerta de mi habitación.

—Johnny, anoche te acostaste sin cenar. Levántate a desayunar algo o te vas a quedar en la calavera.

Abro los ojos al resplandor inclemente que entra a través de la ventana. Los pájaros parlotean en la orgía de la mañana. ¿Dónde está Willy? Por unos instantes dudo de si todo fue un sueño y acaso Willy no estuvo aquí ni medía dos palmos menos, pero encuentro una nota en mi cama. Cojo el papel y leo: «Esta mañana me desperté y te vi a mi lado como un gigante. Medio metro de estatura no da para grandes despedidas, pero creo que sabré morir como los grandes y decidir de qué tamaño será mi ataúd. Esta noche he soñado con la paiute. Está muerta, lo sé. Me ha dicho que es inútil huir. Estamos todos muertos. Nos vemos en el infierno».

Espero que esto no sea lo que creo que es: una nota de suicidio. Salgo de la cama como un saltamontes y me encasqueto los pantalones y la primera camiseta que encuentro por ahí. ¡No estoy de humor para mi madre! Me escabullo por la ventana y me enfundo en mi Cadillac como si

fuera un guante hecho a mi medida. Espero que el muy imbécil no haya hecho ninguna tontería. Llego hasta su casa y doy dos brincos hasta la puerta. La señora Butler abre.

—¿Está Willy? —Casi me da miedo preguntar.

—No, no está. Creía que estaba pasando la noche contigo.

—Oh, sí, claro —titubeo—. Es solo que se ha despertado temprano y se me olvidó decirle una cosa. ¡Hasta luego!

Quiero explotar pero no puedo, solo puedo sentir mi corazón cabalgando como un loco. Subo de nuevo al coche y acelero hasta que el motor ruge endemoniado. Solo se me ocurre un sitio adonde Willy puede haber ido: a Seven Cactus. Es adonde vamos todos para todo. Para llevar al huerto a una chica, para llorar sin que te vean y te llamen poco hombre, para fumar tu primer cigarro con la pandilla, para ver fotos prohibidas, para meditar, para estar contigo mismo, para beber cerveza con los amigos. ¡Es nuestro sitio! Es donde jugábamos de pequeños, donde hacíamos como que tirábamos el lazo imaginario a las reses, donde aprendimos a montar en bicicleta, donde besamos a una chica por primera vez.

El Cadillac parece que va solo, que me conduce él a mí en vez de yo a él. Me lleva hasta Seven Cactus y me abre la puerta para que salga y camine hasta ese árbol bajo el cual estuvimos Lucille y yo intercambiando fluidos. Hay unas ropas tiradas sobre el suelo. Me arrodillo para cogerlas. Es la ropa de Willy. ¡Será cabrón! Se ha esfumado con el mejor número de magia que jamás nadie haya visto y solo han quedado andrajos donde una vez hubo un hombre. No, no se le puede llamar suicidio a la nota que Willy me ha escrito para despedirse de mí. Era la nota de un condenado, un hombre resignado a morir disminuyendo hasta no ser más que una mota de carne que cualquier hormiga se come para desayunar. En estos momentos casi preferiría que se hubiera dado muerte a sí mismo antes que dejarse menguar así por esta vida perra.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —Mike se revuelve entre las sábanas.

Para un tipo con resaca siempre es demasiado temprano.

—Tu madre me ha dejado entrar. Tienes un aspecto horrible.

—Gracias, tú también eres muy guapo —dice intentando incorporarse.

Es entonces cuando veo lo que veo y trato de ahogar un grito que más bien habría sonado a chillido de mujer aterrorizada en una de esas películas de Hitchcock, pero mi cara no puede mentir a Mike, que se ha dado cuenta de que tengo los ojos clavados de espanto en su cuello.

—¿Qué pasa? —dice revolviéndose y mirándose como cuando sabes que tienes una avispa en la yugular.

La mancha negra se ha extendido por el pecho y tiene una textura… ¡asquerosa! Me dan escalofríos.

—¡Tío, tío! ¿Qué mierda me está pasando? —grita Mike histérico.

—¡Vamos! ¡Te llevaré al médico de inmediato! —le apremio.

Se viste con una agilidad inusual en él, como cuando se te baja la borrachera a los pies ante una situación de alarma y notas que tus sentidos se encuentran más lúcidos que nunca.

Hace ademán de avisar a su madre antes de salir.

—¡No hay tiempo para eso! —corto.

Durante el camino solo le oigo rezar una sarta de lamentos.

—Parece necrótico. —El doctor Sanders suena confundido—. Podría haberte picado una araña venenosa sin que te dieras cuenta.

Mike mira al médico con cara de súplica.

—No sé, hijo, nunca he visto nada igual. Tienes que ir al hospital.

Mi amigo baja de la camilla de un salto mientras se pone la camiseta y sale por la puerta sin despedirse. Sus pies se dirigen a la cafetería de la calle de enfrente. Necesita un trago. Es lo único que calma su temblor. ¿Qué más da, con semejante daño, ir al hospital un poco antes que un poco después? Siempre hay tiempo para unos tragos, y cuando se trata de Mike estamos hablando de la mejor medicina. Todavía no he decidido cómo voy a contarle lo de Willy, pero a estas alturas creo que estamos siendo víctimas de una maldición. Nosotros atropellamos a aquella india y la abandonamos allí como a un chacal destripado.

Una camarera pasa a pocos metros de mí portando una bandeja de

desayunos y un tufillo a huevos revueltos con beicon se me mete dentro como una ráfaga de gases pútridos. Sé lo que viene ahora: una cadena de arcadas incontrolables. ¡Necesito salir de aquí! Un poco de aire fresco, por favor… Mike sale detrás de mí y me encuentra doblado en la acera. No ha olvidado coger su cerveza al salir. Sé lo que está pensando. Cree que me ha dado asco verle esta mañana a pecho descubierto esa horrible mancha que le ha salido y que por eso tengo náuseas, pero no es así. Trato de explicárselo pero necesito respirar todavía un poco más antes de hablar.

—Mike, está pasando algo… No puedo comer nada, no puedo con el olor a comida. Vomito hasta los cigarros, y si sigo así voy a echar el espíritu por la boca. Me pasa desde que atropellamos a la paiute… Igual que a ti lo de esa mancha… Joshua está muerto y Willy… Willy…

—¿Qué pasa con Willy?

—No te lo vas a creer… El grandullón…

Todavía no me lo creo ni yo, todavía creo que fue un sueño, que no pude ver anoche a un tipo menguante.

—Tenemos que ir a ver a Laura y a Lucille.

Accede, no sin antes comprar unas botellas de cerveza para el camino. Cualquier plan le viene bien mientras haya alcohol para condimentar el tiempo que pasa en este mundo. ¿Qué le pasa a Mike? ¿Por qué bebe como un condenado? ¿Por qué hay siempre dibujado en su mirada un lienzo de óleos tristes? Todos hemos sufrido un antes y un después desde el atropello de la niña, todos excepto Mike. Él parece estar tan jodido como siempre, ni más ni menos porque él *ya estaba* jodido antes de que todo esto pasara. Pero ¿por qué? Es lo que me pregunto.

Durante el trayecto le pongo al tanto con respecto a Willy y para mi sorpresa no parece extrañado en absoluto. Bien, entonces creo que podré contarle también lo que me dijo Sandra y todo lo que pienso sin parecer un paranoico. Su reacción sigue siendo la misma, es decir, ninguna. Dios mío, ¿qué día perdimos a Mike? ¿Hace cuántos años que se convirtió en esta cosa impasible más parecida a una piedra indolente que a un ser humano?

—Estamos todos acabados —dice.

Es difícil saber si lo dice en general o por la situación concreta que

estamos atravesando porque él suele decir esa clase de cosas apocalípticas. Lo que más me jode es que el puto agorero siempre acaba teniendo razón.

En casa de Lucille el drama es espectacular. No solo se le han caído varios mechones de pelo más sino que además parece estar descamándose, y digo al parecer porque se siente tan avergonzada de su aspecto que no nos permite verla. Da igual, no necesitamos saber más, ahora solo nos queda ir a casa de Laura Atkins.

—¿Está Laura, señora Atkins?

Su madre nos mira con extrañeza. Ciertamente, no formamos parte del círculo de amigos habitual de esa chica. No es amiga nuestra sino de Lucille, y no fue hasta hace un par de días que Willy y ella tuvieron algo.

—Está, pero no se encuentra bien.

—¿Qué le sucede?

¿Se pueden hacer ese tipo de preguntas o es indiscreción?

—Parece que ayer le dio mucho el sol en los ojos. Debió de mirarlo directamente, no ve bien. Seguramente tiene un poco de insolación —informa.

—¿Podríamos hablar con ella un segundo? —insisto.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

La típica madre sobreprotectora y dura de pelar, debí habérmelo imaginado por el carácter de niña perdida y con necesidad de sentirse protegida que gasta Laura. Supongo que si yo me he adjudicado el derecho de preguntarle qué le sucede a su hija ella se ha adjudicado el de preguntarme a mí de vuelta. *Touché.* Y ahora, ¿cómo salgo de esta?

—Nos tiene que devolver unos libros que le dejamos, que vence el préstamo en la biblioteca hoy —dice Mike como caído del cielo.

No sé quién está más sorprendida, si la madre de Laura al pensar que nos tomamos tan en serio los libros o yo al pensar que a mi amigo todavía le nadan algunas neuronas en el mar etílico de su inteligencia como para estar más despierto que yo a la hora de contestar.

—Laura, cariño —levanta la voz la señora Atkins—. Unos amigos tuyos han venido a buscar unos libros que te prestaron.

—¿Qué libros? ¿Quién? —se oye desde uno de los cuartos de arriba.

—Somos nosotros, Laura —dice Mike dirigiéndose hacia lo alto de las escaleras—. Somos Johnny y yo, ¿podemos subir un momento? —Mike ya está subiendo las escaleras mientras pregunta esto y antes de que Laura abra la puerta de su habitación los dos estamos arriba.

Puedo sentir en mi espalda los ojos suspicaces de la señora Atkins desaprobando nuestra intrusión en el reposo de su hija y atando cabos. Por fuerza tiene que parecerle sospechoso: unos chicos que hasta hace un par de días no pintaban nada en la vida de su hija vuelven de juerga una noche, al día siguiente, como quien dice, todos son llamados a declarar por la muerte del tal Joshua y no pasa ni un día y dos de esos chicos aparecen en casa buscando unos libros prestados. Sé lo que está pensando, sé que piensa que aquí hay algo turbio y que nosotros tenemos algo que ver con la muerte de Joshua. ¿Lo estará pensando realmente? Los culpables siempre sentimos el peso de la acusación en todo, así que tal vez no sean más que imaginaciones mías pero… Pero ¡yo lo estaría pensando!

Nos colamos en la habitación de Laura sin esperar a que nos invite. Esto parece la invasión de los peluches. No hay ni un rincón a salvo de esos muñecos antropomorfos de ojos siempre abiertos. Los hay grandes, pequeños, marrones, grises, rosas, de conejito, de jirafa, de oso… No me extraña que esta chica estuviera enamorada de Willy, porque ese grandullón era lo más parecido a un oso antes de convertirse en una mota de polvo. En la mesita de noche tiene una foto de una mujer mayor, debe de ser su abuela. Apuesto que ella también tiene un diario, como Lucille, en el que únicamente escribe lo enamorada que está de Willy, si la ha mirado o dejado de mirar, y no como la otra perra rubia, que iba anotando cada bellaquería con Joshua y a saber con cuántos otros más.

—¿Qué pasa? —pregunta Laura entre molesta e intrigada por la intrusión.

¿Qué pasa? ¡Todo! No sé por dónde empezar, si por Sandra, por Willy…

—Nos están pasando cosas, Laura… A todos. Lucille está perdiendo los pellejos, Mike se está pudriendo, yo estoy tirando la vida por la boca, tú mira cómo estás de los ojos y Willy…

—¿Willy? ¿Qué le ha pasado a Willy? —Su cara se ha transformado en un cuadro de preocupación.

Mike mira hacia otro lado.

—Esto no te lo puedo contar aquí. Tenemos que reunirnos todos y hablar de esto.

—¿Qué le ha pasado a Willy? ¿Estás loco? Mi madre no me dejará salir.

—Si quieres saber lo que le ha pasado a Willy te conviene venir con nosotros. Salgamos por la ventana sin hacer ruido —sugiero.

Pensé que la buena de Laura tendría remilgos a la hora de apoyar mi idea pero por lo visto no es la primera vez que se escabulle por la ventana de su habitación, a juzgar por la soltura y agilidad con que acaba de hacerlo sin pensárselo dos veces delante de nosotros. Mike y yo la seguimos. Después de esto no sé si la señora Atkins volverá a hablarnos alguna vez, pero lo hacemos por el bien de su hija, ¡por el bien de todos!

—¿Esperáis que me crea esa fábula sobre Willy? ¿Qué le habéis hecho?

¿Y qué más? ¿También nos va a acusar de la muerte de Joshua? Pensé que Laura era una princesa de cuento de hadas dispuesta a creer en hombres menguantes y unicornios, pero ha resultado ser la madrastra. Contarle todo lo que está pasando tal vez no ha sido una buena idea después de todo.

—¿Qué sabéis vosotros de lo de Joshua que yo no sepa?

—Cálmate, Laura. —Mike le pasa la mano por el hombro.

—¡Apártate, Mike! —Laura se deshace de él—. Apestas a alcohol.

No es que estemos en medio de ninguna parte pero sí en las afueras. Nadie excepto los cactus pueden oírnos.

¡Qué calor hace! Los chorros de sudor me hacen cosquillas por todo el cuerpo al resbalar.

—Está bien. ¿Sabes qué? Me importa una mierda. Haced todos lo que os dé la gana. Yo no pienso quedarme de brazos cruzados en este asco de lugar sudando la gota mientras todo se viene abajo. ¡Yo pienso hacer algo!

Me meto en mi coche y salgo derrapando. A Mike le ha dado tiempo a

colarse de un brinco en el asiento del acompañante y todavía cerraba la puerta mientras yo levantaba una nube de polvo tras de mí en la que la figura de Laura se borraba a través del espejo retrovisor. Que vuelva a casa andando. Total, ¿no piensa que somos unos asesinos? ¡Pues entonces no creo que quiera subir a bordo con nosotros! ¡Que le den!

—¿Adónde vamos? —dice Mike.

—A casa de Sandra. Si puede ver al fantasma de la niña también podrá hablar con ella, ¿no? ¡Necesitamos saber cómo parar esto antes de que sea demasiado tarde!

—A mí me da igual. —Mike se hunde en el asiento.

—¿A qué te refieres?

—A morirme, ya sabes. Me lo merezco. —Suspira largamente mientras se abre otra botella de cerveza.

—Mira, Mike, ya sé que el que conducías mi coche eras tú, pero todos tuvimos la culpa. No debimos permitirlo. Nosotros con más razón, que no habíamos bebido. Tú ibas borracho, no sabías lo que hacías. Fue un accidente.

—Un hombre siempre sabe lo que hace, otra cosa es que beba para olvidarlo…

No entiendo muy bien lo que quiere decir Mike.

—¿Por qué tienes que ser así?

—¿Así cómo?

—Así como eres, tan raro, tan harto de la vida. ¿Te pegaron una hostia cuando eras pequeño o qué?

Permanece en silencio. El aire calentujo que entra por la ventanilla hace que respirar se convierta en una brasa para los pulmones. Ahora mismo me gustaría estar en algún sitio muy frío, donde tuviera que ponerme un par de jerséis y un anorak, y sentarme por las noches al calor de una chimenea a fumar un par de cigarrillos mientras se asan unas hamburguesas en el fuego. ¡Qué hambre! Llevo días sin poder comer. Si sigo así se me van a pegar las paredes del estómago.

—¿Qué haces?

—Necesito un perrito caliente —digo bajando del Cadillac para cruzar la calle en dos pasos y comprar uno en el puesto de Vinie.

Empiezo a salivar ante la idea de hincarle el diente a la salchicha no

sin temor a vomitar. Pero lo que yo siempre he dicho es: «Lo que va delante, va delante». Si me sienta mal ahí dentro pues ya saldrá fuera, ¿no? Si tengo hambre pienso comer y luego, si tengo que echarlo, lo echo. Está bien, allá vamos. Me lo trago en tres bocados sin apenas masticar. De momento parece que va bajando. Bueno, tal vez no sea tan grave. Me subo al coche y reanudo la marcha satisfecho y confiado, pero al doblar la esquina me sube una ráfaga ardiente desde la boca del estómago arrasándome el esófago y pego el frenazo. Tengo que salir del coche a trancas y barrancas pero me da tiempo a echarlo fuera.

Mike se baja para sostenerme la cabeza y prestarme su pañuelo.

Bueno, al menos durante los segundos que engullía he saboreado a placer.

—Sois vosotros —dice Sandra al abrir la puerta.

Parece decepcionada, ¿quién esperaba que fuéramos? ¿Uno de esos galanes de Hollywood que se quedan en el Apple Valley Inn? Bueno, en el caso de Sandra tal vez no sería apropiado hablar de galanes.

Mike y yo hemos pactado no confesarle a Sandra nuestro delito. Todavía no podemos fiarnos de ella.

—Verás, Sandra, con respecto a lo que me dijiste ayer sobre esa visión que tuviste con una niña paiute… No es por ponernos paranoicos pero últimamente estamos un poco gafados. Primero lo de Joshua y ahora…

—¿Ahora qué?

—¿Tú podrías comunicarte con esa niña y preguntarle qué quiere de nosotros? —atajo sin rodeos.

—¿Podemos hablar un momento a solas? —Sandra me coge del brazo y me lleva a un lugar apartado.

—¿Qué pasa?

—No puedo hacerlo, Johnny.

—¿No puedes?

—No puedo hablar con la niña india.

—¿Por qué no? Tú me dijiste que la habías visto.

—Yo no soy la que habla con ellos, es tu hermana. Yo solo los veo pero la que se comunica es Elisabeth. Yo los veo y ella habla con ellos, así es

como funciona. Lo siento, no puedo hacer nada sin ella —concluye Sandra con tristeza.

¿Elisabeth? ¿Mi hermana? ¿Mi Liz? ¿Cómo es que yo no sabía nada de esto? Si mi hermana fuera capaz de hablar con los muertos se supone que yo lo sabría, ¿no? O tal vez no. Después de todo, alrededor de mi hermana todo fue siempre silencio. Sabíamos que era lesbiana pero nadie decía nada en casa. Para ser sincero, si me enteré de lo de Sandra Watson fue porque tengo la virtud de encontrarme las cosas de cara, y a mi hermana se le cayó un día una carta de esas que los destinatarios deberían romper nada más recibir si no quieren verse comprometidos. Y tal vez lo hubiera hecho, romper esa carta, pero su destino fue caer en mis manos. Quién sabe cuántas cartas como esa habían cruzado ya antes estas dos. Lo que me atormenta es que yo siempre he podido contarle todo a mi hermana y ahora me doy cuenta de que tal vez ella no haya sentido que podía contar conmigo para contarme sus secretos, sus miedos y sus lágrimas. Siempre he sido el pequeño y ella la mayor, siempre ha estado ahí cuidándome. Ella sabe que tengo auténtico terror a la oscuridad, pero yo no sé qué es lo que aterroriza a mi hermana.

—Está bien. La llamaremos —digo.

Sandra pone cara de auténtico espanto.

—Yo…

—¿Qué?

—No sé si ella querrá verme. Además, hace años que no viene por Apple Valley. Sé que no vendrá… —dice agachando la mirada.

—No, no va a venir, porque vamos a ir nosotros a verla. Haz las maletas, te vienes con nosotros.

—Pero ¡Johnny!

—¡Sandra! No te haces una idea todavía de lo grave que es esto. No te lo he contado todo… Pero creo que ha llegado el momento. Te lo diremos de camino. Confío en ti. Pasaré a buscarte por la noche. Otra cosa: no le digas nada a nadie sobre nuestros planes.

Creo que Sandra está deseando ver a mi hermana, porque no me ha costado mucho convencerla de que huya con nosotros en mitad de la

noche. Ahora solo quedan Lucille y Laura. Esas dos van a ser huesos duros de roer pero tampoco pienso insistirles mucho. Si quieren venir conmigo y hacer algo para intentar salvar sus vidas, perfecto. Si no, que les den. En otro tiempo habría secuestrado a Lucille si hubiera sido necesario con tal de protegerla, pero entonces yo estaba ciego, por eso a Cupido lo pintan siempre con una venda en los ojos. Ahora la veo tal y como es, tal y como, en el fondo, siempre he sabido que es. A veces creo que no es Cupido quien nos engaña con sus flechas envenenadas, sino que somos nosotros mismos los que le mentimos a nuestro propio corazón y nos negamos a ver las cosas que nos desagradan. Siendo honesto, ¿cuántas veces la he visto bailar con todos los muchachos del Brick delante de mí? ¿Cuántas veces la he visto poniéndole a Joshua, y a todo el que le gustaba, esa mirada que una mujer no debe ponerle a nadie que no sea su novio? ¿Cuántos días me la he encontrado en la calle tomando un helado con el capitán del equipo de *baseball*? La verdad, no sé por qué se fijó en mí. Bueno, sí. Ahora sí. Por mi Cadillac, empezó a salir conmigo cuando me compré este diablo de ruedas negro. «¿Me das una vuelta?» Eso solía decir. «Vamos por la avenida, quiero que todos nos vean.» Más bien quería decir que deseaba que todos la vieran a ella paseándose en el coche. Debí hacerle caso a Steve Martin cuando me advirtió y la describió utilizando esa palabra que ninguna señorita quiere que utilicen para referirse a ella. ¡Qué demonios! Cada uno es libre de acostarse con quien quiera. No voy a ser yo quien piense que los hombres y las mujeres son distintos porque estoy convencido de que queremos lo mismo a la hora de meternos bajo las sábanas: sexo. Lo que no soporto es la mentira. ¡No tolero que se burlen de mí! ¡Yo no soy ningún tonto!

Cuando llegamos a casa de Laura el cuadro es muy diferente al que me esperaba. En lugar de reticencia y desconfianza, Mike y yo encontramos a una chica colaboradora y entregada a la causa. ¿Qué ha pasado en apenas unas horas? Ha pasado que ha recibido un telegrama. El tierno osezno de Willy le había enviado un mensaje a primera hora antes de partir definitivamente en ese horizonte en el que te vas haciendo diminuto hasta desaparecer del todo. No sé qué es lo que había escrito en ese papel que ha recibido, pero Laura nos cree ahora a ciegas, tan a ciegas como va a acabar sus días si no hacemos algo pronto. Yo sabía que

el servicio de correos iba fatal en Apple Valley, pero no tanto como para demorar la entrega de un telegrama tantas horas. Pero ¿qué se puede esperar de un jefe de correos como Edward Shutton, que se tira todo el día en la barra del Brick con Owen Pierce hablando de los tiempos de Ursula M. Poates?

El día está rayando en la locura. Es hora de ir a por Lucille. En el coche vamos Mike, Laura, Sandra y yo. Mientras doy bandazos violentos con el volante pienso en cuánto me gustaría pegar a alguien y no precisamente a Joshua. ¿Qué culpa tuvo él? Era mi amigo, es verdad, y el muy hijo de puta se tiró a mi novia, pero ahora pienso que fue una víctima más de esa rubia que apesta a Chanel. Si al menos pudiera decir que he estado ciego todo este tiempo tendría algo con lo que aliviarme, pero no ha sido así, no ha sido mi ceguera, han sido sus mentiras. Una niña ha muerto, Joshua y Willy ya no están y yo no puedo dejar de pensar en ella. ¿Por qué? Odio que alguien a quien debería enviar al infierno del olvido tenga el papel protagonista en mis pensamientos. Pero ¿cómo voy a poder hacerlo teniendo que estar junto a ella?

Pensando todas estas cosas me veo en la puerta de su casa sin estar muy seguro de querer verla. La noche promete ser calurosa. El ambiente es tan denso que los mosquitos podrían flotar en el aire sin necesidad de mover las alas. Quisiera largarme de aquí y dejarla en tierra, pero ¿qué les digo a los demás? Miro las caras de Mike, Laura y Sandra. Sé que esperan que baje del coche a buscarla pero no puedo, Dios sabe que no puedo. No sé cómo ni por qué, Laura, la mosquita muerta, demuestra iniciativa una vez más bajando del coche para ir por ella. Al fin y al cabo esas dos son amigas y entre mujeres se entienden mejor, pero Dios mío, si me estás escuchando, haz que no se venga. Ojalá diga que no. No quiero verla, quiero pensar que ha muerto.

El silencio reina como una niebla espesa dentro de mi Cadillac mientras fuera manda el escándalo de los grillos. Está empezando a refrescar lo bastante como para hacerme subir la ventanilla o soy yo que estoy tan nervioso que tengo escalofríos. Al minuto vuelvo a sentir bochorno. Bajo la ventanilla otra vez. Cinco minutos más tarde sé que Dios no ha escuchado mis plegarias. El cielo está sordo. Lucille viene detrás de Laura. Lleva un pañuelo en la cabeza y en la mano una pequeña

bolsa donde me imagino que ha metido un par de mudas y algunos efectos de aseo. Mike, que está sentado a mi lado, hace ademán de bajarse para que mi novia monte a mi lado, pero le sujeto del hombro con un gesto discreto y permanece en su sitio. Ella se sube en el asiento de atrás, junto a Sandra y Laura, y se incorpora para darme un beso al que respondo como si todo fuera como siempre. Tiene algunas escamas en la piel de la cara e intuyo que por todo el cuerpo.

Echo un último vistazo al panorama antes de pisar el acelerador. A excepción de Sandra, todos lucimos calaveras, más que rostros. Me giro y ajusto el espejo retrovisor. La imagen que me devuelve es la de un muerto. Piso el acelerador hasta el fondo. Las luces de mi coche iluminan la carretera negra.

Siempre me ha gustado conducir, ir de un lado para otro. Tienes la sensación de que vas a alguna parte en la vida. Ir metido en mi Cadillac controlando el volante es como manejar el timón de tu propia voluntad, ahora a la izquierda, ahora a la derecha. La sensación de protección psicológica, de andar resguardado de coche para adentro, como si estuviera en el interior de una casa uterina donde nada malo puede pasar. Todo lo horrible está fuera, no dentro. Si aquella noche, cuando notamos que habíamos pasado con las cuatro ruedas por encima de algo, en lugar de parar a echar un vistazo y bajar del coche hubiéramos seguido la marcha, jamás habríamos visto a aquella niña. Pero tuvimos que parar, bajar del coche y mirar, porque las personas no somos nadie si no saciamos nuestra insana curiosidad. Allí estaba la niña, totalmente desfigurada, ofreciendo una estampa horrible, y sin embargo yo no podía parar de mirar. Mirar así tiene que ser un pecado. Los que miraron a Jesús clavado en la cruz, los que miraron a los ajusticiados en las hogueras, los que acudían a mirar cómo el verdugo ahorcaba y guillotinaba al reo. Esa reunión de espectadores tendría que quedarse ciega de espanto y pagar su lujurioso pecado. Tendrían que estar en el infierno. Es lo que se merecen, como nosotros…

Las luces de los faros alumbran el camino como una linterna con alma de candil. Después de unas cuantas horas en la carretera todos andan

durmiendo. Todos menos Mike, que trasnocha con los labios sentados al borde de una botella de cerveza, con la mirada fija en la carretera. Cuando tenga que hacer el relevo tendré que pedirle a Sandra que coja el volante. Con un borracho atropellando paiutes ya tuvimos bastante. Miro por los espejos retrovisores compulsivamente como si esperara que alguien nos siguiera. Nadie. Estamos atravesando la zona por caminos secundarios y desérticos en mitad de una noche discreta y silenciosa, resuelta y preciosa. Espero que cuando el sheriff James se dé cuenta de que nos hemos ido de Apple Valley ya estemos muy lejos. Me he imaginado mil conversaciones diferentes con mi hermana en el momento en el que la haga partícipe de todo esto y ninguna acaba bien.

Tengo sueño. Tengo mucho sueño. Bostezo y me gusta porque por primera vez desde que pasó lo que pasó me siento relajado a fuerza de cansancio. Mis sentidos se quedan hipnotizados en la monotonía de esa carretera alfombrada por el susurro del motor de mi Cadillac, iluminada por la romántica vela de los faros… Bostezo.

—Mike, despierta a Sandra. Necesito descansar —le pido.

Mi amigo se gira y toca a Sandra con delicadeza para no despertar a las otras dos. Paro en el arcén y le pido a Mike que monte en el asiento de atrás con las chicas y me deje a mí de copiloto con Watson. Al fin y al cabo, este tipo está tan alcoholizado que no creo que a pesar de que vaya despierto pueda estar más alerta que yo, que voy a estar durmiendo. Watson se ajusta los espejos con cara somnolienta y se despereza con gesto nervioso intentando espabilarse. La miro un momento antes de que los párpados terminen de vencerme. Confío en esta chica. Ella no nos estrellará. Puedo dormir tranquilo.

Una brisa fresca me saca de mi cálido sueño con un escalofrío. ¡Qué gusto! Alguien ha abierto una puerta. ¿Por qué estamos parados? Las noches del desierto se vuelven frías en la madrugada. La corriente procede de atrás. ¿Dónde está Laura? Parece que estamos en un área de descanso a juzgar por esas luces. Miro a Sandra con cara de interrogación.

—La chica necesitaba ir al baño —me dice antes de que le pregunte.

—¿Y ha tenido que ir hasta allá? ¿No podía hacerlo detrás de aquellos cactus? —me quejo.

—Una mujer tiene que ir adonde tiene que ir a hacer sus cosas —añade Lucille bajando del coche.

—Bueno, yo no pienso ir tan lejos —digo bajándome del coche y abriéndome la bragueta.

—Eres un paleto y siempre lo serás, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —pregunto mientras orino.

Echo las dos últimas gotas y nos apartamos del coche camino a los cactus mientras me subo la bragueta.

—Que no tienes detalles.

—¿Que no tengo detalles? ¡Todo en mí son detalles!

—¿Por qué no me has pedido que me siente esta noche a tu lado en el coche? Estoy pasando el peor momento de mi vida y tú prefieres ir al lado de Sandra, de Mike, ¡de cualquiera! No me quieres nada. ¡Lo sé! ¡Ni siquiera te pongo a cien! Siempre estás demasiado cansado para echar un polvo, ¡o demasiado excitado! ¡Llevamos varios días sin hacerlo! Si de verdad te gustara tanto, en lugar de estar ahí meando tan tranquilo, como si nada, la tendrías dura solo por estar aquí a mi lado mientras te miro.

Trato de cerciorarme de que todo lo que acabo de oír es justo lo que Lucille acaba de decir. ¿Que no tenemos sexo? Pero ¡si lo hacemos casi todos los días! ¿Que no me pone a cien? Pero ¡si pienso en mil formas de hacérmelo con ella a cada hora! ¿Que llevamos varios días sin hacerlo? Pero ¡si lo hicimos ayer! Además, ¿no será que durante este tiempo

hemos atropellado a una niña, se ha muerto uno de mis mejores amigos, he descubierto que tú te acostabas con Joshua, Willy se ha esfumado y creo que todos acabaremos mordiendo el asfalto de la muerte? ¿He mencionado lo de Joshua? Oh, sí, lo he mencionado. Nota mental: no mencionarlo en voz alta. Al menos no todavía. Deseo zarandearla, pegarle un buen bofetón y decirle todo lo que siento, decirle cuánto la he amado yo todo este tiempo y cuánto me ha engañado ella, decirle que sé lo de Joshua, que siempre supe lo de los demás chicos y que sé que solo está conmigo porque no tiene otra cosa mejor que hacer ni hay por ahí otro chico que le haya prometido sacarla de su casa todavía, que al fin y al cabo es lo único que quiere. Eso es lo que Lucille ha querido siempre, tener a su lado a un calzonazos que cumpla todos sus caprichos. Me dan ganas de escupírselo todo a la cara pero no puedo, como un cretino. ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Me ciega la rabia! ¡Siento impotencia! Me pongo a llorar como un niño de cuatro años.

—¡Estupendo! ¡Llora! Es lo último que necesito en mi vida, Johnny, verte llorar. Bastante deprimida estoy ya como para encima tener que hundirme todavía más en la mierda con tus lágrimas. —Y me lo acaba de decir con tanta frialdad y entereza que no sé si estoy ante la chica que alguna vez me enamoró. No sé si darle un beso o tirarle un hueso como a las perras, y no puedo parar de llorar—. Por favor, ¡no llores más! Es solo que ya no sé si te amo.

Creo que acaba de morir algo dentro de mí.

—Ojalá nunca tengas que oír de mis labios lo que yo acabo de oír de los tuyos.

Volvemos al coche. Trato de recomponerme la cara como si fuera una chica a la que se le ha corrido el rímel. A ver si va a tener su padre razón y voy a ser un maricón después de todo, aquí llorando como un mierda. ¿Y qué si lo soy?

—Pero ¿es que no ha vuelto Laura todavía? —pregunto al ver que su asiento sigue vacío.

Miro hacia las luces del área de descanso. Queda poco para que la noche deje de ser noche y amanezca, pero algunos de los camiones que están aparcados allí están reiniciando la marcha. Ahí viene Atkins, ya la veo a lo lejos. Esa forma de andar, insegura y asustada, es inconfundible,

y por otro lado no creo que muchas otras chicas hayan ido al baño en mitad de la madrugada. Miro al cielo. Una nube gruesa y tenebrosa cubre con negrura la luna hasta apagar completamente su luz. Suspiro fugazmente y vuelvo a buscar con la vista a Atkins. Pero ¿qué hace? Laura parece desorientada, se toca los ojos con histeria y después extiende los brazos tratando de encontrar un soporte o no chocar, como si no viera. ¡Dios mío! ¡No ve!

—¡Laura! ¡Laura! —grito.

Pero el rugido del motor de un camión apaga mis gritos perdiéndose carretera adentro. Ahí viene otro camión. El primero toca un claxon tan profundo como el trueno del infierno. Laura se asusta por el ruido de los camiones que cruzan a diestra y siniestra y cae arrodillada al suelo. ¡Dios santo!

—¡Laura! ¡Laura! ¡No te muevas!

¡Me rompo la voz! Mis gritos llegan a sus oídos esta vez, pero en lugar de hacerme caso y estarse quieta se levanta en busca del consuelo de mi llamada y trata de llegar a mí a ciegas. ¡No! ¡No! Un camión cruza en ese mismo instante desde el oeste a toda velocidad. No ha podido verla. ¡Diablos, ni yo había visto ese camión! ¿De dónde ha salido? ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Absorto como estaba en la adrenalina del momento no me doy cuenta hasta unos momentos después de que Lucille, Sandra y Mike también están gritando. Mike incluso había salido corriendo a buscarla. Se ha quedado a medio camino, no ha podido llegar. Con las manos en la cabeza pienso que el pobre borracho va a correr la misma suerte y ser atropellado si se queda ahí parado. Corro hacia él y le abrazo.

—Tranquilo, amigo, tranquilo.

Miro hacia el este. Ni rastro del camión. El cuerpo de Laura ha saltado varios metros por el impacto.

—Quédate aquí, Mike.

Me acerco al bulto de su cuerpo. Unos cuantos estertores y después la vida se esfuma como si nada, con tanta prisa, tan rápido… Tiene algunos miembros dislocados. No quiero mirar más. No debo. Me quito la chaqueta y la cubro. La cojo en brazos temiendo hacerle daño, como pidiéndole permiso, como si todavía pudiera herirla al tocarla.

La hemos enterrado a poca profundidad. No tenemos mucho tiempo para detenernos pero tampoco podíamos dejarla por ahí, aunque con lo miserables que somos habríamos sido muy capaces de salir corriendo si no fuera porque no está bien dejar este tipo de rastros, que podrían poner al sheriff James tras nuestra pista. Ya verás cuando descubran que nos hemos largado de Apple Valley sin decir nada a nadie, como vulgares ladrones descubriendo su delito. Eso creo, que la hemos enterrado en un margen del desierto por ese motivo, porque de otra manera me apuesto el cuello que la habríamos dejado igual de tirada que a la niña paiute la noche del atropello. Sigo pensando que somos unos ruines y que merecemos que nos ahorquen.

A Lucille le ha dado un ataque de histeria que no ha cesado hasta que Sandra le ha atizado la tercera bofetada. Tengo que admitir que he disfrutado viendo cómo le pegaba. En algún callejón oscuro de mi corazón deseo que sufra por todo el daño que me está haciendo ella a mí. Mientras tanto, solo encuentro alivio después de vomitar, y a Dios pongo por testigo que voy a pasar hambre y que no sé de dónde sale toda la mierda que estoy echando por la boca si apenas he comido nada.

La raya del alba me pilla al volante otra vez. Voy pensando todo el rato en avistar algún lugar donde pueda llamar por teléfono a mi hermana, pero cada vez que paso por alguno decido no parar hasta tener una idea más clara de lo que voy a decirle. He visto tantas líneas en la carretera y tantos cactus a los lados que creo que no voy a poder apartar esas dos imágenes de mi cabeza nunca, pero los rostros de la muerte se meten entonces de por medio para reclamar su papel principal en la película. Primera actriz: niña india paiute. ¿Cuál sería su nombre?

Después de lo de Atkins ya nadie duerme. Todos están despiertos. Yo a mi Cadillac, Mike a sus cervezas, Lucille a sus mentiras y Sandra a sus fantasmas. Cada uno a sus asuntos. Antes de que podamos darnos cuenta el sol nos ajusticiará y empezaremos a sudar como cerdos. Enciendo la radio con reparo, como si me encontrase en un funeral y estuviera haciendo algo de muy mal gusto profanando un duelo obligado. Está sonando «St. Louis Blues», de Louis Armstrong. Blues para un blues.

¿Cuánto tiempo va a durar este dolor? No puedo más. Tengo que pensar en otra cosa que me haga sentir mejor. Últimamente, cuando tenía un problema pensaba en Lucille. Cerraba los ojos y me la imaginaba sonriéndome y acurrucándome con su mirada, pero ahora ella es el problema. He perdido el manto del consuelo y me siento como un niño desprotegido y perdido en mitad de la noche. Así estaría aquella pobre niña paiute cuando la atropellamos, perdida y desprotegida. ¿Qué hacía allí sola, en mitad del desierto, cuando todos los cuervos se habían ido a sus nidos? Jamás lo sabremos. Allá adonde la enviamos cuando la atropellamos su voz no puede hablar. Trato de sobreponerme, de seguir adelante, de encontrar un pensamiento que me saque de este infierno pero solo tengo ganas de llorar. Me siento débil, me siento blando, me siento una oveja de lana blanda balando lamentos. Cuidado, Johnny, cuidado, si te conviertes en cordero te acabarán comiendo los lobos.

Tengo el culo con forma de asiento y la espalda como la de un viejo de ochenta años. Me duelen los brazos como si hubiera estado picando piedra y, a pesar de que Sandra ha propuesto relevarme en varias ocasiones al volante, me niego a ceder el pilotaje. Creo que si dejo de concentrar mi atención en la carretera y me quedo en el asiento de al lado, parado sin hacer nada, se me caerán los nervios al suelo estallando en mil pedazos. Antes de decidir echarme a la carretera debería haber cogido unas cuantas pastillas del armario de mi madre. Cómo me gustaría tragarme un sedante y apagar el mundo por unas horas. Claro que también podría haber cogido la motosierra de mi padre para rebanarme el cuello y apagar el mundo para siempre.

En la radio suenan unos acordes de armónica. Siempre me pareció un instrumento tocado por el demonio pero tiene un efecto mágico sobre mí. Las ventanillas están bajadas a tope pero el calor nos está derritiendo los ánimos. Necesitamos salir del coche por unas horas o moriremos a la parrilla. Ahora mismo mataría por un trozo de mar en el que ahogarme bien fresquito. ¿He dicho «mataría»? No… No sé lo que acabo de decir. No podría pasar por la pesadilla de ver el rostro desfigurado de esa niña otra vez. Por culpa de eso estamos aquí.

El horizonte tiembla bajo el calor del asfalto ofreciendo una panorámica temblorosa, como si todo el paisaje estuviera hirviendo. Al fondo del margen derecho vislumbro una serie de cactus escuálidos y lo que parece un camino de acceso a un pequeño núcleo de población. Que yo no pueda meter nada en el estómago no significa que los demás no tengan derecho a comer y, por otro lado, si no bebemos algo de agua creo que moriremos antes deshidratados que por cualquier otra maldición paiute. Además, a Mike se le han acabado las cervezas y no creo que aguante la locura sin un trago. Él por lo menos tiene su sedante particular. En el fondo le envidio, ya me gustaría a mí estar borracho hasta los tuétanos ahora mismo y pegarme un tiro.

—¡Desvíate ahí! —dice Lucille.

No hace falta que me lo digas, muñeca, ya pensaba hacerlo yo sin que tú me lo pidieras. A pocos metros después de haber girado encontramos un cartel que nos da la bienvenida, pero está tan estropeado por el sol que no se distingue el nombre del pueblo. Tiene una gasolinera y una cafetería. ¿Qué más se puede pedir?

La camarera nos mira a través de sus gafas de pasta negra antes de servirnos el café. Los que más llaman la atención de sus pequeños ojos en el rostro arrugado son Mike y Lucille, por cuestiones evidentes. A él le sobresale por el cuello una mancha negra de aspecto horrible y a ella se le está escamando la piel hasta el punto de parecer la mujer lagarto. Nos sirve unas tazas con un pulso certero calibrando la cantidad exacta y precisa que dan los años de experiencia sirviendo cientos de tazas a la semana. Parece que las canas han ganado territorio en su cabello hasta haberlo conquistado plenamente, y aun así su pelo parece lacio y suave como el algodón, recogido hacia atrás. Su uniforme blanco y rojo, a juego con los colores del local, lleva bordado en letras de color cereza el nombre que la delata: Daisy. Los nombres de las personas no deberían mostrarse tan a la ligera, y menos todavía el de una persona con canas. Uno debería ganarse la confianza suficiente como para que alguien que te lleva ventaja, aunque solo sea sirviendo cafés, decida darte su nombre y la fórmula con la que habrás de dirigirte. Pero el descaro es joven y Mike

dice:

—A mí tráeme unas cervezas, Daisy. El café me pone de los nervios.

La mujer de cabellos de nube le mira por encima de las gafas antes de decidir quitárselas y dejárselas colgando de la cadenilla sobre el pecho.

—Aquí no servimos alcohol hasta las cinco a no ser que vaya usted a comer algo.

No soporto ver a esta mujer hablándole de «usted» al mocoso de Mike.

—Pues tráeme unas cervezas con una hamburguesa y patatas fritas.

Lo de Mike no tiene nombre. ¿Cuándo llegó a este punto con el alcohol? No sé cómo no hemos podido darnos cuenta antes del problema que estaba engendrando y tal vez ya sea demasiado tarde. En realidad creo que es demasiado tarde para todo ya a estas alturas del juego. La hemos cagado bien.

Sandra parece avergonzada por el comportamiento de Mike y Lucille parece avergonzada por el aspecto de su piel. Sea como fuere, ninguna de las dos levanta la vista del menú aunque sé de buena tinta que no lo están leyendo, solo están escondiéndose detrás de la carta.

—Chicas, será mejor que pidáis algo. Tenéis que comer —sugiero.

—Tú también deberías comer, Johnny —dice Lucille.

Habló la lagarta. ¿Qué tal si yo le dijera «tú también deberías tener la piel en la cara en lugar de ir perdiéndola a trozos por el camino»? ¡Ponte un poco de pegamento!

—Lucille, calla un rato, encanto —le pido.

—¿Qué? ¡Cállate tú, paleto! ¡A mí nadie me manda callar!

—¿Por qué no se callan todos o se van fuera a discutir sus cosas mientras deciden qué van a comer? —dice Daisy.

—Tiene usted razón —resuelvo.

Me levanto como un vaquero que acaba de perder sus últimos dólares en una apuesta y me voy a la calle. Las nubes están tapando el sol. Qué alivio.

Lucille me sigue al instante.

—¿Se puede saber qué pasa contigo? —me pregunta—. No puedo más. ¡No puedo! Soy muy joven para cargar con todo lo que está pasando. ¿Sabes qué? ¡Quiero vivir la vida! Estoy harta de ir de mi casa a tu coche y de tu coche a mi casa. ¡No puedo más!

—Pues si estás tan aniquilada por estar aquí a mi lado, ¿por qué no te vas con Joshua? Ups, perdona, porque está muerto, no había caído. Vaya, ya no podrás tirártelo más.

Podría haber aguantado sin decírselo hasta el día de mi muerte, pero como tal vez me muera mañana, visto lo visto, creo que no tengo mucho tiempo. Yo soy más de tragármelo solo, de esperar a que todo pase y de pasar página, y una vez cerrado el libro decir: «Adiós». Ella no se habría dado cuenta de que yo me había leído todos los capítulos sin ella y se habría quedado con cara de idiota preguntándose por qué un día decidí enviarla a tomar viento sin más explicaciones, pero las cosas estaban saliendo de otra manera y el pastel se había descubierto.

—¿Qué quieres decir con Joshua?

—Bueno, Lucille, si tú no lo sabes, creo que el sheriff puede darte una idea leyéndote algunos de los fragmentos de tu diario.

La lagarta rompe en lágrimas, creo que las llaman «de cocodrilo». No deja de ser otro reptil. La mayor parte del tiempo, cuando una mujer llora, empieza a accionarse todo un sofisticado mecanismo de chantaje emocional y manipulación. Veamos.

—¡Me odio! Lo sé, soy un monstruo. ¡Un monstruo!

Primera fase, echarse las culpas en plan víctima para moverme a compasión.

—¡Y te odio a ti por haber dejado que sucediera lo de Joshua!

O sea que te engañan y encima la culpa es tuya. Qué astuta es la gente cuando de lo que se trata es de lavarse la conciencia salpicando la mierda sobre los demás.

—Fue tan amable conmigo, siempre me abría la puerta…

Mira qué bien, unos cuando abren la puerta son amables y otros por tratar de hacer lo mismo somos paletos.

—Cuando estaba contigo pensaba en él y cuando estaba con él pensaba en ti. Os he destrozado la vida a los dos. Destrocé la suya y ahora estoy destrozando la tuya, lo sé.

Sé que los de dentro nos están viendo discutir a través del cristal. Es lo único que me impide llorar. No puedo permitir que me vean derramar ni una sola lágrima.

—Está bien, no pasa nada —miento.

En realidad sí que pasa. Toda mi confianza está rota desde hace tiempo y ya jamás podré volver a confiar en ella porque no la conozco. No sé quién es esa rubia que hay delante de mí. Es una extraña, un ser frío y sin escrúpulos que no sabe lo que quiere y que en el camino de su propia inseguridad va sembrando minas de destrucción entre aquellos que se cruzan por medio.

—Sé que nunca me vas a poder perdonar… —solloza.

—Claro que sí —miento otra vez. En realidad no la odio a ella pero sí odio lo que ha hecho.

—¿Por qué estás tan serio? No estés mal, por favor, no puedo soportarlo. ¡Me hundes!

Egoísta hasta el último decibelio que sale por su boca. Hay gente que te clava un puñal y encima se indigna al ver la sangre. Ay, Lucille, no puedes pretender que esto no sangre, pero qué importa ya… Estoy lejos de ti, muy lejos de ti, aunque tú ahora me veas a tan solo unos centímetros y yo te esté abrazando. Ahora mismo sé que tú y yo no vamos a estar juntos. Me duele, porque realmente quise que lo nuestro saliera bien y para mí era tan fácil quererte que apenas podía creerlo. Cuando te conocí pensé que eras un regalo del universo, ahora pienso que el regalo es poder perderte de vista, y aunque ahora te esté besando y diciéndote cuánto te quiero, encontraré el modo de deshacerme de ti cuando haya digerido todo lo que me acabas de decir.

—Ve a comer algo —le digo depositando un beso en sus labios y mirándola como si fuera la mujer más preciosa que he visto jamás.

El problema de las chicas dulces como Lucille es que a causa de su carácter, cuando hacen algo mal, en lugar de reñirles, todo el mundo les pregunta: «Pobrecita, ¿qué te ha pasado?». Nadie les canta las cuarenta.

—Tienes razón, me muero de hambre. ¿Por qué contigo siempre puedo comer y con Joshua no podía? Será por la confianza —dice levantando los hombros.

Solo una descerebrada con cuatro cucarachas jugando una partida de póquer en su cabeza podría haber dicho algo semejante y quedarse tan tranquila.

—Yo me quedaré fuera, no podría soportar el olor a fritanga. Tengo el estómago revuelto.

En realidad, aunque no hubiera tenido una maldición pesando sobre mi estómago en aquel momento, invitándome a vomitar todo lo que comía o bebía, creo que soy incapaz de probar bocado en un momento como este. Tengo un nudo en el estómago por lo que acaba de pasar con Lucille. Sin embargo, la lagarta no solo ha dicho lo que acaba de decir sino que además se está comiendo un menú a base de bistec de ternera, huevos fritos y beicon, tal y como puedo ver a través de los cristales de la cafetería. Y encima se lo está engullendo con gula. Definitivamente esa chica puede depredar el corazón de una persona sin pestañear.

No pienso quedarme a ver los postres. Aprovecho para repostar. Después me enciendo un cigarro, solo por el placer de sostenerlo en las manos, aunque tengo que apagarlo a los pocos segundos porque hasta el olor del humo me da asco. Decido pasear arriba y abajo, agradecido por aquella nube negra que está apagando el sol y da tregua a mis deshidratados ánimos. Me noto los labios muy secos y la sensación de sed es cada vez más acuciante. De tanto en tanto me enjuago la boca, me mojo los labios o me echo un chorro de agua fría por la cabeza. Echo una meada en una esquina, lamentándome porque tal vez aquel es el último líquido que quedaba en mi cuerpo y yo lo estoy dejando escapar. Dicen que estamos hechos de agua y yo no lo pongo en duda, pero ahora mismo me gustaría estar hecho de piedra y no sentir nada.

Los chicos acaban su comida al cabo de un buen rato y salen a pasear por los alrededores de la cafetería y la gasolinera, como hago yo. Sandra se va a la tienda a comprar algo mientras Mike viene junto a mí con su inseparable cerveza. Nos apoyamos en el Cadillac mientras vemos a Lucille pasear a lo lejos.

—Mike, amigo, mira a ver si tengo algo en la espalda —le pido. —Mi amigo me inspecciona—. ¿No hay un puñal ahí clavado? Por favor, sácamelo.

Mike me mira con cara de interrogación pero en el fondo imagina que el humor negro que estoy gastando tiene que ver con la discusión que acabo de tener con Lucille hace unos instantes. No saben de qué hemos estado hablando pero nos han podido ver a través de los cristales, y eso es suficiente. Tras pegar un trago a su cerveza fija la vista en el punto en el que está Lucille y yo la sigo con la mirada. La lagarta está jugando con

la perra del dueño de la gasolinera en el descampado de la parte de atrás. Se trata de un ejemplar de una raza escuálida, o lo que viene a ser un vulgar chucho con más pulgas que pelo.

—Todas las perras acaban ladrando entre ellas —digo.

—Y que lo digas —comenta Mike pegando otro trago.

Eso sí que no me lo esperaba. El comentario de Mike me deja sorprendido. Al final va a resultar que todos sabían que era una perra menos yo, claro que Mike muy bien podría haberlo sabido de buena tinta porque conoce a Lucille desde hace tiempo. En cualquier caso, me consuela no ser el único que piensa que esa mujer no es trigo limpio.

El ambiente empieza a clarear por el oeste. Miro al cielo. La nube está rompiendo, dando paso al reino del sol. No podía durar mucho esta tregua. Es hora de volver a pasar calor. Nada más despejarse, siento una ráfaga de sofoco que quema en mis brazos desnudos. Este es el sol de California. ¡Dios! Los gritos de Lucille me quitan todo el calor de súbito helándome la sangre. ¿Qué pasa? ¿Por qué grita? La perra permanece a unos metros de ella ladrándole sin querer acercarse. Mike y yo corremos hacia allí. Me doy cuenta de que mi amigo se ha echado a la carrera sin soltar su botella de cerveza y aun así va más rápido que yo. No puedo creer lo que estoy viendo. La cara de Lucille se ha puesto roja y ha empezado a hervir y a soltar humo. La mueca de espanto y dolor de su rostro es escandalosa. Es como si el recién estrenado sol la estuviera asando viva. A Lucille no se le ocurre otra cosa que quitarle la botella de cerveza a Mike y echársela a la cara intentando apagar la brasa ardiente de su piel, pero el alcohol inflama todavía más el calor flameándole la piel. Su cabeza se convierte en un incendio mientras su cuerpo sale corriendo como una antorcha diabólica. ¿A quién se le ocurre tirarse alcohol? Cuando dije que tenía cuatro cucarachas jugando una partida de póquer por cerebro me quedé corto. Mientras trato de atajar mi impotencia intentando darle alcance, corriendo tras ella a la vez que me quito la camiseta para ponérsela sobre la cabeza y apagar el fuego, me da tiempo a arrepentirme por nada. Sí, por nada, porque yo no he sido el que ha engañado a Lucille y el que ha sido desleal con ella, ha sido ella quien me ha mentido y ha pisoteado mi honor. Aun así, me siento culpable.

Antes de lograr alcanzarla, Lucille cae al suelo fulminada. Llego hasta ella y le tapo el rostro con mi camiseta. Trato de abrazarla, de tocarla, de palparle el pulso, pero su cuerpo abrasa. Toda su ropa está quemada como si desprendiera calor de dentro hacia fuera. Huele a carne a la brasa y a pelo quemado. No hay nada que hacer, está más quemada por dentro que por fuera. Sus órganos vitales deben de haberse carbonizado o al menos eso intuyo, porque parece que su cuerpo está cocinado como una hamburguesa a la barbacoa. Todavía echa humillo y supura líquidos.

—Será mejor que Sandra no vea esto —dice Mike al llegar hasta mí.

—No sé qué va a ser más cruel, si verlo o tratar de explicárselo —advierto.

Miro los restos ardientes de Lucille antes de salir de allí. Quiero sentir algo por mi novia pero sigue siendo una extraña para mí. La última frase que le oí decir fue aquella pregunta sobre por qué conmigo siempre podía comer y con Joshua no. Había salido a la luz la verdad, no me había ocultado lo de Joshua pero… La verdad hacía que todo lo demás pareciera mentira y que todas las palabras, caricias y besos que me regaló alguna vez parecieran una farsa. Esa chica había sido como un muñeco de nieve en Navidad, muy bonita por fuera, te creías que era mucho, pero cuando llegó el calor se derritió y no quedó más que el charco.

No podemos permitirnos perder el tiempo enterrando a más gente, así que la cogemos entre los dos y cargamos el cuerpo por la parte de atrás del descampado hasta llegar a los contenedores de basura de la gasolinera y la cafetería. La tiramos allí, como un pañuelo arrugado. Ella me había tirado antes a mí, de un modo u otro, y tengo que decir que duele más que te tiren a la basura con el corazón, como ella me había tirado a mí, que físicamente hablando, como estaba haciendo yo ahora, a pesar de lo que pueda parecer.

—¿Qué hora es? —me pregunta Mike mientras volvemos al coche.

Qué sentido tenía en aquel momento saber la hora es lo que a mí me gustaría saber.

—No lo sé, Mike, pero es una hora menos en mi corazón.

Tras coger una camiseta del maletero y ponérmela, convenzo a Sandra

para que suba al coche y Mike le cuenta en una hora lo que ha ocurrido en un par de minutos. Todo fue muy rápido. Mi cabeza es un hervidero de imágenes donde se cuecen las lujurias de Joshua y Lucille sobre un mar de aguas en las que se refleja un rostro llagado por el fuego. Ella ha muerto y me sigue doliendo más su mentira que su muerte. En el camino del olvido pierde el que se queda. ¡Yo me largo! Piso el acelerador con ganas y levanto una nube de polvo en la que desearía desaparecer como si mi Cadillac pudiera de repente entrar en una niebla adimensional.

Sandra parece conmocionada pero hay algo más. Su rostro dibuja una mueca de terror continuo, pero ¿de qué tendría ella que preocuparse si no está maldita? Ella no va a hacerse pequeña como Willy, no va a sumirse en un mundo de oscuridad repentina como Laura, ni va a cocinarse a la brasa como Lucille. Está a salvo y, sin embargo, está más tiesa que si le hubieran metido un cactus por el culo, y cada vez que miro por el espejo retrovisor veo sus ojos suplicantes mirándome como si quisieran decirme algo que no se atreve a decirme. ¿Tal vez está nerviosa ante la idea de ver a mi hermana? Bueno, no me extraña, si yo fuera ella y conociendo como conozco a mi hermana Elisabeth, no le va a hacer mucha gracia ver aparecer a la hermana de Benny Watson tocando a su puerta como cartero extraviado. ¿Es este tal vez el momento de llamar por teléfono a Liz o me espero a palmarla para llamarla desde el más allá? No pensaba que todo esto iba a ser así, pero al ritmo que estamos cayendo no sé si tenemos mucho tiempo.

San Francisco. Doscientas millas. Es lo que ponía en el cartel que acabamos de pasar. Bueno, tampoco estamos tan lejos. Además, no creo que pueda explicarle a Liz esta locura por teléfono. Solo tengo que aguantar un poco más, aunque tengo tanto dolor de cabeza que creo que voy a estallar como esas manzanas a las que disparábamos cuando éramos pequeños en el rancho de Owen Pierce. Sí, ya sé que los muchachos suelen disparar a las botellas de cerveza vacías pero nosotros somos de Apple Valley. ¿Qué esperas?

Un grito histérico me hace perder el control del volante durante unos segundos. Es Sandra la que está berreando ahí detrás. Derrapo a base de freno al más puro estilo de una vieja diligencia a punto de volcar y apenas me da tiempo a girarme para preguntarle qué está pasando,

porque ha abierto la puerta y se ha tirado del coche como si dentro del Cadillac hubiera un enjambre de abejas asesinas.

—¿Qué le pasa a esta? —pregunta Mike sin moverse del asiento, visiblemente más preocupado por la cerveza que se ha derramado con los bandazos del coche que por el hecho de que Sandra se haya tirado del Cadillac presa de un ataque de histeria en los últimos segundos del frenazo.

Voy por ella. Está a tan solo unos metros y no deja de llorar. No sé qué le pasa, pero tampoco tengo que preguntarle porque sé que lo que necesita es que la abrace, y eso es lo que hago, me arrodillo y la abrazo.

—Estaba sentada a mi lado —susurra en voz baja entre lágrimas.

—¿Quién? —pregunto.

—La niñ… —logra decir apenas mientras su voz se rompe por los hipos del llanto.

—¿La paiute?

—Shhhhhh, no la menciones, calla —me pide.

—Sandra, ¿por qué estás tan asustada? Creía que estabas acostumbrada a ver este tipo de cosas.

—Una nunca se acostumbra a verlos… Tú no la has visto, Johnny, no la has visto… Su rostro está tan lleno de ira…

«Bueno —pienso—, si tú hubieras visto su rostro desfigurado estampado en la carretera como yo lo vi junto al mío, eso sí que mata la sustancia de un hombre.» Solo lo pienso, no se lo digo a Sandra.

—Tenemos que volver al coche, Sandra —le digo haciendo ademán de levantarme.

—¡Espera! —Me sujeta—. Todavía está en el coche —me dice asomándose por encima de mi hombro y volviendo a esconderse.

—¿Quieres decir que está ahí sentada en la parte trasera de mi Cadillac? —Intento girarme para ver algo.

—¡No mires! —me suplica.

—¿Por qué?

—Porque si lo haces llamarás su atención, nos mirará… ¡No quiero que me vuelva a mirar como lo ha hecho antes! ¡Hay tanta cólera en su mirada!

—Está bien, está bien. Esperaremos un rato y después tú te sentarás a

mi lado y Mike irá en la parte de atrás. No podemos quedarnos aquí, Sandra, el tiempo juega en nuestra contra.

Nada más levantarme siento como si el cielo se hubiera caído al suelo, hasta que me doy cuenta de que el que se ha caído soy yo.

—¡Johnny! ¿Estás bien? —Sandra trata de hacerme reaccionar.

—No… Creo que me he mareado.

La cabeza me pesa como un yunque y me cuesta mantenerla erguida sobre los hombros. Se me va, me voy…

—Se me va la cabeza del forzudo…

—Pero ¿qué dices? —me pregunta Sandra.

Es lo último que oigo, la voz de Watson preguntándome con cara de estar hablando con alguien que delira. Supongo que me he desmayado porque la siguiente imagen que recuerdo es la de abrir los ojos y encontrarme en la parte trasera del coche como un niño que se ha quedado dormido con el murmullo del ruido blanco del motor, rodando por la carretera. Sandra va al volante y Mike y sus cervezas hacen de copilotos. Están sudando a pesar de llevar las ventanillas bajadas a tope. Yo también debería estar empapado en sudor pero creo que mi cuerpo ya no destila nada. Me estoy deshidratando. Tengo un futuro tan negro que hasta lo oigo cantar un réquiem.

Hay un tufillo raro dentro del coche desde hace un rato, y aunque ninguno ha querido decir nada todos sabemos que se trata de Mike. Está empezando a oler a basura, a carne que lleva demasiados días fuera de la nevera, a una mezcla aderezada con el aliento propio de un borracho que logra envenenarte con los aceites esenciales etílicos con los que va regando el ambiente incluso a dos metros de distancia. Este tío no es que vaya cocido, es que va al vapor, sin más. No sé qué es peor, si presentarme en casa de mi hermana con un tipo que está descomponiéndose o con un tío descompuesto por el alcohol. ¡Qué vergüenza!

—Mike…

—Hombre, si la bella durmiente se ha despertado —dice sin volverse.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Sandra buscando mi mirada por el espejo retrovisor.

—Me duele un poco la cabeza.

Mike tira un botellín por la ventanilla y se destapa otro.

—Oye, ¿no crees que deberías beber con moderación? —le increpo.

—¿Quién es Moderación y por qué debería beber con ella?

—Estamos caminando por la cuerda floja. Deberías intentar tener todos tus sentidos frescos.

—Creo que hasta ahora todos los que la han palmado no llevaban en el cuerpo ni una gota de alcohol. Fíjate de lo que les ha servido… Tal vez deberías relajarte un poco y echar un trago… —me dice girándose para ofrecerme uno.

¡Qué demonios! Agarro la botella dispuesto a quemarme las entrañas en el intento. Sandra me mira con ojos de reproche a través del retrovisor. Esquivo su mirada y me amorro a una cerveza tan calentuja que sabe a orín de vaca. La arcada es instantánea y solo puedo asomarme por la ventana para vomitar. Creo que voy a volver a desmayarme. ¡Mierda!

Me despierto abotargado y aturdido. Tengo mucho sueño. Sandra sigue al volante.

—¿Otro traguito? —Mike se gira meneándome la botellita al verme resucitar al mundo de la conciencia.

—Serás maricón. Tendrías que pagar el oxígeno que respiras —me quejo.

—¡Basta ya! —corta Sandra arrebatándole el botellín a Mike y echando un trago mientras maneja el volante con una sola mano.

¿Qué te parece esa? Supongo que ha notado que Mike y yo nos hemos quedado mirándola atónitos porque se justifica de inmediato:

—Necesito un trago, ¿vale? Saca uno de esos cigarrillos tuyos —me ordena—. Necesito echar un poco de humo por la boca o acabaré echando humo por la cabeza.

Le enciendo un Marlboro y se lo paso. Todos tenemos derecho a nuestros pequeños vicios. Esta chica es de las mías, sí señor, de las que afronta las cosas con entereza y un sedante.

—Vaya con la hermana de Benny Watson —dice Mike—. ¿También te levantas la falda en el asiento de atrás? A mí no me vendría mal un

repaso, ya me entiendes…

Solo un borracho podría haber dicho lo que acaba de decir Mike.

—Escúchame, engendro —responde la otra—. Me estás desequilibrando las energías y al final me voy a tener que cagar en tus muertos.

¡Virgen María! No se puede negar que es hermana de Benny Watson, genio y figura hasta la sepultura. Mike se pone a llorar como un ternero desconsolado que ha perdido a su madre, está hambriento y solo, y no sabe cómo volver al rancho. ¿Qué le pasa ahora?

—Estupendo, así tirarás por las lágrimas toda la cerveza que te está haciendo ser un auténtico capullo, ya que al parecer no sabes mear la borrachera —dice Sandra.

¡Qué carácter! No me extraña que a mi hermana le gustase Sandra Watson una vez. ¡Me gusta hasta a mí!

—Estamos llegando. ¿Sabes dónde vive tu hermana, Johnny? —me pregunta.

Desde luego no parece el mismo gorrión asustado que se ha tirado del coche antes con un ataque de histeria y que se ha abrazado a mí como si no fuera capaz de sobrevivir sin aferrarse. Ahora parece muy segura de sí misma, con determinación y confianza. Supongo que es lo que acaba pasando cuando ves que los demás, alrededor, se hunden. Acabas haciendo de tripas corazón para sacar a los demás adelante y eso es lo que te da fuerzas cuando te fallan para salvarte a ti mismo: saber que tienes que salvar al otro.

—Nunca he ido a verla, pero sé su dirección por las cartas que nos escribimos a veces —le digo.

—¿Y bien?

—Cuarenta y nueve Upper Parliament Street. Creo que está por el centro.

Apenas puedo creer que vaya a ver a mi hermana, y mi cándido plumaje de hermano pequeño me hace tener la esperanza de que cuando esté con ella todo se acabará. Ella me sacará las manzanas del horno, me cuidará, me curará, me salvará, me redimirá. El Dios bendito sabe que si hay un lugar en el mundo en el que puedo sentirme a salvo es con mi hermana Elisabeth, y la sola idea de saber que estamos cerca de su casa

me hace sentir aliviado.

«Bienvenidos a San Francisco.» Jamás pensé que me alegraría tanto al leer ese cartel. No puedo creer que hayamos llegado. ¡Estamos aquí! Estamos entrando en la ciudad y creo que es fantástica y maravillosa solo porque mi hermana vive aquí. Me asomo por la ventanilla ávido de todo lo que me rodea. Yo nunca he salido de Apple Valley. ¿Eso de ahí es el puente de San Francisco? Oh, vamos, en estos momentos tengo que estar pareciendo de Apple Valley. Ya me lo decía siempre mi madre, que lo malo no es ser de pueblo sino parecerlo.

Sandra se detiene un par de veces a preguntar y sigue las enrevesadas indicaciones que le dan como si tuviera un plano perfectamente delineado en la cabeza. «Upper Parliament Street.» El corazón me da un vuelco cuando leo esa placa. Ya estamos aquí, Elisabeth, y todavía no sé qué voy a decirte cuando te vea, pero ahora no tengo tiempo de pensarlo porque solo quiero verte.

Cuarenta y tres, cuarenta y cinco, cuarenta y siete, ¡cuarenta y nueve! Una puerta de madera roja. Trato de imaginar otro color para la puerta de la casa en la que vive mi hermana y, sin embargo, creo que no podría ser otra ni de otro color. Tenía que ser esa. Me quedo mirando la fachada de ladrillos oscuros en la que destaca esa puerta roja, tan brillante, tan viva. La casa tiene tres plantas. ¿No es demasiado grande para una chica que vive sola? Las ventanas me miran con ojos acechantes. ¡No soy ningún intruso! ¡Soy el hermano de Elisabeth!

La puerta. ¿Qué hay tras esa puerta? Me da miedo saberlo. No hay ningún timbre, solo una aldaba. Muy típico de los Jefferson. Hay algo inquietante en esa casa en la que solo reconozco a mi hermana en esa puerta roja de madera. Quiero llamar pero no puedo. Me siento paralizado.

Los golpes de Mike azotando con fuerza la aldaba me sacan del trance. Los latidos de mi corazón se aturullan en mi pecho. Los segundos se hacen eternos. ¿Por qué no se abre la maldita puerta? Mike vuelve a la carga como un toro furioso. La está aporreando con ganas pero ni así. Nadie abre. Toda la fuerza que me había hecho mantenerme en pie parece que se me escapa piernas abajo con un temblor de sábanas tendidas al viento en mitad de un prado.

—A lo mejor no está —digo.

—Parece que no hay nadie en la casa —se suma Mike.

Sandra se queda mirando la fachada con desconfianza. Sé que hay algo que no le gusta. Finalmente explora los extremos de la calle buscando algo.

—Entremos al bar de ahí enfrente. La esperaremos junto a esas mesas de la ventana y así podremos verla cuando regrese a casa —dice Watson.

Seguramente es una idea fantástica, pero a mí tener que esperar aunque solo sea media hora más se me hace un saco de acero muy pesado de sostener entre los brazos. Siento que mis fuerzas escapan por las canaletas de una casa en ruinas. No puedo más. Es que no puedo más.

—Johnny. —Sandra me coge del brazo y me ayuda a cruzar la calle como si fuera un disminuido.

Es agradable comprobar que uno todavía conserva la capacidad de leer. Bueno, no todo está perdido si todavía soy capaz de discernir con mis sentidos que este bar se llama The Red Bridge. Qué poco original. Sin embargo, el local está decorado con mucho gusto. Toda la manzana en realidad constituye un auténtico cuadro de postal, claro que dada la sensibilidad artística de mi hermana es muy probable que decidiera vivir en esa casa incluso antes de entrar solo porque tenía una bonita puerta roja y la fachada hacía conjunto con el resto de la calle. Sí, era una bonita panorámica, como la que ofrece este bar ahora mismo.

De inmediato pienso que tal vez mi hermana se habrá sentado a esta misma mesa en la que yo me encuentro ahora, para tomar un café mientras leía el periódico. Busco entre los poros erosionados de la mesa por si encuentro algún rastro suyo, una muesca con sus iniciales, cualquier apunte artístico…

Miro alrededor. Las paredes están llenas de motivos, fotos, máscaras tribales y otros objetos extraños. Sí, apuesto a que Elisabeth viene mucho por aquí. Tienen la radio puesta en una especie de emisora local en la que ahora mismo está sonando una música que no reconozco. Ahí llega ese tipo, seguramente es el dueño. Parece que está en un momento equívoco de su vida porque lleva un flequillo que ni sí, ni no. En cualquier caso lleva los pelos demasiado largos y un pendiente en la oreja, así que o es maricón o es mariquita. O sea, eso. Ay, Dios, ya estoy

hablando como el padre de Lucille, qué espanto.

—No son ustedes de por aquí, ¿verdad? —nos pregunta con una voz ronca y profunda como la de las cavernas.

Es la voz más grave que he oído nunca. Es curioso cómo las voces de las personas a veces no encajan en absoluto con las caras que las visten. A su lado mi voz sí que parece la de un sarasa.

—Mierda, ¿lo llevamos escrito en la cara o qué? —suelta Mike. Sé que a mi amigo se le está haciendo la boca agua solo de pensar en la posibilidad de beberse una cerveza bien fresca después de todo el caldo caliente que ha mamado durante el camino—. ¿Tienes cervezas de por aquí para los de allí? —dice.

Yo es que a este muchacho no sé si hablarle o dejar de hablarle, directamente. Me tiene hasta los huevos, así, en general. Algún día le van a partir la cara por ir de borracho gracioso al que no aguanta ni su madre o yo no estaré ahí para defenderle, entre otras cosas porque, sintiéndolo mucho por él más que por mí, llegado el momento de tener que entrar en peleas por un amigo, creo que estoy a punto de palmarla.

—No, no somos de por aquí —le digo al señor de la voz viril, casi animal—. Disculpe a mi amigo, creo que está pidiendo a gritos que le partan la cara, pero me gustaría que fuera otro día porque hoy no tengo fuerzas para pelearme por él.

—Vete a la mierda, Johnny —escupe Mike.

—Tranquilo, chaval, llevo muchos años regentando este bar. He visto todo el espectro de borrachos que te puedas imaginar. Tu amigo no es de los peores. No es más que un aprendiz.

—¡A la mierda todos! —dice Mike.

—Escucha, no queremos causar problemas. Si le traes su biberón estoy seguro de que lograremos mantenerle con la boca cerrada un buen rato —le digo intentando poner una voz tan varonil como la suya sin ningún resultado.

—De eso vivimos aquí. ¿Biberones para todos, entonces? —ruge, porque eso no es hablar, es rugir.

Envidio su voz.

—Yo tomaré una soda —dice Sandra.

—Yo nada, pero me gustaría preguntarte algo. ¿Sabes si en esa casa de

ahí vive una chica que se llama Elisabeth? —El tipo se me queda mirando con cara de desconfianza—. Escucha, es importante, soy su hermano. Necesito hablar con ella.

La palabra «hermano» surte efecto de inmediato. Me mira como quien escudriña los detalles de un cuadro tratando de verificar si es auténtico.

—Ahora que lo dices sí que le echas un aire —gruñe.

—¡Entonces la conoces!

—Sí, claro, como medio San Francisco —contesta.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, tu hermana es una artista muy famosa. Es normal, ¿no?

¿Famosa? ¿Una artista famosa? ¿Quiere decir una lesbiana famosa? Bueno, en mi casa mis padres decían que era «artista» como sucedáneo de «lesbiana».

—Hay una exposición suya estos días en ese museo… Está a pocas manzanas de aquí…

—¿En serio?

El tipo para en seco de hablar y me mira. Debo de tener cara de chiste.

—No sé de qué te extrañas, Johnny, tu hermana siempre ha tenido talento para el arte —dice Sandra.

—Perdona que te lo diga, pero si no sabes quién es tu propia hermana… —Su voz es tan grave que casi retumba como un trueno entre las paredes del local.

Este tipo sabe cómo estrujarle los riñones a uno. ¿Cómo se atreve a decirme algo así un tipo con esos pelos largos y quedarse tan tranquilo?

—¿Sabes si volverá pronto? —interviene Sandra.

—Bueno, suele venir a tomarse algo conmigo todos los días cuando acaba las clases.

¿Contigo? Me quedo mirándole con atención buscando el motivo por el cual mi hermana se tomaría algo con un tipo así. Bueno, supongo que tiene una voz digna a pesar de la longitud de sus cabellos. Tampoco te vendría mal un buen afeitado.

—Diablos, Johnny, pero ¿cuántos años se va a tirar tu hermana estudiando en la universidad? —hipa Mike.

—Es profesora, da clases allí —corta el de la voz ronca, un poco molesto por el comentario de Mike—. ¿Estás seguro de que es tu

hermana? Veo que andáis un poco perdidos…

No sé si me estoy ofuscando o si me está bajando la tensión pero cada vez me encuentro peor. El hombre se da media vuelta y vuelve unos instantes más tarde con una soda y una cerveza. Las bebidas parecen tan frescas, irradiando ese halo de frescor y esas gotitas que… ¡Dios, me muero de sed! Creo que me estoy marchitando y que la savia está volviéndose densa y pesada dentro de mis venas.

Mike se aferra a su cerveza como quien se aferra a la cruz. Al menos en este lugar hace sombra. Es agradable, aunque el dueño me haya marcado como a una res con el sello de la culpa. Sí, yo soy ese hermano monstruoso que no sabía que su hermana daba clases en la universidad ni que se había convertido en una artista de renombre en San Francisco. Pero ¿qué clase de hermana es Elisabeth? Jamás me comentó nada. Yo… No tenía ni idea de esto, ni de lo de hablar con los muertos ni… Mierda, hasta de lo de Sandra me enteré porque encontré aquella carta y no por boca de Elisabeth. ¿Por qué no me cuenta nunca nada? Me siento mal porque yo jamás le he preguntado qué era de su vida, solo le contaba la mía, o le pedía unos dólares, o le suplicaba que me ayudara con los deberes o que me sacara de algún aprieto con papá… Y aquí estoy otra vez, repitiéndome como un bis de una canción de la que ya empiezo a estar aborrecido, esperando a que mi hermana regrese a casa para que sea ella quien arregle lo que yo he estropeado, como aquella vez que cargó con las culpas por… Todo. Ella siempre cargaba las culpas por todo.

Las Boswell Sisters están cantando algo que quiero silbar pero no se dejan. La radio suena como un murmullo que arrulla mis sueños. Tengo ganas de mecerme y no volver a salir de esta cuna de horror. El mundo es muy cansado para mí, me duele mucho la cabeza y hay tantos objetos en las paredes de este bar que me fatiga mirarlos. Tengo que hacer un esfuerzo para mantener los ojos abiertos y lo único que me saca de este sopor es el olor pestilente que irradia Mike a mi lado.

—Ahí la tienes —ruge el león tras la barra señalando a la puerta con la barbilla.

¡Elisabeth! Por fin has llegado. ¡Por fin! Tiene el pelo más largo y más dorado de lo que recordaba y las mechas le caen despeinadas y rebeldes. ¿No tiene peine o es la moda en San Francisco? Qué más da, está preciosa, con esos collares extraños y esos ojos grises como una nube preñada de lluvia. Ha entrado con otra chica de aspecto oriental con los ojos rasgados y el pelo más corto que el mío. ¿De dónde la ha sacado? No puedo ignorar la cara que acaba de poner Sandra, a la que creo que se le acaba de agriar la leche que mamó el primer día al ver a la china junto a mi hermana.

—¿Lizzy? —pregunto tímidamente, como quien teme un gran castigo.

Elisabeth se gira hacia la mesa en la que estamos sentados.

—¿Johnny? —Me mira como si tratara de reconocerme en una foto vieja—. ¡Johnny!

Quiero correr y abrazarla, pero me siento lento y torpe y ella llega hasta mí antes de que yo logre levantarme de la mesa. Me abraza con fuerza y me dejo consumir como si pudiera meterme dentro de ella y desaparecer.

—Pero ¿qué haces aquí? ¿Qué pasa?

Me coge la cara y me inspecciona con gravedad. Mira hacia mi lado y descubre a Mike, cuyo aspecto debe de ser peor que el mío. El ceño de mi hermana empieza a fruncirse por momentos pero todavía queda el plato fuerte, que es servido en cuanto se gira y descubre a Sandra a sus espaldas. Watson se ha puesto de pie. A Mike le perdonamos que siga sentado porque creo que ya no puede mantenerse.

—¿Sandra? —dice mi hermana—. ¿Qué está pasando aquí?

Elisabeth busca al león de la barra y le lanza una mirada inquisitiva. El tipo de la voz cavernosa levanta los hombros y dice:

—A mí no me mires —contesta el bajo de ópera.

Quiero decir algo pero siento que todo me da vueltas. Al fin logro articular unas palabras.

—¿Podemos ir a tu casa?

Sandra y la oriental han tenido que cargar con Mike mientras Elisabeth ha cargado conmigo. Supongo que ya no nos tenemos en pie aunque por

causas contrarias, él por beber demasiado y yo por no beber nada. Seguramente esto tiene un lado chocante e incluso cómico, pero ahora mismo soy incapaz de encontrárselo.

La casa de Elisabeth es realmente grande y al parecer la china, la vietnamita o lo que sea vive con ella, porque se mueve de aquí para allá como si los espacios fueran suyos. Creo que a Watson se le ha estrujado alguna tripa dentro porque su cara se convirtió en una mala caricatura en cuanto la vio con mi hermana. Supongo que está pensando lo mismo que yo, que esta tipa de los ojos rasgados y pelo corto es la amante de Elisabeth.

Mike ha caído redondo, así que le llevan a una de las habitaciones y lo dejan tumbado en una cama durmiendo la mona. La del pelo corto cierra la puerta del cuarto con sigilo, como si el bueno de Mike fuera a encontrar un disturbio. Tranquila, morena, a ese ya no lo despierta ni un huracán. La casa está llena de objetos que seguramente se supone que son artísticos y que yo encuentro sumamente inquietantes y en algunos casos terroríficos.

Las mesas bajas, los sillones que parece que están a medio hacer, las luces vaporosas y ese olor afrutado y dulce que inunda el ambiente resultan extraños.

—¿Puedo hablar a solas contigo, Elisabeth? —le pregunto a mi hermana.

—Sí, claro. Ven conmigo.

Me coge del brazo como si yo fuera una anciana de ochenta años que necesita ayuda para cruzar la calle y entramos a una especie de biblioteca, ya que la mayor parte de los objetos que hay en esta estancia son libros.

Quiero contarle todo pero lo primero que me sale decirle del alma es:

—Lucille me ha jodido bien.

—¿Esa chica con aires de princesa dulce que amarga? Nunca me ha caído bien.

—Bueno, me hizo la cama con Joshua. ¿Lo puedes creer?

—Sí.

—¿Sí?

—Bueno, de hecho era de esperar. Joshua es un hijo de puta, ya sé que

es tu amigo pero es lo que es, y si no hubiera sido por él no tendrías todas las cicatrices que tienes en el cuerpo por meterte donde no te llaman. ¿Y sabes por qué te metías donde no te llamaban? Oh, sí, ahora recuerdo, era él quien te llamaba. Y esa Lucille… Mira, no es por nada, pero esa chica no es trigo limpio. Lo he visto. O sea, es que lo vi en su cara la noche de la inauguración de aquel restaurante, ¿cómo se llamaba? Isla de… Bueno, lo que sea, Isla de Mierda.

—Joder, Elisabeth…

—Mira, Johnny, esa chica iba de guapa por la vida pero olía a kebab.

—¿Qué es un kebab?

—Una mierda turca.

—Es que yo no sabía que Lucille era así… No me lo esperaba…

Creo que estoy a punto de ponerme a llorar.

—Querido hermano, diles a todas esas perras, zorras y lagartas con las que te sueles relacionar que no eres veterinario.

—Yo estaba tan enamorado de ella… ¿Cómo pudo engañarme así?

Me había prometido no hacerlo pero estoy llorando.

—Johnny, vamos, que ya eres un hombre… Deberías haber aprendido un par de cosas ya en la vida…

—Es solo… —sollozo con voz de nena—. Solo que no me lo esperaba…

—Entonces lo que te ha dolido no es el amor, sino la mentira, la traición… ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque el amor no existe… O en todo caso siempre se trata de una cuestión de amor propio.

—¿Cómo puedes decir eso? ¡Yo te quiero! ¿No es eso amor?

—¿Has venido aquí para contarme lo de Lucille con esos dos? ¿O vas a contarme la verdad?

No sé por dónde empezar.

—Lucille está muerta…

—¿Qué?

—Esta muerta, está muerta… Y Joshua también… —susurro.

—Johnny, ¿qué has hecho? —Me coge de los hombros.

—No, no… No he sido yo… La otra noche salimos al Brick a tomar algo y al regresar dejé que el estúpido de Mike cogiera el volante de mi

Cadillac. —Me cuesta respirar—. Iba muy borracho. Íbamos todos en el coche, Joshua, Willy, Laura Atkins, Lucille, Mike y yo. Nos metimos por el desierto y Mike empezó a hacer el tonto corriendo un rally entre los cactus. Chocamos contra algo. —Me estoy empezando a marear y hablo muy deprisa, como queriendo contarlo todo antes de perder el conocimiento—. ¡Te juro que no lo vimos! Era una niña india paiute. Elisabeth, la atropellamos y la dejamos allí. Desde entonces todo se ha ido a la mierda. Joshua apareció muerto y el resto empezamos a desarrollar los síntomas de una maldición que está acabando con todos nosotros. Willy, Laura…

Me mareo.

—¿Johnny?

—¿Elisabeth? ¿Qué ha pasado? —Me siento aturdido y al mismo revitalizado.

—Ha venido una amiga nuestra que trabaja en el hospital. Dijo que tenías serios síntomas de deshidratación. Te ha inyectado suero en vena.

Todavía tengo la vía en el brazo. Estoy tumbado en una cama, presumiblemente en la de mi hermana. Parece su cuarto. Hay un espejo enorme con un marco de madera oscura. Tiene las paredes pintadas de azul y la estancia es muy grande, pero siento que las paredes se me tiran encima y me oprimen el espacio vital como si estuviera dentro de un ataúd. No veo a la china por ninguna parte. Sandra está en la habitación, sentada en una banqueta. Intento reincorporarme para verla mejor a través de la puerta.

—Tranquilo, estás en casa. Sandra me lo ha contado todo mientras dormías.

—¿Qué vamos a hacer? Dice que tú puedes hablar con la niña.

—No es tan fácil, Johnny. Quiero decir que no es como si descolgaras el teléfono y de repente marcaras un número y le pidieras a la operadora que te pusiera con el fantasma de una pequeña paiute.

Me levanto con miedo a recuperar la verticalidad. Necesito recuperar la sensación de control. ¿Qué es ese olor? Salgo de la habitación. El pestazo me es familiar, *eau* de Mike. Viene del cuarto de al lado. Abro la

puerta para echarle un ojo y nada más hacerlo una bofetada de aire pútrido me golpea hasta los tuétanos. El tufillo que desprende es vomitivo.

Me acerco a la cama tapándome la nariz con una mano. Parece que la china le quitó la ropa y lo tapó bajo las sábanas. Supongo que duerme como un bebé al que nadie le ha cambiado los pañales porque aquí huele a cagado. Conforme llego a la altura del dosel me doy cuenta de que la mancha negra le ha invadido toda la cara. ¡Dios! ¿Eso de ahí es Mike?

—¿Mike?

Cojo una punta de la sábana y la deslizo lentamente mientras las manos me tiemblan conforme van descubriendo el panorama. El cuerpo de Mike está totalmente podrido y hordas de gusanos hacen festín. Es asqueroso. Un escalofrío mezcla de asco, repelús, aprensión y horror me recorre el espinazo. Está muerto. Lo está, y soy incapaz de reaccionar. Estoy paralizado de miedo.

Deshacernos del cuerpo ha sido un número, pero creo que librarnos de la peste que ha dejado en la habitación va a ser más difícil todavía. Mi hermana no para de encender unas extrañas varillas de humo que por unos instantes tapan el mal olor.

—¿Adónde llevará el cadáver? —le pregunto a mi hermana.

—Kira tiene sus recursos, no te preocupes —dice sentándose en uno de esos sofás a medio hacer y encendiéndose un cigarrillo extremadamente fino que ella misma se ha liado delante de mí.

Sandra se remueve al otro lado del salón. Desde que hemos llegado no la he visto aproximarse a mi hermana a menos de dos metros de distancia. Es muy violento.

—¿Vivís juntas desde hace mucho Kira y tú?

Creo que he metido un poco la pata preguntando esto delante de Watson, pero ya es demasiado tarde para borrar mis palabras de los renglones del aire.

—Bastante.

Puedo sentir el malestar de Watson en esa esquina en la que está.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —le pregunto.

—Ya te ha dicho Sandra cómo funciona esto, ¿no?

—Algo me ha comentado.

—Ella los ve y entonces yo puedo hablar con ellos. Si ella no los ve yo ni me entero de que andan cerca, ¿entiendes? De hecho descubrí que tenía la capacidad de hablar con ellos estando con ella… —Elisabeth mira a Sandra durante unos segundos.

No acaba la frase. Creo distinguir en Watson un rubor.

—Elisabeth, tienes que hablar con esa niña, tienes que…

—Necesitas descansar, Johnny. No pienses en ello ahora.

—Necesito un sedante… —suplico.

—Tengo entendido que no puedes comer ni beber nada —me corrige mi hermana.

—Esa amiga tuya que me inyectó el suero podría haberme metido en las venas alguna cosa que me calmara los nervios —me quejo.

—Me temo que no vamos a poder abusar más de ella para que te haga favores de ese tipo sin pasar por registro porque hoy era su último día en el hospital. En estos momentos está de vuelta a su hogar natal. Va a casarse.

—Me alegro por ella —digo.

—Yo más bien le di el pésame…

—¿Por qué harías tal cosa?

—Te daría la charla, Johnny, pero me mirarías como si estuviera loca. Pondré algo de música, te ayudará a relajarte.

Mi hermana se levanta y pone algo en el tocadiscos que suena a… Creo que no he oído jamás una música igual en mi vida si es que a eso se le puede llamar música, que más bien diría que son ruidos y que no hay ningún instrumento en el mundo con el que pueda identificarlos. Sin embargo, conforme pasan los minutos, la melodía surte efecto y se mete en mi cabeza como un péndulo hipnótico en el que concentro toda mi atención.

Supongo que mi hermana estaba en lo cierto con lo de que la música me ayudaría a relajarme porque me acabo de despertar, lo cual significa que me he quedado durmiendo. ¿Cuánto tiempo? No lo sé. No creo que

mucho porque Sandra y Elisabeth continúan en el salón. Las estoy oyendo hablar y creo que no debería escuchar lo que estoy escuchando, pero ¿qué opción tengo? Si las interrumpo en este punto de la conversación no sé quién de los tres se va a sentir más violento. Permanezco con los ojos cerrados, acurrucado en el sofá, haciéndome el dormido.

—¿Esperabas que me alegrase de verte después de como me trataste?

—Elisabeth, te di todo lo que te podía dar en aquel momento. Yo no soy como tú…

—¿Lesbiana?

—¡No! No quise decir eso… Claro que me gustan las mujeres, bueno, me gustas tú… Así supongo que eso me hace como tú… Lo que quiero decir es que yo no soy tan valiente… ¡Mi madre se moriría! ¡Mi padre me mataría! ¡Mi hermano me escupiría a la cara! No se puede vivir así…

—Di más bien que tú no puedes vivir así. Además, nadie te lo pide. Yo vine aquí para alejarme de toda la mierda de Apple Valley, de mi familia, ¡de ti! Aquí estoy tranquila, aquí soy alguien, la gente me aprecia, valora mi trabajo. Me siento comprendida y amada. En Apple Valley no soy nadie, solo una leprosa.

—No digas eso, Elisabeth…

—¡Es la verdad!

—Sé que mi presencia aquí te está incomodando…

—Me haces recordar cosas que me hacen daño, no puedo engañarte.

—Entiendo cómo te sientes… Tampoco es fácil para mí. Venir aquí, verte otra vez, darme cuenta de la vida que llevas ahora con Kira…

Hay un silencio. Parece como si Sandra esperara aclaraciones con respecto a Kira, pero Elisabeth no dice nada. Mi hermana calla. Sandra reanuda la conversación.

—En cualquier caso, tú ya sabes cómo funciona esto. Si no estamos juntas y entramos en la misma frecuencia no lograremos coordinar la comunicación con el fantasma de esa niña.

—Sinceramente, Sandra, ahora mismo me siento a miles de millas de distancia de ti, en el punto más contrario a la armonía contigo, y conforme pasan los minutos más molesta me siento ante la idea de tenerte invadiendo mi espacio y más ganas me entran de perderte de

vista cuanto antes.

—Tenemos que intentarlo.

—Supongo que necesito tiempo.

—No sé si el tiempo es un privilegio que podamos permitirnos ahora mismo, Elisabeth…

—Lo sé, ¿te crees que no lo sé?

Vaya, esa última pregunta ha sonado a muletilla familiar. «Lo sé, ¿te crees que no lo sé?» Muy típico de los Jefferson. Me está entrando angustia pero quiero aguantarme para no delatarme. Lo siento, no puedo. Antes de que pueda salir del salón hacia el cuarto de baño me doblo en medio de Elisabeth y Sandra tosiendo arcadas. Siento que me atraganto, que tengo algo en la garganta, como hilos de pescar, enredándose por el esófago, la garganta, la boca… Tengo algo atascado.

—¡Johnny! —grita mi hermana sosteniéndome la frente.

Hurgo con los dedos en el interior de la cavidad bucal y logro atrapar lo que sea que está atascando mi respiración y empiezo a tirar para extraerlo. ¡Es pelo! ¡Pelo humano totalmente mojado! ¡Pelo tan negro como la cabellera de la niña paiute! Dios mío, debo de estar soñando o me he muerto y esto es el infierno.

—¡Dios santo! —grita Sandra con espanto.

Ambas me ayudan a tirar de la madeja de pelo. Estoy a punto de ahogarme. No puedo respirar. Me ahogo.

—¿Qué ha pasado?

Creo que esta escena ya la he vivido antes.

—Has perdido el conocimiento. No me vuelvas a dar un susto de estos, ¿me oyes? —Mi hermana me revuelve los cabellos de la coronilla con las manos mientras trata de disimular la humedad acuosa de sus ojos.

Estoy a solas con Elisabeth en su habitación. Trato de incorporarme en la cama. Me siento como en una de esas novelas decimonónicas en las que una pálida heroína se desmaya con la más mínima brisa. ¡Qué vergüenza! Yo, que he ganado concursos de rodeo y he aguantado encima del toro más que nadie en Apple Valley.

—¿Qué me está pasando, Lizzy?

—No lo sé. —Estalla en lágrimas—. Pensábamos que solo vomitabas cuando ingerías algo. Creí que con el suero ganaríamos siempre…

—La maldición está siguiendo su curso. No me queda mucho, lo sé…

—¡No digas eso, Johnny!

—¡Es la maldita verdad! Escucha, Elisabeth, necesito que arregles lo tuyo con Sandra… Tienes que hablar con la paiute. Sé que si hablas con ella a ti te escuchará. Hasta el mismísimo Diablo te daría audiencia si se la pidieras. Esa chica de ahí fuera está enamorada de ti como una imbécil. Dale una tregua, ¿no?

—¿Y tú qué sabes?

—Leí una carta, sé lo vuestro… —Ahora mismo me siento como si acabara de decir algo indecible.

—No sabes nada, Johnny… He pasado un infierno para poder olvidarla, y cuando por fin lo consigo aparece aquí como si nada. Y de repente todo vuelve a arder, toda la rabia, toda la angustia… Hazme caso, la próxima vez que sientas las mariposas del amor haciendo cosquillas en tu estómago, asegúrate de tener un insecticida a mano. Es lo mejor.

—¿Y esa chica? ¿Kira?

—En realidad no se llama Kira, pero tiene un nombre tan impronunciable que merece la pena olvidarlo… Un momento. —Me mira de hito en hito—. ¿Crees que Kira y yo…? ¡Venga ya! ¡Ni siquiera es lesbiana!

Me siento con información privilegiada. ¿Por qué pensé que Kira era lesbiana? Supongo que porque tiene el pelo más corto que yo. Me imagino el descanso que sentiría Sandra si supiera que la oriental no es la dueña de las bragas de mi hermana, pero yo no debería estar preocupado por esto, debería estar pensando en cómo salir de esta… Y sin embargo el desasosiego de los demás es lo único que me entretiene y me hace olvidarme de mi propio malestar. Me apetece escuchar «I'm so Lonesome I Could Cry», de Hank Williams. No sé, me ha entrado el antojo, así de repente. ¡Qué mal síntoma!

—Necesito tomar el aire. Vamos a algún sitio, Lizzy.

—¿Crees que es lo más prudente? Oh, sí, claro, vamos por ahí y ponte a escupir bolas de pelo como un gato, en mitad de todo San Francisco.

—Liz, solo un paseo…

—Está bien, vamos.

¡Bien! Salgo del cuarto como un niño que va a la feria. Sandra debe de estar durmiendo en la habitación. Lo que no sé es dónde está la china. Desde que se fue a deshacerse del cadáver de Mike no la he vuelto a ver. Bueno, si mi hermana no está preocupada supongo que yo tampoco debería estarlo.

¡Qué amigas más siniestras tiene! Te presentas con un cadáver y lo esconden bajo la alfombra sin despeinarse. Siento que la noche se mete bajo mi piel y por primera vez en mucho tiempo tengo una sensación refrescante tonificándome los ánimos. Necesitaba esto, caminar, pasear, sentir que puedo desplazarme con autonomía de un lugar a otro, fuera de esa cárcel de carrocería negra en la que se ha convertido mi Cadillac. Pensándolo bien, creo que mi coche fue lo que llaman el arma del delito. No sé, Lucille era la que quería ser detective, siempre con esas cosas, pero estaba pirada. Supongo que cuando una mujer como ella quiere ser algo que sirve para atrapar al asesino o descubrir una infidelidad, en realidad lo que está haciendo es estudiar formas de no ser descubierta. Igual que los psiquiatras, que están todos mal de la cabeza, creo yo.

—¿Cuántas estrellas crees que habrá en el cielo? —pregunto.

Realmente me gustaría saberlo.

—¿Por qué preguntas cosas que no se pueden saber?

—No he preguntado cuántas hay, sino cuántas crees que hay.

—Tantas como deseos.

—¿Te conceden los deseos?

—Por supuesto, son estrellas, su trabajo es conceder deseos —bromea.

—Entonces ¿por qué no somos todos felices?

—Porque la gente no pide sus deseos. A ver, ¿tú le has pedido un deseo alguna vez a una estrella?

Me quedo pensando. La verdad es que no recuerdo haberle pedido a una estrella ningún deseo jamás en mi vida.

—No.

—¿Ves? Por eso.

—Vamos a pedir deseos entonces. ¿Qué quieres tú, Elisabeth? ¿Dinero?

—No, ya tengo bastante dinero. No es algo que dé la felicidad, créeme.

—Por todos los santos, Lizzy, si el dinero no te da la felicidad es que no lo estás gastando bien. ¡Déjame ayudarte con eso!

—Lo pensaré. —Ríe—. ¿Cuál es tu deseo?

—Volver atrás en el tiempo.

—¿A la noche del accidente?

—Todavía más atrás, hasta el día en que tuve la equivocada idea de dejarme seducir por Lucille. No es por calentar la sopa, pero… Fue un error.

—¿Aprendiste algo de todo ello?

—Supongo que sí…

—Entonces fue un acierto.

—Lo mismo podría decirte yo de Sandra… —me atrevo a decir.

Mi hermana tuerce el gesto y me devuelve un desprecio sombrío.

—Sí, bueno, yo también aprendí algo… No volver a confiar en las mujeres como ella.

Esto no va a ser fácil. Sea lo que sea lo que hacen estas dos con el asuntillo de hablar con los muertos parece que solo funcionaba cuando estaban enamoradas, y ya no es que mi hermana no sienta lo mismo por Watson, sino que encima es que creo que no la aguanta, y mientras tanto yo echando las tripas por la boca. Nada más pensarlo me sube una arcada. Tengo que parar un segundo y apoyarme en una esquina.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que se me pasa.

—Deberíamos volver.

—Está bien —me rindo.

Tal vez sea impresión mía, pero cuando vas hacia algún sitio siempre es mejor que cuando regresas. La vuelta pierde toda la emoción, claro que Ulises no estaría de acuerdo conmigo, pero ¿en cuántas cosas no estoy yo de acuerdo con Homero y no le digo nada? Vaya, algo me ha mojado la cara. Miro hacia arriba pero apenas puedo mantener los ojos abiertos porque decenas de minúsculas y afiladas gotitas están cayendo sin parar.

—¿Está lloviendo? —pregunto cuando es obvio que sí lo está.

—Lluvia de verano.

A medida que vamos avanzando la llovizna se va convirtiendo en tormenta y los primeros truenos llegan rugiendo con la misma voz que ese tipo del bar que hay frente a la casa de mi hermana.

—¿Cómo se llama el gorila del bar? ¿Es amigo tuyo?

—¿Te refieres a Tom?

—Me refiero al tipo de los pelos largos.

—Sí, es amigo mío. Le gusta mucho la fotografía. Tiene una colección muy interesante.

—¿Es eso cierto? Quiero verlas.

Estamos llegando a casa.

—¿Seguro? Bueno, si te encuentras mejor entramos. Venga.

—Vale.

Con tal de no volver a encerrarme en casa soy capaz de tragarme un concierto de ópera. El aspecto del bar por la noche es mucho más excitante, con esas luces. La clientela es variopinta, no sé cómo explicarlo… Solo sé que en Apple Valley nadie saldría a la calle con las ropas y los peinados que lleva esta gente. Me los quedo mirando un buen rato y después miro a mi hermana. Sí, creo que Lizzy pertenece a esta tribu y que aquí el único que desentona soy yo.

Nos sentamos a la barra y Liz le pide a Tom que me muestre algunas fotos, algo a lo que el tipo de las greñas accede muy ufano, como si fuera a enseñarme un millón de dólares. Conforme me van enseñando las imágenes no puedo dejar de preguntarme qué diablos hago en este maldito bar, en mitad de San Francisco, pasando los últimos momentos de mi vida mirando unas fotos que no me interesan. Cada vez tengo más claro que voy a estirar la pata, y por mucho que trato de pensar en cómo quiero vivir los últimos instantes de mi vida no se me ocurre otra cosa mejor. Creo que lo llaman perder la ilusión.

—Esta foto es buenísima, ¿verdad, Johnny?

—Oh, sí, impresionante —asiento sin tener ni idea.

Exactamente no sé a lo que se refiere mi hermana cuando dice que la foto es buena. Quiero decir que aprecio el arte como el que más, pero por encima de la experiencia estética, del «sí me gusta» o «no me gusta», soy incapaz de valorar nada más. No conozco las técnicas, ni sé si algo es

original o no, ni capto el mensaje que otros interpretan.

—¿Qué te parece esta? —me pregunta.

Vaya, no sé qué decir. Será mejor salir por la tangente.

—¿Quién es esa chica? —me intereso señalando con la mirada a una de las camareras—. Me gusta.

—¿Quieres que te la presente? —se ofrece Tom.

—No, prefiero que me siga gustando.

El de las greñas se me queda mirando unos instantes decidiendo en qué sentido debe entender mis palabras.

—¿Seguro que no quieres tomar nada? —me pregunta mientras le sirve otro martini a mi hermana.

—Mi hermano está bien así…

—Ya sé que es el pequeño pero ya tiene edad para echar unos tragos. Ahora que también puedo servirle una soda, que es lo que les damos a los niños guapos… —me dice guiñándome un ojo.

Creo que es la primera vez que otro hombre me guiña un ojo. ¿Son imaginaciones mías o el tipo se me está insinuando? Bueno, tal vez solo esté de broma. Sea lo que sea me ha puesto muy nervioso.

—Elisabeth, me estoy empezando a sentir mareado —le susurro al oído.

—Vamos a casa.

Mi hermana deja unos dólares sobre la barra y salimos de allí con la mirada de Tom clavándose en mi espalda. Lo sé, puedo sentirlo. Ahí está la extraordinaria puerta roja otra vez, con el mismo encanto a la luz de la noche que a la luz del día. Si alguna vez tengo una casa quiero que tenga una puerta como esta.

Cuando llegamos arriba Sandra tiene el pelo húmedo y lleva una camiseta pegada al cuerpo debajo de la cual se adivinan unos pezones que deben de ser deliciosos. La afortunada de mi hermana debe de haberlos visto y besado mil veces. Solo eso, una camiseta y unos pantaloncitos cortos. Sé que estoy más muerto que vivo pero hay visiones que te resucitan.

—Estáis aquí. —Se ruboriza—. Perdona, Elisabeth, te he cogido un

pijama. Necesitaba una ducha… Lo siento.

Si mi hermana no reacciona con esto es que es de piedra. Me la ha puesto dura hasta a mí. Acabo de decidir cómo quiero pasar los últimos momentos de mi vida. Total, si voy a morirme y Elisabeth no quiere nada con ella, creo que lo mejor es aprovechar ese cuerpo.

—Tú también necesitas una ducha, Johnny —dice mi hermana—. No quería decírtelo pero hueles a tigre.

—Se dice oler a hombre, Lizzy —puntualizo—. Está bien, me voy al agua. ¿Tienes algo de ropa por ahí?

—La ropa de Kira te irá bien. Busca algo que te apañe en el vestidor.

¿Pretende que me ponga ropa de tía? ¡Dónde se ha visto! En fin, entro al cuarto de la oriental pensando en los valores que están entrando en decadencia y registro el armario de la ropa. Hay más camisas de cuadros en el vestidor de Kira que en un rodeo. ¡Qué country! Bueno, no ha sido tan mala idea. En fin, debe de haber algo cómodo por aquí con lo que pueda marcar los pezones, como Sandra. Se me escapa una risa diabólica.

—¿De qué te ríes? —dice mi hermana desde el salón.

Las paredes son de papel.

—De nada, Lizzy, que me acabo de acordar de un chiste —le grito.

Cojo un par de hatos y me voy directo al cuarto de baño. Todavía hay vaho en el espejo y un poco de cálida humedad regando el ambiente. Huele bien, seguro que se ha echado colonia. ¡Ábrete, grifo! Dios, esto es vida, cómo no se me había ocurrido antes meterme bajo el chorro.

¿He dicho ya que las paredes son de papel? En cuanto he abierto el grifo esas dos se han puesto a ronronear como gatas. Esto no me lo pierdo. Dejo el agua cayendo y entreabro la puerta un poco. ¿Esto es espiar? Bueno, no creo que esté haciendo algo malo.

—¿Cuándo empezamos? —pregunta Sandra.

Sandra se acerca a mi hermana con esos pezones bajo la camiseta. A eso lo llamo yo ir con las luces puestas.

—¿A qué? —pregunta mi hermana.

¿Se está haciendo la tonta o qué? Hasta yo he podido adivinar por el tono de su voz a qué se está refiriendo.

—Tenemos que intentar contactar con esa niña —susurra tomando de la mano a mi hermana.

Mi hermana da un paso hacia atrás pero Watson la acecha y avanza.

—¿Te crees que puedes engañarme después de aquel verano?

Sandra no le suelta la mano. Mi hermana camina de espaldas hacia atrás como los cangrejos mientras Watson la sigue. Ay, Liz, que estás a punto de tropezarte contra el sofá y eso es lo que ella quiere, como si lo estuviera viendo.

—Aquel verano no existe, fue una farsa.

—Esa no es la actitud… Y si fue una farsa o no… No voy a discutirlo contigo, lo que importa es que estoy aquí ahora y tengo un problema muy grave…

Elisabeth, si no te la tiras dejo de ser tu hermano. Watson se lleva la mano de Elisabeth al interior de sus bragas y le dice con voz rota y susurrante:

—Tenemos un problema muy grande…

Watson roza su mejilla contra la cara de mi hermana.

—Haz algo, por favor… —le suplica.

¡Haz algo, Elisabeth, por Dios! Mi hermana flaquea y Watson logra su objetivo porque se le doblan las rodillas y logra tener a Liz donde quería: en el sofá. Muy lista. Sandra echa los brazos de mi hermana hacia arriba y los atrapa con la mano izquierda mientras se rebusca a sí misma los bajos con la derecha impregnándose los dedos con sus propios lodos, como si los estuviera cosechando. Con ese tesoro en los dedos busca el sexo de mi hermana y lo unta como a un sirope caliente en un pastel sediento de chocolate.

No sé si debería seguir mirando porque creo que estoy llegando a uno de esos momentos en la vida en que acaricias sexualmente la pared mientras disimulas buscando el interruptor de la luz. No me extraña que mi hermana lo pasara mal cuando perdió a Sandra. Una mujer así puede volver loco a cualquiera. Cierro la puerta… Ahora sí que necesito una ducha… Fría. A pesar del ruido del agua cayendo a chorro, los gemidos llegan hasta mis oídos. O eso, o mi calenturienta imaginación tiene alucinaciones sonoras, que todo puede ser.

Un poco más y me arrugo como una pasa, pero ¿quién se atreve a cerrar

el grifo de la ducha de repente? Quiero decir, estas dos podrían alertarse ahí fuera y yo no quiero cortarles el rollo a unas señoritas de cuya avenencia depende mi última oportunidad para ser perdonado y liberado de la maldición, pero al final llega un momento en el que tienes que salir de la ducha. Eso hago. Cojo una toalla y salgo dispuesto a enfrentarme al espejo, que debe de estar temblando ante la idea de reflejar mi aspecto.

El vaho no me deja ver nada. Mejor, así no tendré que verme con barba incipiente y el rostro enjuto de alguien que no ha probado bocado en dos días. Necesito un afeitado pero no encuentro cuchillas por ninguna parte. Está bien, desempañemos el cristal y demos lugar a la triste verdad. Es lo que me dispongo a hacer pero ahora mismo creo que me he desmayado mientras me duchaba y estoy soñando, porque creo que lo que estoy viendo en el espejo es imposible. Unos dedos invisibles están escribiendo unas letras: «J-O-S-H-U-A».

De inmediato me sacude un calambre como un látigo que me enerva el espinazo. Siento escalofríos y sudores al mismo tiempo, no sé si tengo frío o calor y mis extremidades empiezan a bailar una danza de temblores incontrolables. Mis intestinos dejan escapar unos gases sulfurosos. Empiezo a reconocer la sensación de ahogo que tengo en la garganta y me afano en intentar atrapar con los dedos la miseria que está dificultando mi respiración. El amasijo de pelo que empiezo a estirar me resulta asquerosamente familiar y esta vez viene acompañado de arena del desierto, del mismo color que la tierra sobre la que yacía el cuerpo de la niña paiute la noche que la atropellamos. La maraña de pelos que estoy vomitando, tosiendo y arrancándome no tiene fin, y mis nervios solo contribuyen a acelerar mi respiración hasta el punto de provocarme un ataque de ansiedad. Mi corazón parece un tambor aporreado por una banda de histéricos y mi mente no deja de imaginar escenas en las que me encuentran muerto y la gente murmura sobre las circunstancias de mi óbito. Desde luego no era esta la muerte que esperaba para mí, llenando el suelo de babas peludas y arena. Solo, estoy solo, aislado entre las cuatro paredes de este cuarto de baño ataúd. Únicamente una puerta me separa de mi hermana. Grito mudamente su nombre, dentro de mi cabeza, pero sé que es inútil. No puede oírme, nadie puede salvarme. Estoy muerto.

Siento los labios de mi hermana depositados en mi boca. Me he muerto y la muerte es un sueño perverso en el que Liz y yo nos besamos. No me gusta este sueño, aunque encuentro interesante la idea de estar besando unos labios que han estado en contacto con los de Sandra. Sustituyamos a mi hermana por Watson ya que estamos en mi sueño eterno. Abracadabra te cambio por Sandra. No, pues no funciona. Abracadabra te cambio por Sandra. Sigue sin funcionar, es Elisabeth la que está… Soplando en mi boca e insuflando vida a mis pulmones. Logro reaccionar tras toser violentamente.

—Gracias a Dios —oigo la voz de Sandra.

Todavía estoy en el cuarto de baño, rodeado de azulejos, amenazado por la vista de esa cortina horrible y agobiado por la idea de estar volviendo a la vida otra vez y, por lo tanto, siendo susceptible de volver a sufrir la agonía de tirar el alma por la boca. Mi corazón se desordena como una brújula loca al volver a recordar las letras sobre el espejo. Trato de levantarme para convencerme de que todo ha sido un delirio, fruto de mi precario estado físico y de los síntomas de esta maldición que está friéndome los sesos.

Me apoyo en mi hermana y me levanto. Últimamente esto de resucitar de entre las garras de la muerte y volver a ponerme de pie se está convirtiendo en una costumbre. Tengo que cambiar de hábitos. J-O-S-H-U-A. ¡Mierda! Las letras siguen ahí. ¡Un momento! Tal vez solo las veo yo. Me giro hacia las chicas y les pregunto con la mirada.

—¿Lo has escrito tú? —me pregunta Sandra.

—¡No! Se han escrito solas en el espejo. —Las palabras se aturullan en mi garganta—. Ha estado aquí, ¿verdad? ¡Joshua! ¡Ha sido él!

—Tranquilo, Johnny, tranquilo.

Mi hermana me da un masaje en los hombros alrededor del cuello.

—Vamos al salón —dice Sandra.

—Sí —dice mi hermana—. Ven. —Me toma de la mano mientras salimos del cuarto de baño—. Siéntate —me indica invitándome a sentarme junto a ella en el mismo sofá donde hace un rato se estaba rindiendo a los encantos de Sandra.

Imaginarme la escena de hace unos instantes me hace preguntarme por qué mi hermana ha caído tan fácilmente en las redes de Watson si tan indignada estaba con ella. Obviamente, si Sandra y Lucille hicieran una carrera, la única que lograría coronar el podio de la puta del cuento sería Lucille. Se ganó todas las medallas: mentirosa, manipuladora, infiel, tarada, zorra, traidora… ¿Qué es lo que hizo Watson? Probablemente cagarse de miedo ante la idea de que la tirasen al río por ser lesbiana, cosa que no me extraña conociendo al cavernícola de su hermano y a sus devotos y píos padres, que no faltan a un solo oficio en la iglesia. Claro que, sabiendo cómo es mi hermana, mearse en los pantalones de miedo puede ser una afrenta mortal porque Liz desprecia a los cobardes. Lo sé porque así me lo explicó una vez en una de las escasas cartas que nos cruzamos desde que se vino a vivir a San Francisco. Me dijo que despreciaba a los cobardes porque paralizaban el mundo y obstaculizaban el progreso de las ideas, porque con esa actitud de no tener malas palabras tampoco tenían buenas acciones, eran incongruentes, trataban de quedar bien siempre con todo el mundo, se arrodillaban en la iglesia y despreciaban a la salida al mendigo. Así que supongo que Sandra no dio la cara y aquello fue como si un negro se pusiera una capucha del Ku Klux Klan y quemara a un hermano de su propia raza, y la que ardió en la cruz fue mi hermana.

Por cierto, ¿dónde está la china?

—¿Y Kira? —pregunto.

Mi hermana parece sorprendida por la pregunta y Sandra simplemente parece molesta.

—Se ha ido de la ciudad unos días para asegurarse una coartada. Deshacerse de un cadáver no es algo que haces a diario y bastante ha hecho con ayudarnos con eso.

—¿Y ahora qué?

—¿A qué te refieres, Johnny?

—¿A qué va a ser, Liz? A lo del espejo, ¿qué está pasando? ¿Qué pasa con Joshua? ¿Qué quiere ese canalla?

—La verdad es que Joshua es la excepción en todo este asunto —dice Sandra.

—¿Qué quieres decir? —le pregunta mi hermana.

—Bueno, todos los demás parecen haber muerto perseguidos por maldiciones particulares que fueron torturando los últimos instantes de sus vidas con castigos físicos que desembocaron en la muerte. Willy fue encogiendo, Laura fue perdiendo la vista, Lucille fue descamándose, Mike fue pudriéndose y tu hermano Johnny, bueno…

—Puedes decirlo, Sandra, yo estoy cagando por la boca…

—Lo que quiero decir es que Joshua apareció muerto, aparentemente asesinado. ¿No es un poco raro?

—Todos fueron maldecidos menos él, que fue asesinado. Fue el primero en morir, no tuvo plazo ni oportunidad de redención… ¿Por qué?

—No sé… —vacilo tratando de encontrar una respuesta.

—El que conducía el coche era Mike. ¿No debería haberse ensañado con él lo que quiera que sea que ha provocado todo esto? —pregunta Sandra.

—Tal vez lo mató uno de nosotros, como insinuó el sheriff.

—Puede ser… Y también os digo que de no haberse ido al otro barrio antes de tiempo me habría gustado comprarle un billete de ida a la mierda. No sé qué vio Lucille en él, con lo feo que era, que el diablo lo tenga en su gloria.

—¿Qué hacemos? —pregunta Elisabeth.

—¿Qué tal si intentas contactar con el malnacido de Joshua? —propongo.

—Ya te he dicho que esto no funciona así, Johnny, no es como marcar un número de teléfono… —dice mi hermana.

—Bueno… Tampoco lo hemos intentado en circunstancias extremas… ¿Por qué no hacemos una sesión de espiritismo? —Sandra mira a Liz.

—¿Qué dices? Nosotras dos nunca hemos hecho tal cosa. No sabríamos ni por dónde empezar.

—Pero entonces ¿cómo contactáis con ellos?

—Bueno… Cuando Sandra y yo… Bueno… Cuando estábamos más unidas parece que nuestras energías vibraban con la frecuencia apropiada y nos convertíamos en una especie de radio transistor capaz de descodificar el Más Allá. Watson los ve, y cuando esto sucede me coge de la mano y entonces yo puedo oírlos. Pero sucede sin más, ellos,

quienesquiera que sean, se presentan cuando quieren sin ser llamados…

—Maldita sea, Elisabeth, ¿y no podéis probar a llamarlos?

—Supongo que sí… —Mira a Sandra—. Podemos intentarlo.

Realmente si esto no funciona no va a ser por falta de atrezo. Me siento en el escenario de una novela gótica, rodeado de una tenebrosa oscuridad en la que únicamente parpadean las luces nerviosas que tiemblan en las llamas de las velas. Ahora que nos hemos sentado alrededor de esta mesa redonda casi estoy a punto de creer en las hermanas Fox de Nueva York, incluso después de que confesaran que todo fue una farsa. ¿Quién me contó esa historia? Bueno, ahora mismo no creo que me queden muchas neuronas, y si me queda alguna estará más seca que una piedra en mitad del desierto.

Sandra y Elisabeth se toman de las manos y tratan de tomar las mías para cerrar un círculo alrededor de la mesa.

—¿Por qué tengo que poner las manos yo también?

Empiezo a pensar que esto no es una buena idea.

—A ver si lo entiendo, Johnny, estás de mierda hasta arriba en esta historia y ¿ahora pretendes lavarte las manos? ¡Estamos haciendo esto por ti! ¡No seas tibio!

—Está bien, perdona, es que es la primera vez que me veo en estas… Vosotras por lo menos estáis acostumbradas a verlos o a oírlos…

—Bueno, te aseguro que es algo a lo que no te acostumbras nunca… —dice Sandra con tono lúgubre.

—Pues mira, muchas gracias por la información, ahora me siento más tranquilo —ironizo.

Nos tomamos de las manos.

—Concentrémonos en la idea de contactar con Joshua… Él debe de haber escrito esas palabras en el espejo… Tal vez tenga algo que decir y desde luego es lo que nos pilla más a mano… Podría ayudarnos… —dice Sandra.

Lo que tú digas, muñeca, pero a ti lo que te pasa es que no quieres volver a verle el careto a la paiute, que me acuerdo perfectamente de cómo te pusiste la última vez que aseguraste verla en el asiento trasero

del coche, junto a ti, y me acuerdo también de lo pálida que te quedaste. No te culpo.

Mi hermana pronuncia unas palabras ininteligibles, creo que hasta la misma Watson se sorprende al oírlas. Después entra Sandra.

—Joshua. Sabemos que has estado aquí esta tarde. Dinos qué quieres. ¡Manifiéstate!

Casi me da algo cuando la oigo ordenarle que se manifieste. No sé si son los nervios o qué, pero me aguanto una risa histérica que apenas brota se muere dentro de mí. Mi hermana sigue rezando ahora la sarta de palabrillas en Dios sabe qué idioma mientras Sandra sigue exhortando, cada vez con más fuerza, la presencia del espíritu de Joshua. Supongo que todos llegamos a uno de esos momentos en la vida en los que te dices a ti mismo: «¿Quién me mandaría a mí?».

De repente ocurre una de esas cosas que uno nunca ha visto antes, cuando todas las velas de la mesa se levantan flotando sobre la superficie y empiezan a inclinarse derramando su cera sobre la mesa, consumiéndose como un fósforo de vida breve.

—¡Ahí está! —grita Sandra.

—¿Joshua? —pregunta mi hermana.

Por la cara de espanto que viste Sandra sé que no se trata de Joshua, a pesar de que las velas están derramando la cera para escribir las letras que componen su nombre: J-O-S-H-U-A. No, no se trata de Joshua. El rostro de Watson, perdido en el centro de la mesa de los cirios voladores, me resulta demasiado familiar. Es el rostro del miedo. Sé que está viéndola a ella, ¡a la paiute!

—¡Liz! ¡Está muy enfadada! —Sandra intenta aguantar el tipo con la mirada.

—La oigo, ¡la estoy empezando a oír! Está diciendo el nombre de Joshua —dice mi hermana—. ¿Qué quieres decirnos? ¿Por qué señalas a Joshua?

Se dirige al centro de la mesa, mirando hacia donde mira Sandra.

Yo miro al centro también, en medio del círculo formado por las velas que siguen flotando y derramando su cera, perfilando unas letras cada vez más gruesas: J-O-S-H-U-A. Me está entrando un no sé qué. ¿Será miedo?

—¿Qué dice? —me atrevo a preguntar.

—Dice que Joshua estuvo allí aquella noche… Dice… Dice que… Dice… ¡Oh, Dios mío! ¡Qué horror!

Las velas se apagan de repente, consumidas y a la vez sopladas por un hálito gélido que recorre la estancia de súbito provocándonos un respingo en la nuca. Caen los restos sobre la mesa, donde la cera vertida que ha formado las letras J-O-S-H-U-A se ha solidificado.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡He dejado de verla! —dice Sandra.

—Pero ¿qué ha pasado? —me impaciento.

Watson y yo miramos a Elisabeth.

—Necesito un trago —dice mi hermana levantándose y sirviéndose una copa de brandy. Parece que le tiembla el pulso cuando vierte el licor.

Se sienta en un sillón granate de grandes orejas.

—¿Tienes un cigarrillo? —me pregunta Sandra.

—Sí, claro —le contesto ofreciéndole el pitillo y encendiéndole una cerilla.

Elisabeth pega un par de tragos, Sandra un par de caladas. ¡Joder! ¡Yo no puedo echarle ningún vicio al cuerpo para estirarme los nervios! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¿Es que nadie va a sacarme de dudas? ¡Estoy en ascuas y me muero por ese cigarrillo que tiene Sandra entre los labios y por esa copa que tiene mi hermana entre las manos! Necesito algo y no sé qué. ¡Salir corriendo! ¡Gritar! ¡Algo!

—¡Elisabeth! ¡Habla de una vez! —le suplico.

—Tu amigo Joshua era un miserable.

—¡Eso ya lo sabíamos! ¡Y Lucille una puta! ¿Hemos montado todo este circo para que la paiute venga a decirnos algo que ya sabíamos? ¿Que Joshua era un bastardo y que estuvo allí aquella noche? ¡Hombre, pues gracias! —Me giro mirando hacia todos los lados buscando un interlocutor invisible—. ¡Muchas gracias, pequeña, por la información! ¡Y ya de paso te doy las gracias por haberle dado su castigo por ser tan cabrón, pero no tendrías que haberte tomado tantas molestias! ¡Si me apuras habría preferido que me dieras a mí una muerte rápida que hubiera acabado con todo este sufrimiento desde el principio en lugar de estar torturándome así!

—Es muy duro… —dice mi hermana.

Me giro hacia ella.

—¿De qué estás hablando?

—Creo que conviene empezar desde el principio. Aquella noche la niña regresaba de recoger unas trampas, de vuelta al poblado. Joshua estaba allí, antes de que vosotros fuerais con él en el Cadillac mientras Mike conducía borracho. Johnny… —Hace una pausa—. Tu amigo Joshua violó a la pequeña… Por eso estaba sola, perdida y desorientada en mitad del desierto en plena noche…

—Así que a eso se dedicaba… —digo.

—¿Cómo? —dice Sandra.

—Joshua, a eso se dedicaba… Solía desaparecer de vez en cuando… Como la noche en la que atropellamos a la niña… Ninguno de nosotros le vio durante un buen rato pero no era la primera vez que le perdíamos de vista, así que no era raro… Incluso el día de su desaparición, antes de que nos dijeran que había aparecido su cadáver, pensábamos que estaba por ahí… Le gustaba perderse… Me habría gustado estrangularle con mis propias manos… ¡Miserable!

—Sí, pero… Todavía hay algo que no entiendo… —dice Sandra después de exhalar una ráfaga de humo y sostener el cigarrillo con el arte de una auténtica dama californiana—. Esa niña está enfadada y rabiosa, no puede descansar en paz. Está claro que necesitaba revelar todo el mal que le hizo Joshua, pero… ¿por qué descargar una terrible maldición sobre todos y cada uno de los que ibais en el coche aquella noche? Hay algo más…

—Voy a llamar a mi compañero Donald Lewis. Trabaja en la universidad y siempre ha estado muy interesado en los temas indígenas —dice mi hermana.

—Es muy tarde para llamar a estas horas —dice Sandra.

—Tienes razón. —Mi hermana mira el reloj de su muñeca—. Mañana a primera hora iremos a la universidad. Solo faltan unas horas para que amanezca. Tratemos de dormir aunque sea un par de horas.

Dicho y hecho, solo que yo sé que no voy a pegar ojo y que ellas dos tampoco, aunque por motivos bien distintos. Ellas han tenido el cigarro, la copa y el sexo, y ahora van a seguir teniendo más sexo. Pero bueno,

¿quién dice que yo no pueda tenerlo? Solo necesito fijar una imagen en mi mente. ¿Lucille? No, la mera idea de pensar en ella ahora mismo me produce asco. Esa chica que aparecía en el número inaugural de la revista *Playboy,* ¿cómo se llamaba? ¡Marilyn Monroe! Es difícil recordar un nombre tan extraño cuando en mi mente no deja de ser la Cherry de *Bus Stop* que Bo se quería llevar a Montana. Me pregunto si la imagen que tiene la gente de los vaqueros y los chicos como nosotros de Apple Valley es la de Bo, al que le dicen con veintiún años que ya es hora de que se busque a una chica y se queda preguntando qué es eso con cara de panoli y va comportándose por ahí como si hubiera sido criado por un par de osos en una cueva. ¡No somos así!

Me despierto con un respingo al descubrir un bulto a mi lado. Es mi hermana.

—¿Qué haces aquí?

—Me vine a media noche a tu cama por si te daba por ponerte a escupir bolas de pelo como un vulgar gato callejero —me bosteza en la cara.

—Tú sí que estás hecha una gata, ¿o te crees que no me he dado cuenta de que andas ronroneando con Sandra? Y yo que pensaba que ibas de dura… Venga, en serio, ¿qué te hizo?

—¿Amarme?

—Venga, va. ¿Por eso estabas tan enfadada con ella?

—Si no me hubiera querido todo habría sido más fácil, Johnny, pero Sandra hizo sentirme la persona más amada del mundo y… No fue fácil asumir que se había acabado.

—¿Por qué se acabó si tanto te amaba?

—Bueno, Watson es de otra raza…

—No, Elisabeth, la que es de otra raza eres tú. Eres de un mundo que todavía no existe pero que sé que acabará existiendo. Eres un ángel al que no dejan de rasgarle las alas porque vives en un sitio donde nadie sabe volar y todo el mundo quiere retenerte en el suelo. No quiero que esa chica te rompa el corazón dos veces, Elisabeth. Vuela bien alto y no bajes jamás. La que quiera seguirte que se busque unas alas, pero tú no

empieces a perder altura o te acabarás estrellando contra el asfalto. Y créeme, aquí abajo no hay nada para ti.

Mi hermana derrama unas lágrimas. ¿Qué he dicho?

—¿Qué te pasa, Liz?

—Nada… Es lo más precioso que me han dicho nunca… Esto de las alas es genético, por eso eres mi hermano. No sé qué haría si te perdiera. Te he echado mucho de menos todo este tiempo y no me había dado cuenta de cuánto hasta ahora. No perdamos más el tiempo. Voy a llamar a Donald.

Mi hermana se levanta y sale de la habitación. Yo me quedo mirando al techo, con el ánimo colgando de la lámpara. Tengo un mal presentimiento, como cuando te despiertas amargado por un mal sueño. El olor a café recién hecho me tienta a los pocos minutos sin que pueda caer en la tentación. De hecho, lo que al principio me huele a gloria me acaba provocando náuseas. No puedo con los olores. Parezco una embarazada.

—Te he echado de menos.

Es lo que oigo decirle a Sandra en la cocina. Me la estoy imaginando, acercándose a mi hermana por detrás mientras sirve unas tazas de café y pasándole la mano por el culo con una ráfaga de lujuria en la palma. Hacen buena pareja, pero como Watson vuelva a hacerle daño a mi hermana le parto la cara y se la hago tragar a cachos.

En tan solo unos minutos Elisabeth se ha bebido dos tazas de café y ha mirado el reloj unas diez veces. Se da una ducha rápida y sale por la puerta sin secarse apenas el pelo.

—Me voy a ver a Donald.

—Voy contigo —dice Sandra.

—No, tú quédate con mi hermano. No quiero dejarle solo —le pide Elisabeth—. Volveré pronto. Si hay alguien que puede saber algo de maldiciones indígenas, si es que hay algo parecido, es Donald.

Desaparece escaleras abajo mientras Sandra y yo permanecemos todavía un rato en la puerta. Supongo que solo nos queda esperar. Qué palabra más espantosa, «esperar». Pero ¿qué espero yo? Soy un hombre que ya no tiene miedo a lo que pueda venir mañana porque el ayer ya me lo trajo.

Me dejo caer en un sofá con el ánimo roto. Sandra se sienta frente a mí sosteniendo una taza de café humeante entre las manos.

—¿Cómo crees que acabaremos el año, Sandra? —Watson no sabe qué decir. Parece que intenta pensarlo mientras da un sorbo tímido a su café —. Quiero decir, ¿cómo te lo imaginas? ¿Puedo imaginarme yo vivo el año que viene en Acción de Gracias? —Guardo unos segundos de silencio antes de dejarla reaccionar—. Estaríamos sentados a la mesa y Elisabeth y tú me habríais invitado a comer con vosotras. Me invitaríais a trinchar el pavo, tú me servirías una copa de vino y mi hermana te pasaría la mano por la cintura para dibujar un beso en tus labios con los pinceles de una de las mejores artistas de San Francisco.

—¿Te estás burlando de mí?

—¿Lo dices por la metáfora de pintar en tus labios un beso con los pinceles del…? ¿Amor? No tiene mérito, es que quiero ser escritor.

—¿Bromeas?

—¿Qué pasa? ¿Acaso mi hermana puede ser artista y yo no puedo ser escritor?

A ver si va a resultar que mi hermana puede ser artista porque es lesbiana y yo no puedo ser escritor porque no soy maricón como Oscar Wilde.

—Claro que puedes ser escritor, es solo que…

—¿Qué?

—Que nunca habría pensado que tú…

—¿Que yo qué?

—Nos conocemos poco, Johnny. Yo te conozco poco a ti y tú me conoces poco a mí.

—Bueno, eso estamos haciendo ahora mismo, conocernos. Ya sabes un poco más de mí, que quiero ser escritor.

—¿Has escrito algo ya?

—No, pero lo tengo todo en la cabeza. —Le hago un gesto con el dedo apuntando a mi sien.

—¿Y a qué esperas para escribirlo?

—A tener una máquina de escribir.

—Solo necesitas bolígrafo y papel.

—Tengo una letra asquerosa.

Parece darse por satisfecha con mi respuesta a juzgar por el gesto que me ha devuelto.

—¿Y tú qué quieres ser, Sandra? ¿Casada y con hijos, como todas las mujeres de Apple Valley?

—No sé lo que te ha contado tu hermana pero los dos estáis equivocados —dice Sandra dejando su taza sobre la mesita baja que hay entre ella y yo. Tú no sabes lo que estoy pensando, sabionda, así que no puedes saber si estoy o no equivocado. Podrás ver muertos pero no puedes ver mis pensamientos. Sin embargo me caes bien, aunque tu hermano me caiga como una herradura mal clavada en la planta del pie —. El primer día que vi a tu hermana pensé que era lo que yo había estado buscando toda mi vida. Una tarde, tomando una limonada en el Brick, después de mucho titubear, me dijo que yo le gustaba, así, a bocajarro. Le dije que debía de estar confundida, que no sabía lo que decía. Me parecía una chica brillante y atractiva. Me sentía totalmente seducida pero yo no podía asimilarlo todavía. Me dijo que consultara con la almohada y tratara de imaginarme si era capaz de besarla. «Si eres capaz de imaginarlo eres capaz de hacerlo.» Eso me dijo. Y vaya si era capaz, porque desde aquella noche no podía pensar en otra cosa que no fuera ella. Me moría por besarla, por cogerle la mano, por atraparla entre mis brazos, meterla dentro de mí y dejarla vivir en mi pecho para siempre. La noche que la besé por primera vez tuve que cogerla de la cara y mirarla fijamente para convencerme de que aquello era real y grabar aquella imagen en mi mente para siempre, por si nunca más se volvía a repetir. La acababa de besar y ya tenía miedo a perderla porque sabía que no iba a poder quedármela. ¿Sabes? Es como cuando eres pequeño y te dejan montar en el carrusel; tú te aferras a uno de esos caballitos porque quieres pasar el día entero dando vueltas sin parar aunque sabes que en cuanto la música deje de sonar todo acabará y tendrás que volver a casa. El caballito era de mentira, la invitación a volar cabalgando lejos, una falsa ilusión…

—Hay caballos de verdad para aquellos que tienen las agallas de montarlos y tú ya tienes edad para tomar las riendas —corto—. La libertad es uno de los grandes sueños americanos. Si te soy sincero, creo que mereces cabalgar a lomos del sueño americano y conquistar tu trozo

de tierra. Atiza el látigo y dale a fondo al carromato porque en esta carrera gana el que llega primero. La próxima vez que dudes puede que haya una Kira en el corazón de mi hermana ganándote el terreno, y no lo digo por esa oriental con cabeza de soldado —advierto.

—¿Qué puedo hacer? No quiero volver a perderla.

—¿Qué puedes hacer? En realidad ya lo has hecho. Te largaste de casa y desapareciste sin dar más explicaciones, como todos nosotros. Me pregunto cuánto tiempo va a tardar el sheriff James en ir tropezándose con el rastro de muertos que hemos ido dejando a nuestro paso. Cuando todo esto acabe, ¿cómo vamos a explicarlo? Encontraría más difícil decirle que mis amigos la han ido palmando a causa de una maldición que decirle que atropellamos a una niña india por accidente mientras Mike conducía borracho. A estas alturas, después de todo lo que ha pasado y con la cabeza bien fría, te juro que si pudiera echar hacia atrás las manecillas del reloj no habría dejado a la paiute allí tirada. Y, sin embargo, si todo esto no hubiera pasado no estaríamos aquí hablando de Elisabeth y tú. La vida es extraña, de la muerte de unos nacen oportunidades de amor para otros. Lo que para mí está siendo un infierno, está siendo una luna de miel para ti.

—Te aseguro que tener visiones de la paiute le quita todo el romanticismo —suspira—. No sé qué vamos a hacer, Johnny, pero esa pequeña india está rabiosa.

Sandra se levanta y se sirve otra taza de café. Lo que yo daría por poder beber algo. Si sigo así podrán disecarme y clavarme como a una mariposa en un corcho para coleccionistas. Tengo sueño, calor, flojera y dolor de cabeza, pero sobre todo tengo sed y cada vez que abro la boca para hablar o incluso para bostezar puedo oler la acetona de mi aliento. Elisabeth, ven ya, ven ya, ven ya. No puedo soportarlo más.

—Estoy en las últimas, Sandra. Cuando ves a la muerte tan de cerca que puedes incluso saber qué perfume usa y empiezas a medir la distancia que te queda de aquí al otro barrio, las cosas se ven de otra forma. La cuestión es que ahora sé que cuando te toca un billete de ida al más allá puedes seguir tocándoles los cojones a los del más acá. A las pruebas me remito. —Me señalo a mí mismo con ambas manos—. Lo que quiero decir, y no te lo tomes a mal, es que como le vuelvas a hacer daño

a mi hermana, la cara de rabiosa que le estás viendo a esa niña va a parecer la de un ángel en comparación con la que te voy a poner yo. Palabra de *cowboy*. No me interpretes, mal. Me caes bien. Solo quiero que continúe siendo así.

—Tú también me caes bien, aunque estés delirando. No te vas a morir si podemos impedirlo, así que no creo que sea necesario este testamento de voluntades que me estás haciendo. Podrás partirme la cara en vivo y en directo llegado el caso.

—¿Vas a hacerla feliz? —le pregunto sin rodeos.

—¿Vas a vivir? —me pregunta ella a mí.

—Haré lo que pueda —contesto.

—Yo también —me reta.

—Me vale —accedo.

—Pues si los dos vamos a hacer lo que podamos, mejor hacerlo juntos que cada uno por su lado. ¿Qué sabes de esa Kira?

—Ya te he dicho que no tenías que preocuparte por ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú directamente llegas y le metes la lengua en la boca a mi hermana, pero yo soy su hermano y lo que hago es llegar y tirarle de la lengua, que también tiene sus ventajas. De todos modos —carraspeo—, anoche no te importó mucho pensar que ella pudiera estar con otra.

—¿Crees que lo hice por mí? ¡Fue una operación de salvamento! Tenía que conectar con tu hermana si queríamos establecer contacto y… Bueno…

—Sí, claro, y mi hermana seguro que lo hizo por mí también. Vete a otro con esa historia…

—Sé que tu hermana lo hizo por ti, ella sí…

Ahí te he pillado.

—¡Ajá! ¡O sea que tú no! —la adelanto con aire triunfal.

—Anoche, cuando me quise dar la vuelta había desaparecido, no me estaba abrazando, se había ido a dormir a otra cama. Esta mañana he perseguido un beso suyo por toda la casa y ha sido como pescar un pez resbaladizo con las manos —dice angustiada.

—¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor no se fía de ti y que ahora es ella la que se siente como una niña montando en el caballito del

carrusel, temiendo el inevitable momento en el que tendrá que volver a casa con sus padres? Ya la dejaste en la mierda una vez, y la gente que te la hace una siempre te la puede hacer dos. Mírame a mí. ¿Te acuerdas del día en que le partí los dientes a tu hermano? Pues te aseguro que volvería a partírselos.

—Tranquilo, *cowboy*, que si mi hermano vuelve a portarse como un tarado seré yo quien le reviente la mandíbula.

—Esa es mi *cowgirl.* —Sonrío.

Exactamente no sé qué pensar. Sandra me desconcierta. En algunos momentos me parece una mujer valiente y curtida, capaz de enfrentarse a todo, como ahora, y sin embargo en otros me parece un pajarillo de alas rotas indefenso y tembloroso, incapaz de salir de la jaula del hogar familiar, las apariencias y la hipocresía de Apple Valley. Es una mujer camaleón y eso es peligroso. ¿Quién es la auténtica Watson?

El sonido de las llaves suena a música para mis oídos. Mi hermana ha vuelto.

—¿Te encuentras bien, Johnny? —me pregunta cogiéndome de las mejillas y escrutándome las pupilas.

—Sí.

¿Por qué cuando nos preguntan siempre decimos que estamos bien cuando estamos mal? Por costumbre, supongo.

—Bueno —dice tomando asiento—. ¿Queda todavía café? —Sandra corre como una esclava devota a servirle una taza a mi hermana—. He estado hablando con Donald. No ha sido fácil sacar algo en claro sin revelarle el asunto, pero básicamente me ha iluminado en algo. No ha sabido arrojar luz sobre nada que tuviera que ver con maldiciones paiutes y jamás ha oído nada al respecto, o al menos él se considera ignorante en esa materia, lo que no quiere decir que no existan, y está claro que existen porque… ¿qué otra cosa está pasándole a Johnny si no?

—O sea que tu amigo Donald no sabe nada y estamos como al principio —digo desolado.

—No sabe nada sobre las maldiciones pero conoce muy bien sus costumbres, y me ha dicho que para los paiutes es extremadamente

importante enterrar bajo tierra a sus muertos. Si no lo hacen el espíritu del fallecido no puede encontrar la paz. No es algo trivial. Me hizo mucho hincapié en eso.

—¡Yo no sé dónde está el cuerpo de la niña ni quién lo tiene! Volví al lugar del accidente pero allí no estaba. ¡Ni rastro! Tal vez el sheriff James lo haya encontrado, pero a nosotros no nos dijo nada cuando nos llamó a declarar. ¿A ti te dijo algo, Sandra?

—No, a mí no me dijo nada. ¿Qué insinúas, Elisabeth?

—Que alguien tiene el cuerpo de la paiute y que hasta que sea enterrado no va a encontrar la paz.

—¿Por qué no lo hacéis otra vez? —les digo—. ¿Por qué no intentáis comunicaros con la niña?

—Es lo que estaba pensando —dice mi hermana.

A Sandra no le hace ninguna gracia la idea, se le nota en la cara que eso de ver muertos no es algo que lleve muy bien. Y yo me pregunto: ¿por qué le da Dios a la gente dones con los que no pueden vivir? Sin embargo, veo que Watson se levanta y empieza a prepararlo todo para realizar otra nueva sesión de espiritismo o lo más parecido a lo que sea que hagan estas dos. Baja las persianas, enciende unas velas, prende incienso… ¿Realmente es necesario todo este abalorio? Nos sentamos alrededor y nos tomamos de las manos. La adrenalina ante la expectativa de un nuevo encuentro me quita el dolor de cabeza durante unos instantes. La escena se repite, una recitando palabrillas ininteligibles y la otra invocando, con la única diferencia de que en esta ocasión, por mucho que lo intentamos, no logramos establecer contacto con nadie y yo me encuentro cada vez más mareado.

—Johnny, estás pálido —dice mi hermana.

—Deberíamos dejarlo.

—Sí, ya me lo habéis dicho otras veces, esto no funciona como un teléfono, no marcas el número y esperas a que la otra persona conteste —accedo.

—Exacto —dice mi hermana—. Además, estamos perdiendo un tiempo valioso. La paiute se aparecerá o no, pero nosotros tenemos que volver a Apple Valley y averiguar dónde está el cuerpo de la niña.

—No puedo —digo—. De verdad que no puedo…

Es cierto, me encuentro al borde del agotamiento. La idea de deshacer el camino andado hasta San Francisco recorriendo unos cientos de millas para volver a Apple Valley se me hace una hazaña imposible. Prefiero morirme. ¿Por qué no me muero de una vez y descanso? Si pudiera tomarme un frasco de pastillas sin vomitarlas y dormir dulcemente, todo sería más fácil.

—Vamos, Johnny, no te puedes rendir ahora, después de todo lo que has pasado —dice Sandra—. Además —se inclina hacia mí para susurrarme al oído—, habíamos quedado en que ambos íbamos a hacer lo que pudiéramos… ¿Recuerdas?

La muy bandida tiene razón, y si hay algo que un hombre de honor se lleva al Más Allá es su palabra. Pero dije que haría lo que pudiera por vivir, no que fuera a vivir. A estas alturas he aprendido a no prometer lo que no puedes cumplir si quieres llegar hasta el final de tus días con el corazón libre de deudas.

—Necesito echarme.

—Te echarás en el coche, Johnny —resuelve Elisabeth—. Dame las llaves del Cadillac. Yo conduzco.

Watson coge algunas provisiones y botellas de agua de la cocina y arma un petate con algunas cosas para el viaje sin que yo pueda reaccionar. Mi hermana me coge las llaves del bolsillo del pantalón y Sandra me coge el paquete de tabaco. Genial, un hombre expoliado por dos lesbianas. Bueno, si salgo de esta las obligaré a pasearse de la mano por Apple Valley y a darse un beso en la plaza del pueblo. Tengo ganas de armar una gorda pero sobre todo tengo ganas de darle en el morro a Benny Watson, y no con el puño esta vez. Moralmente creo que está muy bien que un hermano tenga que preocuparse por su hermana. Lo sé, soy un tipo chapado a la antigua, pero tengo una hermana lesbiana, así que eso me tiene que hacer un poco moderno, aunque no entienda cómo pueden amarse dos mujeres y entienda menos aún cómo no pueden esas mujeres querer estar con un hombre. Claro que si yo fuera una mujer también sería lesbiana. ¿No es un poco contradictorio lo que acabo de decir? Dios, definitivamente estoy delirando, porque ya no sé ni lo que digo ni lo que pienso.

Pobres de los que vayan al infierno, porque si hace más calor que en California realmente merece llamarse así. Viajar tirado en el asiento de atrás de un Cadillac negro es como ir dentro de un ataúd camino del cementerio. Mi hermana tiene las ventanillas bajadas a tope y la música de la radio disipa el ruido del aire estrellándose a toda velocidad contra la carrocería. Al final se han salido con la suya y me han secuestrado para asarme al horno como un pescado a la sal. Yo no digo que los esquimales tiren vaho por la boca al respirar del frío que pasan, pero ahora mismo estoy que echo vapor. Me asusta la idea de volver a vomitar y solo pensarlo me hace sentir náuseas. Está bien, Johnny, piensa en otra cosa. ¿En qué? En la piscina, en lo bien que se está buceando, que es como volar bajo el agua. O mejor, piensa que eres agua, nada más que agua, meciéndote a merced de la brisa del universo de un lado a otro, como las ramas de los árboles al viento. El agua no tiene calor, no suda, no siente náuseas. Eso soy, hidrógeno y oxígeno. ¿No dicen que el cuerpo humano está compuesto en su mayoría de agua? Pues eso, aunque con la deshidratación que estoy cosechando me voy a quedar en el charco, en el chasis… Lo que decía al principio, que me estoy evaporando y ya no podré más que esperar a condensarme y llover amargamente sobre mi desgracia. Pero bueno, ¿no habíamos quedado en que yo era agua? ¿Qué hago pensando estas cosas entonces? ¡El agua no piensa!

Patsy Cline canta «Walking After Midnight» en la radio a través de una cortina de interferencias parecidas al sonido de la lluvia. De vez en cuando Sandra y Elisabeth contribuyen al murmullo radiofónico, pero desde aquí atrás no entiendo lo que hablan entre ellas. Al cabo de unos instantes Elvis Presley toma el relevo con «Loving You». Creo que prefería a Patsy pero qué se le va a hacer. Ahora pienso que me gustaría haber hecho muchas cosas que tal vez no haga con esto de estar con un pie en la tumba, desde cosas sencillas e inmediatas a cosas futuras y lejanas, como ir al cine a ver *Testigo de cargo*, de Billy Wilder, decirle a Benny Watson que se puede comer un boniato, viajar a otro estado, comerme una hamburguesa especial con mis amigos… Error. Ya no tengo amigos. Han muerto todos. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Tal vez todo ha sido una mala alucinación, un exceso de calor, un sueño desmayado y cruel, y

cuando llegue a Apple Valley la vida siga siendo como siempre, como antes de aquella noche en la que atropellamos a la paiute. Yo conducía mi Cadillac negro, recogía a Lucille en su casa y nos íbamos con los chicos… Un momento. Acabo de darme cuenta de que mi vida antes del accidente era una mierda, solo que no lo supe hasta después y fue precisamente la desgracia de la paiute la que destapó mi desgracia: una novia que nunca me quiso, un amigo que nunca fue mi amigo y una traición tan grande como el estado de Texas. Esa era mi vida, la de un miserable perdidamente enamorado de una mujer a la que pensaba hacer la madre de mis hijos, dedicarle todos mis libros y construirle el hogar de sus sueños. Podríamos haberlo tenido todo. No. Error. Vuelvo a equivocarme. No podríamos haber tenido nada porque te moriste, reventaste como las chicharras y estás pudriéndote en algún vertedero, o sea que jamás habríamos llegado a tener hijos, ni a envejecer juntos, ni a regalarnos unas zapatillas de estar por casa.

Al pájaro de mal agüero que no voló por el cielo el día que atropellamos a la paiute me gustaría a mí encontrármelo para partirle el pico y enseñarle a avisar como es debido cuando las cosas se van a poner negras. Una noche soñé que me ponían una multa por aparcar donde no debía y al día siguiente me pusieron una multa por aparcar donde no debía. ¿Por qué el universo te envía mensajes premonitorios de advertencia por una multa de tráfico, que es la chorrada más grande del cosmos, y no te avisa cuando vas a atropellar a una niña en el desierto? Y si me dio algún aviso, ¿en qué idioma lo hizo que no logré descifrarlo? No hay quien entienda a Dios.

El maldito Cadillac ha empezado a caminar como una carreta en un camino de piedras y se ha parado cuando apenas nos quedaba el último tramo para llegar. Mi hermana ha estado conduciendo del tirón durante horas sin dejar que Sandra la sustituyera, y salvo para bajar a mear al borde de la carretera no hemos parado para nada más. Un par de sándwiches y otras chucherías que Watson aprovisionó antes de salir de la casa de Elisabeth ha sido lo único que han comido durante el trayecto, y en el caso de mi hermana, además, sin soltar el volante.

Pero ¿qué le pasa al maldito Cadillac? Me incorporo para bajar del coche y husmear bajo el capó, que acaba de ser abierto por Watson. Qué mareo. Nota mental: levantarse lentamente si no quieres que el mundo te dé vueltas. El sol me atiza con fuerza al bajar del coche.

—Johnny, no tendrías que haberte levantado —dice Liz.

—Estoy bien —miento. Apenas siento las piernas.

Me asomo a mirar. Los tres observamos el enmarañado de bujías, cables y circuitos como esperando que el motor del Cadillac nos hable poniendo cara de mecánicos entendidos. Mierda, ninguno de los tres tiene ni la más mínima idea de lo que le pasa al mal fabricado hijo de hierro que tengo por coche. Estupendo. Suspiro. ¿Puedo esperar acaso que me vayan las cosas bien cuando soy víctima de una maldición? Supongo que no. Mala suerte, amigo.

—Está bien. Estamos a tan solo una milla y media del último pueblo que pasamos. Caminaré hasta allí y volveré con ayuda —dice Elisabeth.

Yo no tengo fuerzas ni para oponerme ni para pensar si acaso existe una idea mejor en el averno de las ideas. Solo necesito echarme un poco. Hace mucho calor y aquí fuera la luz del sol es tan blanca que apenas distingo colores en el paisaje, solo un blanco lleno de matices amarillos y ocres pintándolo todo. La cabeza me pesa como un yunque. Vuelvo al asiento trasero del coche y me dejo caer sobre la tapicería.

Mi hermana vuelve con un tipo que conduce una camioneta verde oliva. El hombre parece rozar la treintena, masca tabaco y va vestido con un mono azul y una camisa de cuadros rojos. Disimula unas entradas incipientes con una gorra de publicidad de Wynn's. Al parecer se ha roto una pieza de nombre impronunciable pero que debe de ser muy común en la jerga. En cualquier caso, no llegará hasta mañana, así que ahora mismo estamos en uno de esos moteles de mala muerte de los que tardas un tiempo en olvidar su nombre porque te regalan unas cerillas que te duran unos días. St. Judas', un nombre demasiado religioso para un lugar tan sucio y con esas extrañas luces de colores parpadeando en la entrada. Había varios camiones en el aparcamiento cuando llegamos. La gasolinera está a tan solo unas yardas así que imagino que sí, que

estamos en uno de esos moteles de mala muerte, pero al menos hay una cama. Mi habitación comunica con la que comparten Watson y mi hermana a través del cuarto de baño.

Sinceramente, ahora mismo vomitar es la menor de mis preocupaciones. Sé que voy a morir así, que lo único que me preocupa es tener una cama grande para mí solo en la que poder tumbar mi cansancio y relajarme un poco antes de estirar la pata. Al menos merezco eso. Debo de estar demasiado aturdido porque percibo las cosas como en sueños, y apenas puede decirse que tenga los pies en la tierra sino más bien en el limbo. Oigo hablar a mi hermana, de vez en cuando me dice algo pero no sé qué porque no le presto atención. Watson y ella entran y salen de mi cuarto, me ponen trapos húmedos sobre la frente y tratan de humedecer mis labios. Después me dejan solo, pero no lo estoy porque la puerta del baño está abierta y sé que ellas están ahí, en la otra habitación, montando guardia, y que vienen a verme para ver cómo estoy de vez en cuando.

Sueño con que la noche se cierre sobre mí e invada mi habitación con su sagrada oscuridad. Tal vez así dejaría de dolerme la cabeza un poco. Pero las luces de colores que parpadean se cuelan en el cuarto con haces intermitentes. Motel de mala muerte también significa motel sin cortinas. Alguien viene ahí otra vez, pero soy incapaz de distinguir si son los pasos de Liz los que se acercan esta vez o si son los de Sandra. Huele a basura.

—Johnny. —Me suena esa voz—. Jonnhy —insiste.

Me giro y trato de enfocar los ojos en la penumbra esperando un nuevo haz de luz. Es Lucille.

—Lucille. ¿Qué haces aquí? Estás muerta.

—Tenía que verte.

Ya no tiene quemaduras en el rostro ni en la cara, pero huele a carne a la parrilla y además tiene algunos trozos de basura pegados por la ropa, como si acabara de salir del contenedor en el que la metimos.

—¿Qué quieres?

—Quería pedirte perdón. Me equivoqué con Joshua. Supe que me arrepentiría toda mi vida desde el momento en que me metí su polla en la boca.

—Tampoco hace falta que seas tan explícita.

—¿No? Bueno, desde que estoy muerta ya no sé decir mentiras ni elegir palabras que oculten la realidad de las cosas. Dime que me has perdonado.

—Todavía no, pero lo haré. Necesito tiempo.

—Tiempo es lo único que tengo.

Las luces que entran por la ventana sueltan un haz que hace que los cabellos dorados de Lucille brillen con luz propia durante unos instantes. Está incluso más bella en la muerte que en la vida.

—Johnny, quiero que vuelvas conmigo.

—Pero estás muerta.

—Sí, está ese pequeño detalle que supongo que tendremos que solucionar, pero… —Se acerca a mí. No tengo miedo. Me agarra del brazo como si fuera a estrangularlo—. Bésame.

—No, creo que no.

—¿Por qué?

—No podría. Lo siento.

—Como quieras. —No parece defraudada—. Te esperaré.

Se da media vuelta y camina hacia el cuarto de baño, desapareciendo en la oscuridad.

—Johnny, despierta —dice Watson.

Tu hermana nos está esperando fuera. Se ha levantado temprano y ha ido a recoger el Cadillac. Tenemos cosas que contarte. ¡Vamos!

Pero Sandra habla demasiado deprisa para mis entendederas. Me siento espeso y pesado, incapaz de ejercer las funciones motrices de mi cuerpo como corresponde a una res de mi edad. Watson me ayuda a incorporarme y a salir del motel. Elisabeth nos está esperando fuera con el motor del Cadillac en marcha. Repto por el asiento trasero como una serpiente desahuciada a la que ya no le quedan más pieles por cambiar.

—Tenemos algo que contarte —dice Elisabeth.

Ya hasta hablan en plural. Puedo oler el amor inundando los interiores de mi coche, impregnando la tapicería y cargando el ambiente con ese insoportable aroma para los que estamos con el corazón en carne viva.

—Yo también.

—¿Ah, sí?

Elisabeth parece sorprendida, pero es normal teniendo en cuenta que en estos momentos soy como un saco de patatas que dejas en cualquier lugar y esperas volver a encontrar donde pusiste.

—Anoche vi a Lucille —digo.

—¿Te refieres a que viste al fantasma del Lucille? —me pregunta mi hermana por el espejo retrovisor—. Bueno, no te preocupes, es cosa de familia.

—No, quiero decir que vi a Lucille.

—Pero Lucille está muerta, ¿no? —dice Sandra.

—Exacto —contesto.

Esta mañana, al salir de la habitación del motel junto a Sandra, pisé la basura que había en el suelo y que se había desprendido de las ropas de Lucille. Ella estuvo allí… Muerta.

—En fin —cambio de tema—. ¿Qué tenéis que contarme?

—Anoche vimos a la paiute mientras tú dormías —dice Sandra.

¿Anoche qué fue, la Noche de los Muertos Vivientes? Me pregunto si cuando Sandra ve a uno de sus fantasmas lo veo como vi yo ayer a Lucille. Miro en el brazo la marca que dejaron sus dedos al apretarme cuando me pidió que la besara.

—Logré sonsacarle por qué está pasando esto. Mi amigo Lewis tenía razón con lo de los enterramientos. Su cuerpo no está bajo tierra —dice mi hermana.

—¿Dónde está? —pregunto.

—Lo tienen los de su tribu, en la reserva —contesta.

—Diablos, ¿por qué no lo han enterrado si tan importante es para ellos?

—Ahí está el asunto. Lo están haciendo a propósito y hasta que el cadáver de la niña sea enterrado la maldición no cesará. Sus mentes están comunicadas con la del espíritu de la niña. Saben todo lo que ocurrió la noche del atropello… Lo de Joshua también…

—Pero ¡diantres! ¿Por qué no lo entierran? —vuelvo a preguntar.

—Estoy tratando de explicártelo. Tendrás que entregarte si quieres que todo esto acabe.

—¿Tan sencillo como eso? ¿Quieres decirme que si hubiéramos ido a

contarle todo al sheriff James desde el principio nada de esto habría pasado? ¿A qué esperamos? ¡Vamos a la comisaría!

—Entregarte a los paiutes —corrige Sandra—. Ellos no se rigen por las mismas leyes.

—Les importa una mierda si te entregas a James o no. Es a ellos a quien debes entregarte para resarcir el daño que le hicisteis a la pequeña.

—¿Cómo puedo arreglarlo? La niña está muerta, ¿no? Eso ya no puedo cambiarlo. ¿Qué me harán entonces?

—No lo sé, Johnny, pero no puede ser peor de lo que te está pasando.

—¿Estás segura? Si esos paiutes han sido capaces de asesinar a Joshua y de dar una muerte cruel y agoniosa a cada uno de los que íbamos en el coche, ¿qué podemos esperar?

—Joshua no tuvo opción, es cierto —dice Liz— . Pero los demás sí que la tuvisteis. Tendríais que haber dado constancia del accidente y no haber huido de allí como unos malditos cobardes a refugiaros en casa de mamá dejando el cadáver de una pobre niña a la intemperie. ¡Por Dios santo, Johnny! ¿Imaginas que todavía estuviera viva cuando os fuisteis y pudierais haberla salvado?

—No estaba viva.

—¿Y cómo demonios lo sabes? No te quedaste allí ni llamaste a una ambulancia, ¿verdad? —me espeta con rabia.

¿He dicho ya que mi hermana desprecia a los cobardes? Sí, ese es el motivo por el que se la juró a Sandra Watson en el pasado y definitivamente es el motivo por el que me está colgando del palo mayor ahora mismo. No me gusta la forma en que me está hablando, me hace sentir pequeño, me hace sentir ruin, miserable… ¡Un gallina! Si voy a morir no quiero que sea cacareando de miedo. ¡Eso nunca! Prefiero morir con las espuelas puestas.

—Vamos a la reserva —digo.

De todos modos no me espera nada mejor en Apple Valley con el sheriff James tocando a todas las puertas y los padres de todos nosotros preguntándose dónde están sus hijos. ¿Qué le voy a decir a la madre de Lucille? ¿Y a su padre? ¿Y al resto? Bueno, con entregarme a los paiutes tengo bastante. No estoy obligado a más y tampoco creo que viva lo bastante como para tener que dar explicaciones. ¡Casi es una suerte!

—¿Sabéis que me pidió perdón y me dijo que estaba muy arrepentida por lo de Joshua? —vuelvo a sacar el tema de Lucille.

—Espero que le dijeras a esa zorra que se fuera a pasar el verano donde pasa el invierno —dice Elisabeth.

—Quiso darme un beso…

—¿Se lo diste? —pregunta Sandra.

—No… ¡Quéascojoder!

Paramos en una gasolinera a pocas millas de Apple Valley y esta vez sí que bajamos a estirar las piernas, a mear la gota gorda y a mojarnos un poco la cara y adecentarnos la jeta. Mi hermana me tiene que ayudar en todo, si te descuidas hasta a sujetármela mientras meo y volver a guardar el pájaro en su jaula. Es humillante, pero es en esto en lo que me he convertido por mi mala cabeza. Si hubiera actuado como un hombre desde el principio y hubiera asumido las consecuencias de lo que hicimos la noche del atropello en lugar de huir, ahora mismo no tendría que estar lamentándome como un niño.

Elisabeth y yo nos miramos en el espejo del cuarto de baño de caballeros. Hacía tiempo que no veía una imagen reflejada de nosotros dos juntos. Miro alrededor. Manises blancos, al más puro estilo de un matadero, y puertas y marcos de madera pintada de color marrón oscuro. El lugar es horrible, pero vuelvo a mirarme en el espejo y descubro que mi aspecto no es mucho mejor sino que hace juego con los urinarios. Tengo los ojos hundidos y unas ojeras donde cabrían todas las manzanas de Apple Valley. Ya no sé ni de qué color son mis ojos porque han perdido el brillo y todo en mi rostro parece tan cetrino como la incipiente barba que ha vuelto a despuntarme, esta vez con el regalo de unas puntas canosas. Apenas he vivido y ya me he hecho viejo. Mi hermana me acaricia la coronilla, pegando su cara a la mía, como si fuéramos a posar para una foto y el espejo fuera un fotomatón.

—Anoche me dijo que me quería —dice.

—¿Quién?

Puedo ser más tonto a veces, sí. ¿Quién va a ser? ¡Obvio que Sandra!

—Sandra.

Un azucarillo para el nene por haber tenido unos reflejos tan rápidos. En otras circunstancias tendría algo que decir, algo que reflexionar, incluso algo que objetar. Debe de haber mil frases y consejos adecuados para momentos así, miles de preguntas que hacerle, «pero ¿tú la quieres, no la quieres?». Sin embargo, las cosas que antes tenían más peso ahora me resultan ligeras. No pasa nada. Te quiero. ¿Qué es un «te quiero»? Solo palabras. No pasa nada.

—¿Vamos?

—¿Estás preparado?

—No, pero como no nos demos prisa me voy a morir aquí mismo —contesto.

—Está bien, dame un segundo.

Sandra toma el relevo haciéndome de bastón mientras mi hermana se mete en el servicio de señoras, que probablemente tenga el mismo aspecto de matadero de cerdos que el de caballeros y huela peor que una cuadra.

—Ayer le dije a tu hermana que la quería —me dice Watson mientras voy rengueando a su lado de camino al coche.

—Muy bien —digo sin mucho afán.

—No, no está bien…

No sé por qué la gente se empeña en complicar las cosas y alargar las conversaciones.

—Ella no me dijo nada. Le dije que la quería y no me dijo nada. Ni un «yo a ti también te quiero», ni un «que te piquen los cuervos».

—Bueno.

De veras tengo ganas de acabar con la conversación. En general soy muy cotilla y tendría que estar disfrutando de estas confesiones, pero ahora mismo no estoy para nadie.

—¿«Bueno»? No, de bueno nada. Decir «te quiero» es lo más parecido a disparar. Si eres tú el primero en apretar el gatillo más vale que no falles el tiro… —dice Sandra.

Lo que acaba de decir me parece digno de formar parte de un diálogo de una de mis novelas, pero supongo que nunca llegó a tiempo esa máquina de escribir a mi vida, así que ya no podré ser escritor. No pasa nada, me acordaré de lo que acaba de decir Sandra y cuando esté en el

inframundo se lo contaré a los demonios por las noches alrededor de la hoguera. Sí, creo que eso es lo que haré en el infierno, contar historias para no dormir.

Durante el camino puedo verla, ahí sentada junto a mí, en el asiento de atrás, mientras yo ando tirado en la tapicería como un trapo sucio. La niña paiute viaja con nosotros, pero esta sí es un fantasma, no como Lucille, que más parecía un muerto viviente que otra cosa. No me extraña que Sandra se ponga histérica y se arrugue como un pajarillo bajo la lluvia cuando ve a la india porque su mirada es aterradora. Tenía razón, estaba llena de rabia y dolor, sobre todo dolor. Al principio no me di cuenta de que viajaba con nosotros, hasta que vi a Sandra, que iba al volante esta vez, mirando por el espejo retrovisor hacia el lado derecho del asiento trasero. La nuca se le puso más tiesa que una pala y por momentos la vi escurrirse en el asiento. Entonces miré hacia donde había mirado ella y… Uno nunca está preparado para ver algo así y de veras que ahora entiendo a Watson, por todos los santos si la entiendo. Me estaba mirando con unos ojos monstruosos que parecía que iban a salirse de las órbitas y estallarme en la cara. Su rostro estaba desaliñado y lleno de manchas que uno intuía que eran sangre porque en su imagen todo se intuía, nada se veía, solo se vislumbraba. Sentí el rugido de su mirada taladrándome los oídos y cerré los ojos. Si hubiera tenido una sábana me habría tapado como un niño asustado en mitad de una tormenta nocturna. Cuando volví a abrir los ojos el fantasma seguía ahí, a mi lado, congelándome los tuétanos y exhalando un frío terrorífico. En aquel momento supe que todo lo que nos habían contado del infierno era mentira. El infierno no era un lugar con hogueras donde uno se pudría de calor. El infierno era pasar frío, mucho frío, un frío de terror que se te metía en los huesos y te helaba la sangre. El mismo frío que te hacía sentir el fantasma de aquella niña porque era el frío que ella estaba pasando en la muerte con toda su rabia y su dolor, suspirando por descansar en paz. Cuando volví a abrir los ojos ya no me estaba mirando a mí, sino hacia delante, como una pasajera más en la caravana del terror.

No, ya no me está mirando, pero sigo teniendo frío. Miro a través de la ventanilla. Creo que es la primera vez que llego tan lejos en los alrededores de la reserva paiute.

—¿Habíais venido por aquí alguna vez? —pregunta Sandra temblorosa.

Watson está cagada de miedo. Puedo oler su adrenalina desde aquí, supurando por todos los poros de su cuerpo como un pringue que todo lo unta con un escalofrío perpetuo. La paiute sigue acompañándome en el asiento trasero como una corte funeraria que acompaña al finado en su lecho de muerte.

—No, creo que nunca he venido por aquí —contesta mi hermana.

Yo tampoco. Es de noche y los faros del Cadillac alumbran el polvo que se levanta en el camino en medio de la oscuridad hasta que llegamos a un punto en el que debemos seguir a pie. Nos damos cuenta de que no tenemos linterna, así que somos afortunados por llevar con nosotros las cerillas del motel St. Judas'. ¿Qué dije? Dije que recordaría el nombre de ese motel por las cerillas. Sí, puedes llegar a recordar durante mucho más tiempo el nombre de uno de esos moteles de carretera que el de las chicas que te has llevado alguna vez allí para montar.

Trato de encender una cerilla y mantener el equilibrio el tiempo suficiente para dar un paso, pero apenas puedo y la llama tiembla sin arrojar una pizca de luz.

—Déjame a mí —dice Sandra con voz metálica.

Apuesto a que se está meando de los nervios. Probablemente yo también me estaría meando de no ser porque creo que eché la última gota que le quedaba al desierto de mi vejiga en la gasolinera y, la verdad, no fue muy agradable, porque la orina tenía un color verdoso poco natural. Claro que ¿qué se puede esperar de un hombre que vomita pelos y tierra?, ¿que orine normal?

Me voy apoyando en mi hermana y tropezando con las piedras mientras Sandra va alumbrando delante fósforo a fósforo como si fuéramos una siniestra procesión. La luna todavía no logra crecer en la noche lo suficiente como para iluminar el paisaje, aunque no estoy seguro porque yo desde hace horas que lo veo todo negro, como en una especie de niebla, y no sé si estoy delirando o teniendo alucinaciones o si ahora mismo estoy soñando porque he perdido los límites que marcan las

fronteras de la realidad. Miro alrededor buscando el fantasma de la paiute pero ya no está. No la he vuelto a ver desde que bajamos del coche y empezamos a vagar en las tinieblas. Oigo una música en la lejanía, una melodía rítmica de tambores y cánticos remotos que parecen darme la bienvenida a la muerte. Ya no siento los pies en el suelo, solo floto. Es agradable. Alguien salido de entre las sombras, como una exhalación, asoma a nuestro encuentro. Lleva una antorcha que seguimos como si fuera la estrella que guiaba a los Reyes Magos de Oriente. El sonido de los tambores y los cánticos se hace cada vez más cercano hasta que el silencio de la noche muere asesinado por la orgía de la música.

Estamos en la reserva, rodeados de paiutes.

—Te estábamos esperando —dice uno que parece un tótem de madera de lo tieso que está.

El tipo tiene un porte rígido y robusto, con unas trenzas grises perfectamente ensartadas en ambos lados de la cabeza. Nos conducen hacia un lugar donde un pequeño grupo de ancianos están sentados alrededor de una hoguera y nos sientan frente a ellos, aunque lo de sentarse es un decir en mi caso, más bien sostengo el equilibrio entre los hombros de Sandra y mi hermana. De vez en cuando dicen algo en su lengua, pero la mayor parte del tiempo se dedican a mirarme y a examinar a las chicas como si fueran caballos.

—¿La rubia es tu hermana? —dice el que parece el más anciano de todos tras consultar con otros.

—Sí —contesta Elisabeth por mí.

—Soy el *niaiu* de la tribu. En honor a la pérdida de una de los nuestros te convocamos a remendar tu ofensa ofrendándonos un nuevo ser de sangre paiute y que llevará el mismo nombre que nuestra muy amada Nimi Pah, tanto si es niño como si es niña, que significa Ser de Agua. Ahora tomaremos a la mujer. —Señala a mi hermana.

¿Qué? ¿A qué se refiere?

—¿Qué queréis decir? —apenas oigo mi propia voz, que parece delgada y amenaza con perderse como una pavesa al cruzar la hoguera de camino a su destinatario.

—Los jóvenes la fecundarán. —Señala hacia la izquierda, donde un par de jóvenes hombres permanecen de pie—. Son los mejores cazadores.

—No, no… —Me faltan fuerzas para replicar—. Tomadme a mí, haced conmigo lo que queráis… Yo fecundaré a vuestras mujeres…

—Ella es fértil para tener hijos. Tú no. Tú eres fértil para otra cosa y nos pagarás con ello también. Lo sabrás a su debido tiempo…

Unas indias vienen por mi hermana, que se deja llevar al cadalso con resignación. Sandra permanece inmóvil a mi lado, con un nudo de gritos luchando por salir de su garganta sin éxito. Puedo notarlo. Siento algo caliente arrasando mis mejillas. Son lágrimas. Estoy llorando.

—¡Ella no tuvo nada que ver! ¡No iba en el coche! ¡Por favor! —dice Sandra.

—Cuando uno no carga con su culpa, el peso cae sobre otros, ¿verdad? No estamos haciendo nada malo, solo estamos pidiendo una ofrenda, un regalo. ¿Qué le cuesta a él darnos el vientre de su hermana para darle una nueva vida a Nimi Pah?

—Pero ¿por qué no puede nacer en un vientre de una de vuestras mujeres? —pregunta Sandra.

—Eres necia y muy habladora. No te han enseñado a callar. En este mundo nacemos, morimos y volvemos a nacer. Debemos nacer siempre unidos a nuestras deudas y deudores. Así funciona la justicia que recorre el tiempo. Tu amigo adquirió una deuda con Nimi Pah la noche del atropello y por ello estará unido durante unas cuantas vidas a ella, en el mismo seno de la familia.

—No lo entiendo —agonizo.

—No estás aquí para entender, sino para empezar a pagar —sentencia.

No puedo parar de llorar.

Las mujeres desnudan a mi hermana detrás de una cortina y le colocan un sayo corto que casi parece un saco y que es tan recio que podría mantenerse de pie por sí mismo. Colocan a Liz en una pared de maderas, como si fuera una diana. Le atan las manos y las piernas a esa pared, los brazos por encima de la cabeza y las piernas abiertas. Otra vez somos pequeños, ella y yo. Acabo de romper un bote de sal en la cocina y sé que Elisabeth cargará con las culpas ante papá y mamá y asumirá el castigo. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué vinimos aquí y no me morí a secas?

—¿Puedo estar con ella? —se atreve a preguntar Sandra al jefe.

—Sí.

Sandra se levanta y pierdo todo mi apoyo cayendo de lado. Muerdo el polvo con desmayo y mis ojos luchan por permanecer abiertos, para no perder a mi hermana de vista; no puedo perderla de vista. Watson se sitúa junto a ella y la toma de la mano con su izquierda mientras que con la derecha la coge de la mejilla. Uno de los viejos les da a beber a los cazadores un brebaje que parece ser afrodisíaco por el efecto que produce bajo sus taparrabos. ¡Maricones! ¡Qué ultraje! ¡Mi hermana es más guapa que todas las indias que hay aquí! ¡No quiero que la toquen! ¡Que no la toquen! Pero no puedo hablar, solo siento impotencia.

El primer joven cazador se acerca a Liz y la embiste con fuerza. Ha dolido, ha dolido mucho. La cara de Elisabeth es una mueca de dolor y a mí me está matando, pero Sandra la besa, le susurra cosas al oído y la vuelve a besar en los labios. Uno puede llegar al éxtasis con un beso así. No deja que Liz mire a ninguno de los cazadores que la están clavando a mil millas por hora y que, además, se van turnando antes de rematar la faena. La punta de la lengua de Watson juega con la punta de la lengua de mi hermana hasta hacerle olvidar que está pasando lo que está pasando. Pero la niña paiute no tuvo a nadie, estaba sola con el malnacido de Joshua. Justo al acordarme de ella la vuelvo a ver. Aparece entre las llamas del fuego y se agacha para poner su mirada a la altura de la mía, que está tirada en el suelo junto a la hoguera. Esta vez su mirada ya no tiene rabia ni dolor. Es una mirada serena. Después mira hacia mi hermana, otra vez y de nuevo hacia ella. Se levanta y camina lentamente hacia ella. Todos los ancianos paiutes parecen poder verla también porque la siguen con la mirada. Los cazadores agitan ahora las caderas frenéticamente y dejan estallar toda su cálida vida líquida en el interior de mi hermana, primero uno y después, cogiendo su turno, el otro. La paiute, entonces, que está ya junto a Elisabeth, se gira una última vez, me sonríe y se convierte en un espectro vaporoso de luz que se cuela en el vientre de mi hermana.

Los viejos aplauden, las mujeres ríen, los hombres se muestran satisfechos. Los cazadores se van y después regresan con un bulto envuelto en pieles que entierran en un agujero que todo este tiempo había estado al otro lado de la hoguera y que yo solo veo ahora, una vez

que las llamas han bajado su intensidad. Se trata del cadáver de la niña. Un par de indias ponen sobre mi frente unas extrañas cenizas y me dan de beber un líquido refrescante que parece tonificar todos y cada uno de los órganos de mi cuerpo. Sandra y Elisabeth están llorando, entre beso y beso. Watson desata a mi hermana, que se deja caer entre sus brazos. Yo estoy llorando también.

—Te pondrás bien —me dice el jefe de los ancianos—. Ahora escucha, ha llegado el momento de que sepas cuál será tu parte de la ofrenda. Nimi Pah estuvo dentro de tu mente —me dice tocándome la frente con el dedo índice—. Ha visto las historias que están ahí. En todas deberás escribir sobre ella porque el mundo tiene que saber quién es la niña rota para que nadie la vuelva a romper. Y da muerte a todos con tus palabras… En venganza.

Nunca pensé que los paiutes tuvieran el poder y los contactos para proporcionarnos unas identidades falsas, pero en Sacramento nos estaba esperando un chino, tal y como nos dijeron, que solo necesitó un par de días para solucionarnos el asunto. Ahora ya no conduzco un Cadillac sino un Chrysler con carrocería sedán de cuatro puertas con cargador de discos. Yo hubiera preferido una moto con la que estrellarme y morir joven, como James Dean, pero no viajo solo. Somos cuatro en la carretera: Sandra, Elisabeth, el bebé que va dentro de la tripa de mi hermana y yo. Voy a ser tío de un pequeño cachorrillo. ¿No es fantástico? Está a punto de nacer.

En el maletero llevamos todo lo que necesitamos: ropa, víveres, las cosas para recibir al bebé y una máquina de escribir de segunda mano que compré con mi primer sueldo de camarero en un tugurio en el que solo se oía la música de Hank Williams. Empecé a escribir las historias que aguardaban en mi mente y en todas está ella. Mi agente dice que nos vamos a hacer de oro. Mientras tengamos para que a la niña no le falte de nada tenemos bastante. Mi primer libro saldrá publicado bajo el pseudónimo de M. Wolf. Mi hermana y Sandra están pensando en abrir un restaurante llamado Venganza y servir platos fríos. ¡Es un chiste! Me he convertido en un lobo solitario que no quiere saber nada de nadie que

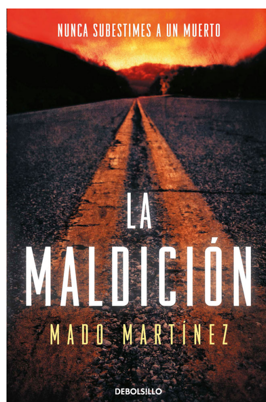
no sean mis chicas, Sandra, Elisabeth y la que está por venir, que ya sabemos que es una niña. Mi hermana no deja de decirme que tengo que relacionarme, que me acuerde de lo que decía siempre nuestra madre, que el amor está a la vuelta de la esquina… Entonces ¿es que caminamos en círculos? No sé, hay gente que se lo traga todo sin agua. Yo creo que estoy bien así, con mi paquete de Marlboro y mi taza de café. Además, sé que cuando nazca mi sobrina no voy a tener ojos para nadie más que para ella. Mi hermana dice que no puede aguantar a ver el momento en el que el renacuajo esté aquí para ponerlo en mis brazos y ver la cara de idiota que se me va a poner.

A veces Sandra y mi hermana me ponen los pelos de punta con sus cosas porque se les aparecen espíritus y la que peor lo pasa es Watson, pues mi hermana, con eso de que no los ve, parece que se impresiona menos, simplemente los oye. Al final parece que no voy a tener que partirle la cara a Watson porque se está portando como jamás pensé. A veces las personas te sorprenden. Últimamente damos muchas vueltas, aquí y allá. Le estamos haciendo millas al contador y, la verdad, no sé adónde vamos a parar, pero este país es grande. Dios bendiga a los Estados Unidos de América, joder. Echo de menos a papá y mamá, pero si ellos fueron capaces de echar a Elisabeth de casa que no se espanten ahora si yo los echo de mi vida para estar con ella. Además, ya no podemos volver a Apple Valley, ninguno de los tres. Demasiadas explicaciones y muy pocas ganas de darlas teniendo en cuenta, además, el pequeño detalle de que nadie nos creería. También echo de menos a mis amigos, Willy, Mike… Pero por lo menos ahora sé que hay vida después de la muerte y que puede que algún día volvamos a encontrarnos. Bueno, no sé si hay vida, pero hay fantasmas e incluso muertos vivientes. ¿O no?

Yo solo tengo que escribir, escribir, escribir, darle a las teclas como un condenado. Y así voy, remando en galeras, sin desviarme de mi destino aunque a veces haya naufragios, encalle en una isla desierta o pierda el norte en una noche sin estrellas.

Piso a fondo el acelerador en una carretera ascendente tan larga que parece que vaya a subir al cielo con el que se besa en la lejanía del horizonte. Las chicas ponen música en la radio, suena «*Friendly Star*» de

Judy Garland, *won't you kindly light my way…?*



Apple Valley, California, años cincuenta. Tras una noche de juerga, Johnny y sus amigos van de camino a casa a bordo de un Cadillac por las solitarias carreteras del desierto de Mojave cuando topan con lo que creen un cactus. No obstante, al volver la vista atrás descubren el cuerpo de una pequeña india paiute tendido en el polvoriento suelo. Sin moverse. Sin vida.

Asustados y nerviosos, Johnny y sus colegas deciden no dar parte al sheriff de Apple Valley y, simplemente, darse a la fuga e intentar olvidar lo sucedido. Pero los muertos no olvidan. A la mañana siguiente, uno de los muchachos que iba en el coche aparece asesinado en medio del páramo. Y no será el primero en caer. Uno a uno, todos aquellos que huyeron serán perseguidos. La maldición ha empezado. Y nadie va a impedir que se cobre su venganza.

Mado Martínez es escritora y periodista. Coordina la editorial Odeón y colabora todos los fines de semana en el programa *La Rosa de los Vientos* de Onda Cero; escribe para *Muy Interesante*, *Historia de la Iberia Vieja* y *Año/Cero*, entre otras revistas. En el año 2014 ganó el Premio Ateneo Joven de Sevilla con la novela *La Santa*.

Para más información, visita la página web de la autora: www.madomartinez.com

También puedes seguir a Mado Martínez en Facebook, Twitter e Instagram:

Mado Martínez
@madomartinez
@nebraskan

Edición en formato digital: octubre de 2017

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andreu Barberan
Fotografía de portada: © Elisabeth Ansley / Arcangel

ISBN: 978-84-663-4255-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice